

Pierre BOTTERO

EWILAN



Lectulandia

Camille es una adolescente superdotada que vive con sus padres adoptivos. Un día su vida da un gran vuelco. Cuando está a punto de ser atropellada por un camión, se ve transportada a un misterioso mundo paralelo donde un sorprendente destino la está esperando.

Allí la joven descubre que su verdadero nombre es Ewilan, y que es nada menos que la heredera de un don prodigioso que constituirá un arma decisiva en la lucha de su pueblo para recuperar la libertad. Bajo los auspicios de sus dos guías, un guerrero y un mago, Ewilan aprende a dominar su poder.

Lectulandia

Pierre Bottero

Ewilan

Ewilan-1

ePub r1.0
fenikz 18.10.16

Título original: *La Quête d'Ewilan: D'un monde à l'autre*
Pierre Bottero, 2003
Traducción: Isabel Margelí Bailo
Ilustraciones: Krystel

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Y el hechicero,
señor de las palabras y las flores,
nació, hijo sabio en mitad de los
tumultos.

C. B.





EWÍLAN





Camille tenía exactamente cuatro mil novecientos días, es decir, algo más de trece años, la primera vez que realizó «el paso al otro lado».

Estaba segura de ello, pues fue en el instante en que emprendía complicados cálculos para conocer su edad con precisión cuando se bajó de la acera sin darse cuenta y se encontró en mitad de la calzada frente a un enorme camión. El estruendo del claxon la arrancó de su ensueño matemático.

El pesado vehículo iba directo hacia ella con los frenos bloqueados. Los neumáticos chirriaron apurados y su goma humeante intentó en vano detener las treinta toneladas del monstruo.

Camille quedó petrificada, incapaz de efectuar el menor movimiento, mientras su mente de joven superdotada analizaba la situación.

A su pesar, se dio cuenta de la estupidez de pasar los últimos segundos de su vida viendo llegar un camión. Su irreprimible curiosidad la empujó a cerrar los ojos y no tuvo ni tiempo de gritar, algo que le hubiera encantado hacer...

No, Camille no gritó, simplemente se pilló el pie con una raíz y cayó cuan larga era encima de la hierba, con la nariz a unos centímetros de una seta soberbia.

—*Boletus edulis* —señaló en voz alta, pues era una gran amante de las setas y le gustaba hablar latín.

Un pequeño escarabajo de caparazón azul turquesa pasó cerca de su cara. Se dirigía al tronco del enorme pino que se alzaba por encima de ellos y Camille lo siguió distraídamente con la mirada. ¡Ya no se encontraba en mitad de la calzada, sino en un bosque poblado por árboles inmensos!

Fue entonces cuando, tras un magnífico planeo, un caballero con armadura se estrelló junto a ella con un impresionante ruido de cacerolas. Camille empezaba a pensar que había algo que no encajaba.

Se sentó mientras, a su lado, el caballero se enderezaba con dificultad, cosa nada extraña teniendo en cuenta el peso de su armadura y el impacto que acababa de sufrir.

—¡Por todos los millones de ladillas ahumadas! —blasfemó el hombre con voz estentórea.

Entonces se volvió hacia Camille, sin parecer sorprendido por su presencia.

—Ruego que me perdone, señorita; el júbilo del combate me ha hecho olvidar las buenas maneras. Hay que reconocer que los ts'liches, aunque infames y repugnantes, son unos valientes adversarios. Pero no tema; controlo perfectamente la situación.

Camille, atónita, se disponía a proferir una pregunta, pero un aullido agudo la dejó paralizada por el miedo e hizo dar un brinco al caballero.

Una gigantesca silueta se materializó ante ellos, mezcla incierta de mantis religiosa gigante y de lagarto no menos desmesurado que se sostenía sobre sus patas traseras. Uno de los antebrazos de aquel ser híbrido, prolongado más allá de su mano por una lámina ósea de aspecto temible, se abatió en un arco de circunferencia mortal.

El caballero paró el golpe con su impresionante hacha de combate, y el impacto le hizo retroceder unos tres metros.

La criatura le siguió a paso ligero y le golpeó de nuevo.

El caballero volvió a repeler el asalto, logrando en esta ocasión no retroceder más de un paso para luego, a su vez, asestar un poderoso golpe. El monstruo emitió un grito estridente y se apartó de un salto con una rapidez fulminante. Se llevó una mano de espantosas garras a la base del cuello, donde el acero del hacha había abierto una profunda incisión que dejaba escapar un espeso líquido verde. El caballero quiso aprovechar la ventaja, y, soltando un aullido de guerra, pasó al ataque.

El primer golpe de la criatura lo desarmó, mientras que el segundo le hizo despegar del suelo, precipitándolo en medio de un zarzal que estaba a varios metros de distancia.

Camille hizo una mueca al oír el estrépito de la caída. El gesto se acentuó al ver un charco de sangre verde a poca distancia de sus pies. El líquido pegajoso la dejó fascinada unos segundos, el tiempo necesario para divisar, justo al lado, una piedra azul en el extremo de una cadena de plata. Los eslabones y el cierre estaban labrados con delicadeza, pero fue la piedra lo que llamó su atención. Perfectamente esférica, tenía un aspecto irisado, con reflejos movedizos que desprendían una belleza fascinante, en contraposición con el broche que la ataba a la cadena y que reproducía con todo detalle una mano de espantosas garras. El hacha del caballero había arrancado la joya del cuello de su portador.

En un gesto completamente irreflexivo, Camille extendió el brazo y la cogió. Luego levantó la cabeza. El monstruo la estaba mirando, perdido ya todo interés en el combate, que, por otra parte, estaba decidido, a falta de adversario.

Camille sintió que la sangre se le helaba en las venas. La criatura medía más de dos metros de altura, y estaba envuelta en un tejido constituido por anillos metálicos entrelazados. Sus ojos inmensos de pupilas verticales brillaban con un resplandor salvaje y maléfico; de sus fauces de colmillos afilados surgía un silbido inhumano

que, sin embargo, Camille comprendió con absoluta claridad.

—Así que aquí estás, Ewilan. Mis hermanos y yo llevamos largo tiempo buscándote con el fin de terminar lo que habíamos empezado, pero era imposible encontrarte. Y hoy, el azar nos ofrece tu muerte...

El monstruo dio un salto adelante con una rapidez fatal y...

... Camille sólo tuvo tiempo de evitar a la anciana que avanzaba hacia ella por la acera.

La mujer ni siquiera le dirigió una mirada, cautivada como estaba por el espectáculo de un camión inmovilizado en medio de la calzada y el gentío vociferando alrededor del conductor, que estaba sentado en el suelo con cara de estupefacción. Camille respiró hondo.

Su cerebro funcionaba a toda velocidad, intentando comprender aunque fuese una pizca de lo que acababa de vivir. La parte racional de su alma imploraba que lo olvidase todo, o al menos que lo considerase como un malestar pasajero acompañado de alucinaciones...

Pero la piedra azul, que aún apresaba su mano izquierda, se lo impedía.



—¡Camille, Camille! Oh, Camille, ¿estás sorda?

La voz atravesó el laberinto de pensamientos en el que estaba dando vueltas, y Camille levantó la mirada. Su interlocutor era un chico de su misma edad y altura.

Llevaba un magnífico peinado de trencitas, cada una de ellas decorada con una perla, que enmarcaba una cara redonda de piel oscura, dividida por una inmensa sonrisa.

—¿Has olvidado levantarte esta mañana? Hoy no te hemos visto en clase.

—Salim...

—¿Qué te pasa, tía? ¿Más problemas con tus padres?

—Salim, creo que acabo de pasar a un mundo paralelo.

El joven la miró con ojos sorprendidos, arrugó la nariz y se rascó una mejilla. Un ligero tic deformó su boca y luego, de repente, estalló en una carcajada enorme e irreprimible. Necesitó varios minutos para recuperar el aliento, y sólo a duras penas lo logró.

—Salim, no estoy bromeando; realmente he pasado a un mundo paralelo.

—No te preocupes —soltó el joven, reprimiéndose por los pelos para no estallar otra vez—, son cosas que pasan. Mi hermano utiliza a menudo esa estrategia para escapar de los marcianos que le persiguen.

—¡Salim, hablo en serio! Tú no tienes hermanos, y... ¡maldita sea! ¡Ha ocurrido de verdad!

—Tranquilízate, te creo. ¡Hace mucho tiempo que estoy convencido de que no vives en el mismo mundo que nosotros!

—¡Ya basta, Salim!

—Está bien, no sigo. Pero antes, dime cuánto son trescientos cincuenta y siete por seiscientos veintinueve.

—Doscientos veinticuatro mil quinientos cincuenta y tres, ¿por qué?

—Por nada. ¿Cuál es la capital de Burkina Faso?

—Uagadugu, pero ¿qué...?

—No importa. ¿Quién inventó el teléfono?

—Graham Bell, en 1876.

—Y un teléfono, en aquella época, ¿qué era exactamente?

—Al principio era un transmisor conectado por un circuito eléctrico con batería a un receptor colocado un poco más lejos. El pabellón acústico del emisor estaba provisto de una membrana que llevaba en su centro un disco de hierro dispuesto ante un electroimán. El receptor poseía una membrana idéntica, colocada sobre un electroimán cilíndrico y...

—¡Stop, gracias! Sólo quería asegurarme de que no te habías vuelto loca.

Camille se cruzó de brazos y miró a su amigo a los ojos. Seguía notando la piedra en la palma de su mano, pero ya no sentía deseos de enseñarla, ni siquiera a Salim. La hizo girar una última vez entre sus dedos y la dejó caer en el fondo del bolsillo de sus vaqueros.

—Está bien, Salim... Ahora que te has quedado tranquilo, ¿nos tomamos un helado?

—¡Vale, vieja, es una gran idea!

—Salim, yo no soy vieja, tengo cuatro mil novecientos días, es decir, exactamente cuatro meses y dieciocho días menos que tú, y aún te regalo las horas. Aunque, para ser completamente sincera, no puedo garantizarte la cifra al ciento por ciento; ya sabes que no estoy segura de mi fecha de nacimiento.

—Pero...

—Pero sea como sea, aunque ponga en duda, y lo hago con mucho gusto, lo que afirman mis padres, estoy absolutamente segura de no tener más de catorce años. ¿Entendido?

—Estaba pensando que, para ser una vieja carcamal, no estás nada mal...

Continuaron peleándose mientras se alejaban siguiendo el curso del río que resplandecía bajo el sol de mayo y llegaban al parque, donde tenían la certeza de encontrar a su vendedor de helados favorito.

Detrás de ellos, en la avenida paralizada, los conductores empezaban a salir de sus vehículos. El tumulto crecía alrededor del conductor, que se negaba categóricamente a volver a subir a la cabina del camión.

—¡Les digo que había una chica en la calzada, ahí, justo delante de mí! —gritaba—. ¡Ha desaparecido de golpe!

Pero Camille y Salim estaban ya lejos.



Un poco más tarde se sentaron en el respaldo de un banco de madera. Salim sostenía

un enorme helado de fresa en una mano, mientras con la otra hacía girar una bola multicolor.

—¡La verdad —exclamó—, creo que fuiste muy atrevida yendo a la biblioteca en lugar de ir a clase!

—No te preocupes, Salim, ¡lo tengo todo calculado!

—¿No te da miedo que tus padres se enteren de que has hecho novillos?

—Para empezar, no son mis padres. Y, sinceramente, mientras les traiga buenas notas y me porte bien en la mesa, les importa un rábano lo que yo haga. Además, estate tranquilo, fue algo excepcional.

Camille dio un buen mordisco a su cucurucho de vainilla. El frío en el esmalte de los dientes la hizo estremecer, pero los helados le gustaban así, y no chupándolos con la punta de la lengua.

Salim acababa de terminarse el suyo. Se bajó del banco y se cuadró enfrente de Camille. Sacó dos bolas suplementarias de su cazadora y se puso a hacer malabares, primero con dos manos y luego con una sola.

—¿Has visto qué nivel, Ewilan? —soltó—. Por la noche me entreno con cuatro bolas, ¡pronto te lo enseñaré!

—¿Cómo me has llamado?

Sorprendido por el tono de su voz, Salim dejó caer sus bolas.

—Tranqui, colega, me ha salido así —se justificó mientras sonreía—, tampoco hace falta exagerar.

—Sólo quiero que repitas lo que acabas de decir, Salim —ordenó Camille en un tono tajante—. Serás capaz de recordar una palabra que acabas de pronunciar, ¿no?

Salim la miró con ojos como platos. Camille no bromeaba y la escena ofrecía un contraste asombroso con el carácter tranquilo y jovial tan característico en ella.

—Ewilan; te he llamado Ewilan. Supongo que lo habré sacado de una película o de un cómic, pero si te tiene que afectar tanto, puedes estar segura de que no lo volveré a hacer.

Camille se lo quedó observando unos segundos. Las palabras amenazadoras del monstruo retumbaron otra vez en sus oídos. La había llamado así: Ewilan. ¿Por qué Salim había usado ese nombre, justo después de que lo pronunciara aquella criatura? Camille se pasó la mano por el pelo.

—Perdóname, me he puesto un poco histérica, no sé qué me ha pasado...

Salim estuvo a punto de atreverse a hacer una broma, pero al ver el rostro abatido de su amiga, renunció a ello.

—Creo que será mejor que me vaya —añadió Camille—. No me apetece que me echen la bronca por llegar tarde...

Los dos amigos se dirigieron a la puerta que daba a la avenida. Sentados en el respaldo de un banco, cinco adolescentes los miraron de arriba abajo cuando pasaron por delante de ellos.

—Oye, negro, ¿quién te ha hecho ese peinado de chica?

El que había hablado era un larguirucho vestido con un pantalón tres tallas demasiado grandes y una camiseta informe.

Los demás estallaron en una malvada carcajada.

Salim los ignoró, mientras que Camille, indignada, aminoró la marcha.

Su amigo la cogió del brazo para incitarla a avanzar más deprisa. Ella se resistió.

—¿Tienes miedo de que te soplemos a la novia, negro?

Camille abrió la boca para replicar, pero Salim la arrastró.

—Ven —murmuró—, no sirve de nada discutir.

—Pero...

—Ven, te digo.

Detrás de ellos, prosiguieron los insultos. Camille hundió las manos en los bolsillos.

—¡Menuda panda de imbéciles con el cerebro podrido! —soltó—. ¿Por qué no has querido que les cerrara la boca?

—Porque eso era lo único que esperaban, porque eran mayores y más numerosos que nosotros y porque estoy acostumbrado a esta clase de estupideces —replicó Salim, encogiéndose de hombros.

Se había expresado en un tono calmado y, sin embargo, Camille pudo percibir que se sentía herido y su impotencia le hacía rechinar los dientes. Cuando volvían a encontrarse en la amplia acera que bordeaba la avenida, ella se volvió hacia el parque.

A unos veinte metros de ellos, los cinco chicos, todavía sentados en el banco, le dirigieron toda una serie de gestos vulgares.

Camille apretó el puño; detestaba la estupidez, sobre todo cuando, como a menudo es el caso, se teñía de malicia y mezquindad. Cerró los ojos y se imaginó a los cinco imbéciles cayéndose del banco y haciendo el ridículo.

A menudo recurría a este método cuando se exasperaba. Así, varios profesores se habían encontrado, sin ellos saberlo, en situaciones estafalarias o embarazosas al capricho de sus accesos de cólera.

Imaginaba multitud de pequeños detalles que le hacían deleitarse y pintaba un cuadro interior de una rara precisión, que la liberaba y le permitía recuperar rápidamente la sonrisa.

Esta vez se superó. La imagen mental que trazó era de tal veracidad, que casi se echó a reír.

A su lado, Salim se sobresaltó. Camille abrió los ojos.

El banco en el que se apoyaban los cinco chicos acababa de volcarse, arrojándolos al césped en un delicioso revoltijo de brazos y piernas.

—Existe la justicia en el mundo —se alegró Salim—. ¿Has visto a ese montón de memos?

Camille no respondió. Estaba vagamente intranquila, como si la situación ocultara un peligro potencial...

—Es absolutamente genial —continuó Salim—. ¡Parecen cinco boñigas enormes de vaca!

Camille sonrió. La alegría de su amigo era contagiosa. Sin embargo, le dio unas palmadas en la espalda.

—Ya es suficiente, Salim, vámonos de aquí. ¡No van a pasarse toda la tarde tirados en el suelo sólo para hacerte reír!

En efecto, los chicos se levantaron lentamente, con aspecto de haberse hecho más daño del debido tras una caída benigna, al fin y al cabo. Dos de ellos cojeaban, mientras que un tercero se sostenía las costillas, gimiendo.



Camille y Salim se separaron un poco más adelante. Salim cruzó el río para volver a su barrio. En cuanto a Camille, se dirigió a grandes zancadas hacia la torre romana.

La pasó de largo en el momento en que el gran reloj, en lo alto, sonaba seis veces.

Sabía muy bien que sus padres esperaban que respetase al pie de la letra las pocas consignas que le daban, en este caso estar siempre de vuelta antes de las dieciocho horas. El castigo al que se exponía si se pasaba de la hora variaba en función de la cantidad de minutos de retraso. Un cuarto de hora implicaría sólo un pequeño sermón, que, de antemano, la dejaba indiferente.

En cambio, la desconcertaba mucho más lo que acababa de vivir. La escena a la que había asistido era estrictamente idéntica a la que se había imaginado, y tanta similitud no podía ser fortuita.

De ahí a pensar que ella era responsable de que el banco se volcara, no había más que un paso que se negaba a franquear.

—Ten cuidado, guapa —se regañó a sí misma—; no tienes el diploma de bruja, que yo sepa, y la telequinesia aún no se ha inventado. ¡Mantén los pies en el suelo!

Había pronunciado esta última frase en voz alta, señal de que estaba realmente turbada. Pero no importaba, no había nadie más en la calle.



Pasada la torre romana empezaban los barrios acomodados de la ciudad: casas majestuosas, piscinas lujosas y verjas de hierro forjado. Camille habitaba en una de las viviendas más bonitas, en el corazón de un jardín rodeado de altos muros.

Pulsó el botón del videointerfono. Se encendió un indicador luminoso y uno de los batientes de la puerta se abrió. Sumergida en sus pensamientos, avanzó por la alameda. Los racimos de rosales estaban en flor, pero Camille los ignoró. Empujó la imponente puerta de entrada.

Su madre la esperaba en el vestíbulo.

La señora Duciel era una mujer alta y enjuta, con los cabellos de un rubio muy pálido echados hacia atrás. Podría haber sido bonita si hubiera aprendido a sonreír y si su mirada hubiera desprendido más calor. Iba vestida con un traje riguroso, confeccionado por un modisto célebre, y estaba de pie con las manos juntas en la espalda.

—Vaya, Camille, parece ser que tienes grandes dificultades con la hora. Acabo de constatar que son las dieciocho horas quince minutos y llegas con un cuarto de hora de retraso. Si a ello añadimos los diez minutos que toda chica bien educada debe avanzarse a la puntualidad, llegamos casi a la media hora. ¿Tienes algo que decir a modo de explicación?

Camille no sentía ningún deseo de lanzarse a un combate que sabía perdido de antemano. Una vez más, prefirió agachar la cabeza.

—Nada, madre; solamente que lo siento.

—Bien. Al menos te expresas sin arrogancia, cosa que, por desgracia, no siempre sucede. Esta semana no verás la televisión y yo, por mi parte, no le hablaré a tu padre de este extravío. ¿Entendido?

—Sí, madre.

—Ahora puedes retirarte a tu habitación. Esta noche la cena se servirá a las

diecinueve horas y treinta minutos, pues tu padre debe salir.

La señora Duciel dio por terminada la conversación y se dirigió al salón. De pronto, Camille fue presa de un deseo irresistible de provocar a esa mujer, que cultivaba la frialdad como otros hacen con las begonias.

—¿No quieres saber lo que he hecho hoy?

La señora Duciel ni siquiera dio la vuelta.

—¿Y si te dijera que no he ido a clase?

La señora Duciel se quedó inmóvil y colocó una mano sobre una delicada cómoda. Volvió lentamente la cabeza hacia Camille y le lanzó una larga mirada escrutadora.

—Me sentiría, nos sentiríamos, muy decepcionados. Te hemos dado mucho, Camille, así que ten siempre en cuenta tus obligaciones. Pero, por supuesto, debe de tratarse de una broma...

—Por supuesto —afirmó Camille exhibiendo su sonrisa más encantadora—, y muy torpe, me temo...

—No pasa nada; ahora, vete.

Camille llegó a su dormitorio preguntándose por milésima vez si aquella mujer que pretendía ser su madre sentía por ella el menor afecto.

No recordaba nada de sus padres ni de su primera infancia. Había oído que los primeros recuerdos de una persona se remontan en general a su tercer año de vida. Sin embargo, ella no se acordaba de nada antes de los seis años de edad.

Su primer recuerdo era, en cambio, muy nítido. Podía ver con gran precisión el despacho del juez que otorgó su custodia al señor y a la señora Duciel, sus padres adoptivos. Se acordaba de lo que se dijo aquel día, al igual que recordaba perfectamente lo que había visto, oído o leído desde entonces.

Pero por más que había buscado, en ningún rincón de sus recuerdos existía ni rastro de un gesto de cariño de los Duciel hacia ella.



A Salim no le regañaron por el retraso. A decir verdad, en su casa nadie advirtió siquiera su regreso, ni se habrían preocupado si no hubiera vuelto en toda la noche.

Vivía en un barrio de viviendas de protección oficial, separado del barrio elegante donde vivía Camille por todo el ancho del río. Bien podrían haber estado a medio continente de distancia, pues la diferencia era asombrosa.

Las fachadas del barrio de Los Pintores eran restauradas periódicamente por las distintas alcaldías, en su afán por guardar las apariencias. Tampoco era cuestión de que se acusara a esa pequeña ciudad de provincias, tan rica en monumentos históricos, de estar infectada por unos suburbios problemáticos... Pero en el interior, la cosa era muy distinta.

Salim siempre había vivido en Los Pintores, en la calle Picasso, en el piso undécimo de un edificio cuyo ascensor no solía funcionar. Compartía con su madre, sus cinco hermanas y dos de sus primos un apartamento de setenta metros cuadrados, con los tabiques tan finos que no tenía problemas para levantarse cada mañana a las cinco: lo despertaba el ruido de la ducha que tomaba su vecino antes de ir a la obra.

Desde que era pequeño, Salim soñaba con escapar. Estaba dotado de una flexibilidad sorprendente y de un vigor excepcional que habrían logrado maravillas en un gimnasio... si hubiera alguno en Los Pintores. Era dinámico, ágil y resistente, pero también muy consciente de que esas cualidades no le permitirían huir de su barrio y que, si quería llegar a algo en la vida, necesitaría mucho valor, mucho trabajo y mucha suerte.

Era valeroso y trabajador, y en cuanto a su suerte, la había tenido al conocer a Camille.

Ella no tendría que haber asistido al mismo colegio que él. Los pocos hijos de familias acomodadas que vivían en la zona de la torre romana eran inscritos en carísimos centros privados, ya que sus familias consideraban que el colegio de la

esquina tenía muy mala fama y que ofrecía unas perspectivas educativas insuficientes.

Los padres de Camille habían sido los únicos que la habían inscrito allí, prueba inequívoca, según Salim, de que la atención que le prestaban era todo fachada, y de que no entraba en sus planes complicarse la vida por ella.

Salim intentaba, mal que bien, labrarse su propio camino en el colegio; tarea que su familia, para quien el éxito escolar era algo secundario, complicaba de forma singular.

Había descubierto a Camille al entrar en el colegio, hacía tres años. Nada, *a priori*, la diferenciaba de los demás alumnos: la misma ropa, el mismo material, la misma forma de andar... pero él notó enseguida que Camille era distinta.

Era guapa, muy guapa, con unos inmensos ojos violeta, tan hermosos que uno se mareaba al verlos. Pero había algo más, y esa impresión se le confirmó desde la primera clase.

Su profesor de matemáticas, un hombre de mediana edad con aspecto algo desencantado, quiso poner sus conocimientos a prueba. Para la mayoría de los alumnos, el asunto quedó concluido en cuestión de minutos. Salim aguantó un poco más, pero Camille fue todo un problema para el profesor.

Resolvió los primeros ejercicios con tal facilidad, que en la mirada del maestro se encendió una lucecita de asombrado placer. Complicó sus preguntas y tendió algunas trampas; Camille replicó con la misma soltura. La clase comenzó a agitarse y el profesor frunció las cejas. Pasó al programa de tercero, cosa que no pareció molestar a su nueva alumna y, si bien la lucecita seguía brillando en la mirada del profesor, empezó a teñirse de irritación. A las preguntas que el profesor recordaba de su etapa en la facultad, Camille respondió como si nada, y eso le hizo pensar que el fenómeno que tenía delante tal vez fuese mejor que él en matemáticas. El timbre al final de la clase le arrebató la dolorosa posibilidad de comprobar tal hipótesis.

Salim aprovechó la pausa para conocer a Camille y aquel primer día de clase marcó el inicio de una amistad indefectible. No sabía muy bien qué razones tendría ella para ser su amiga, pero tenía la absoluta certeza de que Camille era el genio que, tarde o temprano, transformaría su vida. Su confianza en ella era inquebrantable.

Aquella noche, al volver a su casa, la atmósfera le pareció aún más viciada que de costumbre, casi irrespirable. En el apartamento retumbaban los chillidos de sus hermanas, el vocerío de la tele que sus primos miraban sin descanso y los gritos de su madre, que sufría de cólera perpetua.

Salim cogió algo para picar del frigorífico y trató de encontrar un rincón tranquilo donde hacer los deberes.

Por supuesto, fue imposible y se resignó, como todas las noches, a refugiarse en el balcón. Allí se había montado una guarida con ayuda de unos cartones, la parte superior de una lavadora y un viejo tendedero desbaratado. Aquél era su dominio y, a pesar de su carácter apacible, no había dudado en distribuir guantazos a discreción

hasta que sus hermanas y sus primos comprendieron al fin que era una zona prohibida.

Salim se instaló lo mejor que pudo y abrió el libro para intentar entender el teorema de Pitágoras.

Su mente huyó enseguida en dirección a Camille, que, desde luego, no tenía necesidad de repasar nada de nada. Pero no se sentía orgullosa de ello y más bien procuraba disimular que, al terminar aquel curso, habría podido pasar al instituto sin ningún problema. A Salim le había llevado mucho tiempo entenderla.

—Pero ¿por qué no les dices que ya lo sabes todo? —se había sorprendido él un día.

—En primer lugar, no lo sé todo; y además, ¿qué ganaría con eso?

—Yo qué sé, te harías famosa.

—¡Bah! ¿Ya no recuerdas que en sexto el profesor de matemáticas pasó de mí durante todo el año porque le demostré lo que sabía el primer día de clase?

—Se sentía humillado, Camille, olvídate de él. ¿No te haría feliz poder impresionar a todo el colegio?

—Creo, Salim, que soy todo lo feliz que puedo ser; ¿por qué cambiar?

—Pero...

—Si me fuese al instituto, ya no nos veríamos más, y eso también cuenta, ¿no?

Salim no añadió nada. De ninguna manera iba a perder a Camille.



Camille, en efecto, no repasaba. Pero estudiaba... Después de una cena rápida, que transcurrió en compañía de sus padres en un silencio casi completo era evidente que su padre estaba preocupado por algo, se había refugiado en el primer piso, en la biblioteca.

La biblioteca es el alma de una casa, como saben todas las personas de buena cuna. Así pues, a los ojos de los Duciel hubiera sido inconcebible una vivienda como la suya sin dicha estancia, lugar de retiro para los invitados distinguidos y el señor de la casa, después de comer, para fumar un puro y beber una copa de coñac.

Pero una vez hubieron comprado la casa y designado la habitación, los Duciel se dieron cuenta de que en realidad no tenían nada que guardar en ella.

El señor Duciel había solucionado el problema con la adquisición en una subasta de la totalidad de la biblioteca de un viejo marqués agobiado por las deudas. Había hecho instalar los libros en las hermosas estanterías de madera de roble y luego no los había abierto nadie.

Cuando Camille expresó sus deseos de consultarlos, el señor Duciel había dudado, por una cuestión de formas, antes de asentir.

Puesto que no tenía ni idea de lo que había comprado, estaba convencido de que su hija adoptiva habría descubierto algunas obras juveniles que a duras penas descifraría. La había sermoneado largo rato sobre el valor de los libros y el respeto que se les debe y luego, como tenía por costumbre, se había despreocupado de ella y de sus actividades.

Enroscada en un hondo sillón de cuero, Camille, al igual que Salim, se interesaba en Pitágoras. Ahí terminaba toda similitud; para Camille no representaba ninguna dificultad utilizar el teorema, pero, curiosa por naturaleza, quería saber más cosas sobre aquel matemático que había revolucionado la geometría. Le sorprendió descubrir que los datos sobre su vida eran escasos, aunque llamativos.

Había emprendido su investigación aquella misma mañana, en la biblioteca

municipal, pero, insatisfecha, prosiguió en su casa.

Acababa de encontrar lo que buscaba en un viejo tomo de Aristóteles escrito en griego antiguo. Su familia y profesores se hubieran quedado estupefactos de haberla visto absorta en aquel libro, pues se suponía que no sabía griego; pero a ella siempre le había parecido inútil revelarles que lo había aprendido igual que el latín: sola, sin excesivas dificultades y con mucho placer.

Se enteró de que Pitágoras, no contento con haber dado su nombre a un teorema y a unas famosas tablas, había sido, ya en vida, una figura legendaria, tal vez el hijo de Apolo, hacedor de toda clase de milagros.

Estaba sumergida en un fragmento fascinante cuando un ruido en el exterior le hizo levantar la mirada. Escuchó con atención unos segundos y luego retomó su lectura.

Un instante después, el ruido, una especie de berrido salpicado de ligeros castañeteos, sonó otra vez. Despacio, se levantó y se dirigió a la ventana.

A menudo se oía hablar de robos en los barrios acomodados, pero la casa entera estaba infestada de alarmas y, por la noche, soltaban en el jardín a *Sultán* y a *Gengis*, dos enormes molosos que a Camille nunca le habían caído bien. La presencia de un merodeador era, pues, improbable. Sin embargo, el ruido se dejó oír por tercera vez.

Camille se estremeció. De pronto, la casa le pareció desierta, la noche hostil y el mundo gélido. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para aproximarse al cristal. Bajo la luz de la luna, los arbustos ornamentales, cuidados meticulosamente, se recortaban en manchas oscuras sobre el fondo más claro del césped, que bajaba en una suave pendiente hasta la piscina. Más lejos, el pinar, cuidadosamente organizado, formaba una pantalla impenetrable entre la vivienda y la calle.

Camille bajó la mirada.

En el preciso instante en que sus ojos descubrieron una forma negra agazapada al pie de la pared, un tentáculo salió disparado hacia ella a una velocidad prodigiosa. La ventana estalló, proyectando por toda la estancia un montón de pedazos de cristal.

La alarma saltó de inmediato con un aullido estridente.

Sultán y *Gengis* se precipitaron sobre aquella cosa ladrando con furia.

Con una rapidez que ignoraba poseer, Camille se había lanzado hacia atrás una fracción de segundo antes del ataque.

Sin lugar a dudas, ese acto reflejo le salvó la vida. El tentáculo tan sólo la rozó.

Sin embargo, sentía una viva quemazón y la sangre empezó a correr por su rostro. Un pedazo de cristal debía de haberle rasgado la mejilla.

Camille se quedó petrificada un instante, demasiado impactada para reaccionar.

Si aquella cosa hubiera renovado su ataque, no le habría costado nada alcanzarla, pero el mortífero apéndice se había retraído y desde el jardín se elevaban los gruñidos agresivos de los molosos desatados.

Maldiciendo su irreprimible curiosidad, Camille se acercó otra vez a la ventana.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. En pleno combate contra los dos perros, la criatura se había apartado de la pared y aparecía con toda nitidez bajo la luz de la luna y las estrellas.

Era una araña monstruosa de casi un metro de altura, con la garganta flanqueada por dos tentáculos muy largos similares a dos látigos. Los estaba proyectando hacia los molosos, que daban vueltas alrededor de la criatura intentando pillarlos.

La araña abandonó de pronto el combate y se precipitó a toda prisa hacia el fondo del jardín.

Uno de los perros se lanzó a su persecución, pero su compañero, visiblemente herido, renunció tras recorrer unos metros.

El jardín se iluminó vivamente y en la escalera se oyeron unos ruidos de pasos. La señora Duciel abrió la puerta de la biblioteca de golpe.

—Santo cielo, Camille, ¿qué has hecho ahora?



Y encima me gané una bronca, Salim. ¿Me crees ahora?

Camille caminaba junto a su amigo. Una tirita atravesaba su mejilla izquierda y tenía el párpado hinchado.

Se había levantado más temprano que de costumbre y había llamado a Salim por teléfono para citarle en el parque un poco antes de la primera clase. Se lo había contado todo sobre su aventura con el camión, la víspera, y ya no dudó en hablarle de la piedra azul. Esta vez, él no se había reído, sino que la había escuchado atentamente, con los ojos fijos en la mejilla herida.

—¿Y tu padre no quiso creerte?

—¡Por supuesto que no! Mi madre le llamó y él volvió inmediatamente, de muy mal humor. Ella estaba convencida de que fui yo quien rompió el cristal e hizo saltar la alarma, y ya llevaba media hora echándome un rapapolvo cuando él llegó. Vio los arbustos pisoteados debajo de la ventana y a uno de los perros, creo que era *Gengis*, que estaba sangrando. Llegó a la conclusión de que algún vagabundo había conseguido traspasar el muro exterior. Ni siquiera valía la pena que intentase hablarles de esa maldita araña.

—¿Avisaron a la policía?

—Sí, pero nadie se molestó en venir. Lo arreglaron todo por teléfono.

—¡Vaya movida! —soltó Salim—. ¿Qué piensas hacer?

—¡No tengo ni idea! Hablarlo contigo me alivia, porque entre la historia del cambio de mundo y la de la araña me da la sensación de estar perdiendo la chaveta.

Camille se calló un instante antes de proseguir, en un tono más bajo.

—Y además, ¡la verdad es que tengo miedo!

Salim le dedicó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

—No te preocupes, saldremos adelante. ¿Llevas ese guijarro encima?

Camille se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la piedra con su cadena. Con la palma abierta, se la mostró a Salim y ambos se inclinaron para

observarla.

—Tú me has hablado de una piedra —señaló Salim—, pero esto parece más bien una canica...

Uno podía creer, en efecto, que era una simple canica de cristal; pero, en su núcleo, unas extrañas volutas azuladas formaban un diseño en continuo movimiento y su superficie, perfectamente lisa, tenía un asombroso cariz irisado.

—Yo pensaba en una piedra preciosa —precisó Camille.

—¿De qué tipo? ¿Un diamante?

—No creo. Más bien un zafiro.

—¿Me la dejas?

Camille se encogió de hombros y Salim extendió la mano. Sus dedos se detuvieron a unos centímetros de la joya. Frunció el ceño.

—¡No puedo!

—¿Qué significa que no puedes?

Salim parecía horrorizado.

—No puedo cogerla. Lo intento, pero me es imposible.

Camille lo miró, muy seria.

—¿Quieres decir que la piedra te rechaza?

—No; me da la sensación de que, cuando se acercan, mis dedos dejan de obedecerme. No consigo obligarlos a tocarla.

—Abre la mano —ordenó Camille.

Algo reticente, Salim obedeció. Cuando Camille quiso depositar la piedra, él retiró bruscamente el brazo y ésta cayó ni suelo.

—Lo siento, vieja, no lo he hecho a propósito. Parece que este guijarro y yo no estamos destinados a llevarnos bien.

—Eso demuestra que tiene algo de extraordinario, ¿no crees? ¿Quieres que lo intentemos inmovilizándote la muñeca? —propuso Camille mientras recogía la joya.

Salim hizo una mueca.

—No te ofendas, pero preferiría que no.

Camille volvió a meterse la piedra en el bolsillo, no sin antes observarla con atención. El broche que la sujetaba a la cadena le recordaba las garras del monstruo que la había atacado, aunque no por eso lo encontraba repulsivo, más bien al contrario... ¿Qué misterio ocultaban aquellas insólitas volutas azules?

Pusieron rumbo al colegio en silencio, con la mente habitada por un extraño zafiro y una araña monstruosa.

En la entrada del edificio, esquivaron prudentemente a un grupo de alumnos de tercero que estaban alborotando y hablando muy alto. Evitar los problemas y a quienes los provocan se había convertido para ellos en una segunda naturaleza, y lo lograban sin gran dificultad. Llegaron a la clase de lengua y se sentaron. Su profesora, una mujer joven, entró a su vez. Después de pedir silencio con un éxito relativo, comenzó su lección. El texto del día era un poema de Jacques Prévert, «El

mal estudiante».

Se repartieron las fotocopias y, mientras la señorita Nicolás evocaba la ternura y el anticonformismo que desprendía el texto que se disponía a leer, Camille se recostó en el respaldo de su silla y entornó los ojos. Una vez más, se sentía en desequilibrio respecto a la escuela. La consumían las ansias de aprender, de comprender, de saber, y los profesores la dejaban con las ganas. Había pillado enseguida que no les hacía una especial ilusión tener en su clase a una chica superdotada, de amplios conocimientos e inteligencia despierta. Para la mayoría, el alumno ideal no era el alumno inteligente, sino el alumno trabajador, tranquilo y obediente. Ella se sabía incapaz de encajar en ese molde, aunque se esforzaba para que lo pareciera. Controlaba bien su papel, y si en alguna ocasión se abandonaba a un destello de talento, la mayoría de las veces los profesores creían tener delante a una alumna aventajada, pero dentro de la normalidad.

Camille sonrió. Le gustaba Prévert, y el hecho de haber leído ya gran parte de su obra no le impedía disfrutar de volver a leerlo aquel día. Simplemente, hubiera preferido que la clase fuese más sosegada para poder saborear el poema con toda tranquilidad. Apreciaba a su profesora de lengua y lamentaba que el ambiente del colegio no le diera la oportunidad de llevar mejor sus clases.

Con el fin de motivar a sus alumnos, la señorita Nicolás intentó hacerles relacionar la imagen del mal estudiante descrito por Prévert con la realidad de la escuela. Ante el escaso éxito de su ocurrencia, optó por leer el texto en voz alta.

Desde el primer verso, Camille quedó cautivada por la magia de la poesía. Le encantaba oír leer, sobre todo si lo hacían tan bien y con tanta entrega. Se puso a imaginar al mal estudiante, acosado por las burlas de los demás niños y por la mezquindad del maestro, y su formidable respuesta:

*... y a pesar de las amenazas del maestro
y el abucheo de los niños prodigio
con tizas de todos los colores
en la pizarra negra de la desdicha
dibuja el rostro de la felicidad.*

La escena que Camille se representaba con claridad cobró, de pronto, una nueva dimensión en su mente. El menor detalle y el menor matiz eran perceptibles, perfectamente nítidos, como siempre que imaginaba algo; sólo que esta vez fue más lejos: se había abierto una puerta misteriosa, y la pizarra, los colores y los personajes le pertenecían. Abrió su mente, añadió un toque de rojo imaginario, modificó ligeramente una curva...

A su lado, Salim dio un brinco. Alguien gritó y la profesora dejó de leer. Camille abrió los ojos.

La clase era presa de la excitación y, al seguir la mirada de Salim, comprendió el

motivo. Detrás de la señorita Nicolás, la pizarra estaba cubierta por completo de colores vivos, que formaban una imagen indudablemente abstracta pero cuyo sentido quedaba muy claro: era la felicidad.



—¿Estás segura de que has sido tú? —le preguntó Salim.

Estaban en el recreo. El incidente había sido todo un acontecimiento en el colegio, más aun teniendo en cuenta que la pizarra estaba cubierta no de tiza, sino de una especie de pintura que se adhería perfectamente a su superficie. La profesora no había podido dar la segunda hora de clase, pues se había marchado del colegio, así que los alumnos volvieron a encontrarse en el patio.

—Estoy segura, he tenido la misma sensación que ayer en el parque. Me he imaginado la escena, o más bien la he modificado en mi cabeza.

—Pero eso lo hacemos todos...

—No. Hay una diferencia, y ahí lo he visto muy claro. En un momento dado, me he sumergido en una dimensión en la que he imaginado exactamente lo que había en la pizarra cuando he abierto los ojos.

—¡Entonces, tía, a tu lado los de la patrulla x son unos viejos carcamales!

—Salim, no tengo ganas de reírme. ¿Qué voy a hacer?

—Muy fácil: si estuviéramos en una película, aprenderías a dominar tus poderes y los utilizarías para saldar cuentas con la araña cósmica.

—Salim, no estamos en una película; estoy de problemas hasta el cuello.

La sonrisa forzada de Salim se desvaneció.

—Si realmente has sido tú quien ha pintado la pizarra sin darse cuenta, ahora tienes que averiguar si eres capaz de hacerlo por propia voluntad.

—De acuerdo, pero ¿cómo?

—Oye, la maga eres tú, no yo. Cuando yo pienso en algo, nunca pasa nada. Pero por lo que se ve, tú funcionas de otra manera. Trata de explicármelo, a lo mejor te ayuda...

—Es complicado, Salim. Me imagino una escena y de repente se me aparece con la nitidez de algo real. Y eso no es todo: puedo modificarla como me dé la gana. Retocar una línea, oscurecer un color, eliminar un detalle, subrayar otro... De hecho, es como si dibujara.

—Y para hacer eso, ¿te sumerges en otro mundo?

—Sí, así es como yo lo percibo. Pero no se trata de un mundo tal y como tú lo entiendes. Es algo que ocurre dentro de mi cabeza.

Salim adoptó un aire dubitativo.

—No entiendo nada, pero sigo pensando que deberías intentar volver a hacerlo.

—¿No se te ocurre alguna otra idea?

—No, pero como dijo el yerno de mi abuela mientras pellizcaba la nariz del tiburón blanco que se lo estaba zampando, es mejor una idea estrambótica que no tener ninguna.

Camille esbozó una media sonrisa.

Menos mal que Salim estaba ahí. Con él, los problemas nunca eran tan graves. Reflexionó un instante en lo que acababa de proponerle y tuvo que admitir que tal vez fuese un principio de solución a sus problemas.

Se sentó en el borde de uno de los arriates del patio y se pasó la mano por el pelo.

Salim la miraba de brazos cruzados.

—Ok, lo intentaré —acabó diciendo ella.

—¿Y esta vez qué nos vas a «dibujar»? —le preguntó su amigo, sonriendo—. ¿Un cucurucho doble de vainilla?

—¡La gula será tu perdición, Salim! No, voy a dibujar un rosal —declaró, mostrando el suelo desnudo, excepto por algunas briznas de hierba seca.

Camille trató de concentrarse para construir la imagen de un rosal, pero sentía cómo la acosaban sin cesar pensamientos molestos. En varias ocasiones creyó conseguirlo, y sin embargo la imagen en ningún momento adquirió la nitidez del dibujo de la pizarra.

Abrió los ojos.

—No puedo. ¡Veo el rosal en mi cabeza, pero no lo puedo dibujar!

Sin responder, Salim se agachó, recogió algo y luego se volvió hacia Camille.

No es exactamente un rosal, pero desde luego es una flor, y hace un segundo no estaba aquí.

Camille tomó con delicadeza la minúscula rosa blanca que le tendía.

—Menos mal que no he intentado dibujar un helado —replicó ella con una débil sonrisa—. ¡Habrías pensado que soy una tacaña!



Para gran sorpresa de Camille y Salim, el incidente ocurrido en clase de lengua se había olvidado rápidamente. La administración había aventurado una explicación poco convincente —un tinglado obra de los alumnos más revoltosos—, que todo el mundo se apresuró a aprobar. Los dos amigos se alegraban de ello mientras bordeaban el río, al salir de clase.

—Esta noche —soltó Salim— te acompaño a tu casa.

—Con mucho gusto —respondió Camille—, pero ¿por qué esta noche y no las demás?

—La araña —contestó el muchacho, lacónico.

Camille no pudo evitar sonreír.

—No quiero ofenderte, Salim, pero medía casi un metro de alto y mantuvo a raya a dos perros que seguirían teniendo hambre después de devorarnos a ti y a mí.

—¡Tranquila! En mi país, Camerún, nos comemos a las arañas, y cuanto más gordas son, más disfrutamos.

Camille se echó a reír. Lo sabía todo acerca de la vida que llevaba Salim en su casa. Estaba al corriente del balcón, el ruido, la falta de cariño que equivalía casi a la que sufría ella, y se sentía maravillada por su manera siempre positiva de tomarse las cosas.

—Trato hecho, Salim. Con un guardaespaldas como tú, las arañas ya pueden irse preparando.

Salim pisaba el barrio de Camille en contadas ocasiones. Aunque no lo admitiera, aquellas casas ostentosas ponían en evidencia la pobreza de su propio barrio y hacían aún más difícil el hecho de vivir allí. Al llegar ante la verja metálica, levantó la mirada al cielo mientras se tiraba de las trenzas.

—Madre mía, Camille, siempre me olvido de que vives en una película. ¿No te da miedo perderte?

—¡Muy gracioso, Salim! Bueno, hasta mañana, y gracias por acompañarme.

—No hay de qué, vieja carcamal; hasta mañana.

Camille pulsó el botón del videointerfono mientras Salim se apartaba de la cámara de vigilancia.

Ambos sabían que era mejor que la familia Duciel no lo viera, aunque Camille habría dado cualquier cosa por ver la cara de sus padres adoptivos ante las pintas de su amigo.

Salim miró cómo se cerraba la verja detrás de Camille.

Contempló unos instantes el alto muro de piedra rematado por púas afiladas de metal, preguntándose cómo sería el interior. Luego se volvió a echar al hombro la mochila del colegio y empezó a andar.

Un alarido lo frenó de golpe.

¡Era la voz de Camille!

Se precipitó hacia la verja, que sacudió sin éxito. Camille volvió a chillar.

Enloquecido, Salim echó un vistazo a su alrededor. La calle estaba desierta.

—¡Aguanta, Camille —gritó—, ya voy!

Se desembarazó de la mochila, calibró brevemente la altura del muro y dio un brinco.

Encajó los dedos entre dos púas metálicas y, en un segundo, se alzó por encima del borde del muro, desde donde escudriñó el jardín.

Camille se encontraba a unos veinte metros de la verja, acorralada contra un árbol. Enfrente tenía a tres monstruosas arañas negras.

Salim saltó desde el otro lado y corrió aullando hacia la criatura más próxima.

—¡Fuera de aquí, bichos asquerosos!

Sin darse la vuelta, la araña disparó hacia él un tentáculo que terminaba en un extremo puntiagudo. Sólo pudo esquivarlo tirándose al suelo y dando una voltereta que lo llevó hasta Camille.

Se puso en pie vigorosamente y se pegó a ella, jadeando.

—¿A cuál me zampo primero? —preguntó con voz ronca.

—...

—¿Tú qué crees, se comen cocidas o crudas? —continuó, lanzando miradas desesperadas alrededor de ellos.

—...

—¿Y tus malditos perros? ¿Dónde se han metido?

—¡De día los encierran! —respondió Camille con un hilillo de voz.

Las arañas eligieron aquel instante para atacarlos. Con una sincronización perfecta, se arrojaron sobre los dos amigos, que chillaron al unísono.

Salim cerró los ojos...



Ya está. ¡Puedes abrir los ojos!

Salim obedeció la voz de Camille. El jardín se había transformado en un bosque de árboles inmensos y sotobosque espeso... y ya no había ni rastro de la menor araña.

—Pero... ¿Qué...? ¿Dónde...?

—En mi mundo paralelo, seguramente, y por los pelos, una vez más.

Salim miró a su alrededor.

Todo parecía diferente, y no solamente el lugar. Incluso la hora era distinta. Mientras que, unos minutos antes, al día aún le quedaban largas horas por delante, ahora el sol parecía a punto de ponerse. También el aire era distinto, más perfumado, más puro.

—Camille... —Salim tragó saliva—. ¿Cómo...?

—No me preguntes cómo lo he hecho, porque no lo sé. Tampoco me preguntes qué sitio es éste, pues lo ignoro. Sólo vine aquí, si es aquí adonde vine, una vez, y me quedé el tiempo justo para ver a un caballero que practicaba la caída libre y que estuvo a punto de que un lagarto gigante lo cortara en pedazos. Yo tampoco sé...

Camille se calló bruscamente. Salim se había puesto rígido y gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Tenía la mirada fija en un punto determinado justo detrás de ella, con los ojos desorbitados por el miedo.

Ella se volvió lentamente.

Las tres arañas acababan de aparecer en el mismo lugar al que habían llegado ellos.

Camille blasfemó entre dientes. Contempló la posibilidad de escapar corriendo, pero muy pronto desechó esa idea. Las arañas tenían tales patas, que era absurdo pensar siquiera en ganarles la carrera.

Se agachó despacio para recoger una rama muerta que yacía a sus pies y se reincorporó blandiendo aquella arma improvisada por encima de la cabeza. Un

estremecimiento recorrió los cuerpos de las arañas y Camille apretó la mandíbula.

Entonces se oyó un agudo silbido, seguido de una ráfaga de viento junto a su oreja. Una de las arañas se desplomó, con el asta de una larga flecha clavada en el cráneo.

Las dos arañas supervivientes saltaron hacia delante.

El silbido se dejó oír otra vez y ya sólo quedó una. Camille la vio acercarse a ella, con los dos tentáculos mortíferos apuntándole al rostro. Abrió la boca para emitir un grito inútil, pero de repente fue proyectada al suelo por Salim, que se le había arrojado encima.

El muchacho fue el primero en volver a levantarse. Se plantó frente a la araña, que se abalanzó sobre él.

Fue entonces cuando un hombre de gran altura intervino. Centelleó una hoja de acero y la criatura se desplomó. Salim exhaló un hondo suspiro y se puso de cuclillas junto a Camille.

El hombre que les había salvado la vida empujó la araña con el pie, y luego se aseguró de que las otras dos estuvieran bien muertas.

Aún inmóviles, los monstruos seguían siendo impresionantes. Poseían ocho patas, pero ahí terminaba toda semejanza con unas arañas reales. Sus cuerpos estaban recubiertos por un caparazón oscuro y oleoso y sus dos tentáculos las diferenciaban de cualquier animal conocido. En los extremos, un dardo de varios centímetros supuraba un líquido blancuzco, sin duda venenoso.

El individuo escudriñaba el terreno. Se movía con una soltura casi felina, sable en mano, sin hacer crujir la menor rama. Recogió algo del suelo y se lo lanzó a Salim. El chico lo atrapó al vuelo y reconoció una de sus trenzas.

—Lo siento —dijo el hombre con una sonrisa—, estaba en la trayectoria de mi primera flecha.

Limpió cuidadosamente la hoja antes de guardarla en su vaina y se volvió hacia los dos amigos, que lo miraban fijamente, mudos de estupefacción.

—Tengo curiosidad por saber los motivos de vuestra presencia aquí, así como qué tienen que ver unos jóvenes como vosotros con estos andadores, pero éste no es el momento adecuado para discutirlo. Primero debemos alejarnos. Los cadáveres de estas criaturas atraerán a los buitres, que nunca desprecian la carne fresca...

Hablaba en el tono calmado de quien está acostumbrado a que le obedezcan. Recuperó las flechas que había lanzado y las examinó con atención. Tiró una, que debió de considerar demasiado deteriorada, y limpió la otra con un puñado de hierba antes de volver a meterla en el carcaj que llevaba en el cinto.

—Me llamo Edwin —continuó—. Seguidme.

Salim miró a Camille. No le gustaba el tono autoritario de Edwin.

—¿Puedes hacer que volvamos a casa? —murmuró.

Ella hizo una pequeña mueca.

—No, que yo sepa. Lo siento.

Salim se encogió de hombros en actitud fatalista.

—En ese caso, supongo que nos interesa seguirle. Este bosque es muy bonito, pero no estoy seguro de que me gusten los animalitos que corretean por él...

Camille asintió con la cabeza y fueron a reunirse con el guerrero, que, unos metros más allá, recogía una extraña bolsa de piel de la que sobresalían tres bastones, cada uno de ellos rematado por un penacho.

—Se puede decir que habéis tenido suerte de que yo pasara por aquí. Los andadores son temibles: los aguijones de sus tentáculos son venenosos y, por si fuera poco, saben dar el paso al otro lado.

—¿Qué...? —comenzó Camille.

Pero Edwin ya se había puesto en marcha a grandes zancadas y tuvo que dejarse de preguntas. Caminaron una hora larga en silencio. El bosque no era muy tupido, pero avanzar al ritmo que imponía Edwin hacía imposible mantener una conversación. La mole de árboles los abrumaba, y más de una vez se sobresaltaron cuando un animal salvaje huía a su paso. Tras dejar atrás un matorral espeso, divisaron a una magnífica criatura equina, cuya cabeza estaba coronada por una cornamenta impresionante, pastando en la hierba abundante. El animal volvió con parsimonia la mirada hacia ellos, los observó un instante y se adentró en el sotobosque, sin manifestar temor alguno.

—¿Has visto lo mismo que yo? —susurró Camille.

Salimladeó la cabeza, con los ojos abiertos de par en par.

—Parece —añadió la muchacha— que acabemos de encontrarnos con el rey de los ciervos en persona.

—¿Un ciervo de tres metros de altura?

—Ya no estamos en nuestro mundo, Salim, y es probable que tengamos otras sorpresas de este tipo...

Caía la noche y el bosque, en la oscuridad creciente, se iba volviendo más inquietante.

Por otra parte, su guía no tardó en hacer un alto en un claro, cuyo centro estaba ocupado por un peñasco, tan alto como dos hombres y cubierto de un líquen grisáceo. Dejó su bolsa en el suelo.

—Encended una hoguera mientras yo instalo mis alarmas —ordenó.

Una vez más, Camille y Salim se miraron desconcertados, mientras Edwin sacaba de su bolsa los tres bastones con penachos y se alejaba hacia el lindero de los árboles.

—Supongo —dijo Salim— que podemos empezar por recoger leña.

Rápidamente reunieron un haz considerable.

—¿Tienes cerillas? —se inquietó Camille.

—No, ni mechero tampoco.

—Ese tío empieza a ponerme nerviosa —refunfuñó ella—, por mucho que nos haya salvado. Nos hace caminar una hora sin pronunciar palabra, no nos da ninguna explicación y nos pide que encendamos un fuego, como si nos pasáramos el día

haciéndolo.

—Tranqui, colega —se burló Salim—; un fuego sin cerillas no es nada si lo comparas con lo que acabamos de pasar.

Camille sonrió.

—Tienes razón, y eso me recuerda que mis padres deben estar empezando a impacientarse. ¿Qué les voy a decir cuando regrese?

Salim inclinó la cabeza con gesto de sorpresa y se acercó a ella.

—¿Es que ahora puedes hacernos regresar?

—A decir verdad, no tengo ni idea —admitió ella—, pero como ya ha funcionado tres veces... ¡Mira, ya vuelve nuestro héroe!

Edwin se aproximó a ellos y estudió la pila de madera con aspecto afligido.

—Pronto llegará la noche, y el frío con ella. ¿Por qué no haléis encendido el fuego?

Camille estalló.

—¡Porque un fuego sin cerillas es tan fácil de encender como una chispa de inteligencia en los ojos de una vaca, por eso!

—¡Por todos los Sujetos —se enfureció Edwin—, no sé de qué estás hablando, pero si continúas empleando ese tono acabarás con las nalgas en carne viva!

Camille abrió la boca, pero luego se echó atrás y puso morros.

A su lado, Salim se desternillaba, y tal vez no hubiera debido hacerlo, pues Edwin lo notó.

—Y tú, en lugar de reírte como un tonto, ve a buscar leña, en lugar de ramitas. Ya os he dicho que llegará el frío, no estamos haciendo un pícnic para pasar el rato.

Salim se sobresaltó y, tras vacilar brevemente, obedeció.

Edwin se volvió entonces hacia el haz que descansaba junto al peñasco y pareció concentrarse. Camille lo miró, de pronto muy interesada. Le pareció discernir algo familiar. También ella se concentró y entonces lo comprendió. ¡Edwin estaba dibujando!

Estaba inmóvil, sin esbozar ningún gesto, pues todo se desarrollaba en su mente; pero ella percibía claramente lo que estaba haciendo. Se imaginaba una hoguera y trataba de convertir su creación en una realidad, cosa que estaba lejos de ser fácil. Camille valoró la delicadeza del dibujo, aunque advirtió cierta debilidad en algunos trazos. Por lo que recordaba, los dos dibujos que ella misma había trazado eran mucho más precisos, más realistas.

La madera comenzó a humear y Edwin soltó un pequeño gruñido. Era evidente que lo estaba pasando mal. Casi a su pesar, Camille dirigió su mente hacia el dibujo. En una fracción de segundo, los colores cobraron nitidez, los detalles se precisaron y el dibujo se convirtió en realidad.

La pila de leña ardió de golpe. Edwin retrocedió para no quemarse con las llamas, que ascendían altas y claras.

Se volvió hacia Camille y fijó su mirada en la de ella.

—Siéntate —acabó diciéndole—; tienes que contarme muchas cosas.



Camille se sentó en la hierba frente a Edwin. Un escalofrío recorrió su cuerpo. La noche era casi completa y la temperatura había bajado espectacularmente. Sólo llevaba una camiseta, una chaqueta delgada y unos vaqueros. El calor del fuego no conseguía hacerla entrar en calor. Cruzó los brazos sobre su vientre y hundió la cabeza entre los hombros.

Edwin, por su parte, no parecía pasar frío. Camille lo observó con atención.

Era un hombre bastante alto y con el cabello cortado al rape y casi cano, aunque no le echaba más de cuarenta años. Iba vestido con un atuendo oscuro de cuero sin curtir que destacaba sus potentes hombros. Su cara angulosa y su piel mate resaltaban el gris de su mirada.

Había dejado a un lado el largo sable de hoja ligeramente curvada y el impresionante arco. Se volvió para rebuscar un momento en la bolsa, sacó una manta y se la entregó a Camille.

—Envuélvete con esto —le propuso amablemente—; es una piel de silbador, te mantendrá caliente.

Ella le dio las gracias. La manta era suave y ligera y Camille sintió muy pronto que la invadía un agradable calor.

Salim eligió aquel momento para regresar, con los brazos cargados de ramas que depositó al lado del fuego. Le castañeteaban los dientes pero, como era propio de él, encontró el modo de bromear.

—¡Ya está, jefe! Con mucho gusto habría talado un árbol o dos, pero me he dejado el cortaplumas en casa...

—Está bien, chico —aprobó Edwin sin ofenderse por la ocurrencia—, ahora caliéntate si no quieres caer enfermo.

Camille le ofreció un extremo de la manta.

Salim se sentó al lado de ella y soltó un suspiro de satisfacción al echarse la pelliza sobre los hombros. Al igual que su amiga, alzó las rodillas y apoyó en ellas el

mentón.

Edwin los miró en silencio y luego se concentró en Camille.

—¿Y bien?

Ella dudó un instante.

—Tal vez le resulte difícil de creer, pero nosotros no somos originarios de aquí; de este mundo, quiero decir. Hemos llegado por accidente, aunque eso seguramente nos ha salvado la vida.

—No te preocupes de lo que yo pueda creer o comprender —intervino Edwin—; cuéntamelo todo, desde el principio.

Camille respiró profundamente, echó un vistazo a Salim, que le guiñó el ojo para animarla, y comenzó su relato, apenas turbado de vez en cuando por el grito de algún animal salvaje.

Edwin no la interrumpió, ni siquiera cuando, en dos ocasiones, alimentó el fuego con gestos precisos. Cuando ella hubo terminado, el hombre se pasó la mano por el pelo.

—Es una historia sorprendente —masculló a media voz—, y me obliga a hacer una elección de la que prescindiría gustosamente... En fin, intentemos comer un poco —continuó alzando un poco la voz—. No contaba con tener invitados, pero creo que tendré con qué saciaros, siempre y cuando no seáis muy remilgados.

Camille enarcó las cejas.

—Nos gustaría oír también lo que tiene que decir usted.

—¿Y qué podría contar yo que os concierna?

—Muchas cosas —afirmó Camille—. ¿Quiénes son esos andadores que nos perseguían? ¿Dónde estamos? ¿Por qué no le ha sorprendido nuestra historia?

Edwin sonrió.

—Debería haber supuesto que serías curiosa: todos los dibujantes lo son. No obstante, no esperes que te dé una conferencia sobre la Imaginación, las Espiras y el paso al otro lado. No soy analista.

—No pillo ni una palabra —se arriesgó a decir Salim.

—Ya habéis entendido —continuó Edwin haciendo oídos sordos a la intervención del muchacho— que habéis entrado en otro mundo. Este traspaso, que ha debido de ser una sorpresa mayúscula para vosotros, no lo es para mí. Hace mucho tiempo que sabemos que coexisten dos mundos y que es posible pasar de uno a otro, si bien son muy pocos los dibujantes que están en disposición de hacerlo. Este fenómeno se llama el paso al otro lado. El Gran Paso, para ser más precisos.

—¿Los dibujantes? —inquirió Camille.

—Son personas que tienen el poder de desenvolverse en otra dimensión, poco conocida en vuestro mundo: la Imaginación.

—Sigo sin pillarlo —gimió Salim.

Edwin suspiró.

—Pues bien, un dibujante puede convertir en realidad aquello que imagina. Para

ello, su mente entra en una dimensión que se llama Imaginación y avanza por ella gracias a unos caminos, las Espiras. Cuanto más poderoso es el dibujante, más lejos llega a través de las Espiras y más puede jugar con la realidad. Los más dotados consiguen imaginar que están en algún lugar distinto de donde se encuentran y transportarse allí instantáneamente. Es el paso al otro lado. El ser a quien le cogiste la piedra, Camille, es un ts'lich, una criatura temible versada en el arte del Dibujo, así como en el de la Guerra. Por fortuna, es incapaz de pasar de un mundo a otro, aunque a veces puede dar pequeños pasos al otro lado. Los pequeños pasos son similares a los grandes, sólo que se ejecutan en un mismo mundo y son más fáciles de llevar a cabo. Sin duda fue el ts'lich quien envió a los andadores tras de ti para recuperar su pertenencia.

—¿La piedra? —se asombró Camille.

—Sí; es probable que se trate de una esfera gráfica, una ayuda inestimable para los dibujantes en las Espiras. La que tú encontraste sólo puede ser utilizada por un ts'lich, pero a veces los humanos poseen objetos semejantes.

Camille abrió la boca para interrogar a Edwin sobre este último punto cuando se le adelantó Salim.

—¿Y esas arañas, los andadores?

—Son unos seres que acostumbran a vivir en las cavernas de la cordillera del Poli. No dibujan, pues ese don está reservado a las criaturas dotadas de inteligencia; sin embargo, tienen la facultad innata de dar el Gran Paso. Su nombre procede de esta capacidad. Podrían haberse llamado devoradores o ejecutores, pero, como recorren ambos mundos, son los andadores. Los ts'liches los adiestran y los utilizan para matar a distancia.

Camille quiso reconducir la conversación hacia el Dibujo, pero, una vez más, Salim se le adelantó.

—El paso al otro lado, los andadores, los ts'liches... —refunfuñó—. Todo eso está muy bien, pero ¿qué relación tiene con Camille? ¿Por qué ha descubierto esos poderes y los peligros que les acompañan?

—No lo sé, compañero. Vivimos en una época oscura. Los humanos fundaron el Imperio de Gwendalavir, sobre el que en la actualidad se cierne una grave amenaza. Llevamos generaciones rechazando la invasión de los raïs, una raza no humana que vive en el norte. Nos superan en número, pero el poder de nuestros dibujantes siempre ha compensado ampliamente esa desventaja. Por desgracia, los ts'liches, que los manipulan, han logrado colocar un cerrojo en las Espiras. Los dibujantes alavirienses tienen que conformarse con creaciones muy pobres, con dibujos de principiante. Como ya os he explicado, un paso al otro lado representa un acto extremadamente poderoso. ¡Es asombroso que vosotros lo hayáis conseguido! Vuestra llegada es, pues, una señal de gran importancia.

—Las Espiras, el Dibujo... —comenzó Camille— tengo que saber más cosas. ¿Es que yo soy una dibujante?

—No puedo asegurarlo —respondió Edwin—, pero así lo creo. Estoy lo bastante convencido de ello como para abandonar la misión que me ha traído aquí. Por otra parte, lamento haber entrado en el bosque a pie; mañana echaremos de menos mi caballo...

Se levantó para reavivar las llamas.

—Encender una hoguera con ayuda de una gráfica es algo que muchos saben hacer aquí —añadió—. Sin embargo, tú has empleado unos colores que no deberían estar a tu alcance, como si no te afectara el cerrojo ts'lich. Eso puede representar un peligro. Un dibujo demasiado acentuado puede llamar la atención de criaturas hostiles. A partir de ahora debes mostrarte más prudente. ¿Lo entiendes?

Camille asintió, consciente de que, mientras no tuviera más información, le convenía seguir los consejos de Edwin.

Éste sacó de su bolsa unos bastoncillos duros y secos y se los pasó a los dos chicos.

—Es carne ahumada de silbador. Imposible encontrar algo más nutritivo y que pese menos, aunque, honestamente, tiene un sabor horrible. Vosotros veréis. En cualquier caso, sabed que mañana nos espera un largo camino; necesitaremos estar en forma.

Los bastoncillos tenían un sabor realmente abominable. Camille renunció muy pronto al suyo, pero Salim hizo un esfuerzo y se acabó su parte.

—Le estamos muy agradecidos por habernos salvado la vida —soltó entre dos mordiscos—. ¿No podría enviarnos de vuelta a nuestra casa?

—Yo no sé dibujar a ese nivel e ignoro cómo funciona el Gran Paso. Además, como ya os he explicado, un dibujo así es imposible en este momento. Si queréis regresar a casa, me temo que no podréis arreglároslos solos.

Camille frunció el ceño. Le pareció percibir en la voz de Edwin un titubeo inusual.

—¿Es que conoce a alguien capaz de ayudarnos?

—No.

La respuesta fue seca y contundente. Edwin se tumbó en la hierba, con el sable al alcance de la mano, y les dio la espalda, dando a entender que la charla había terminado.

—Personalmente, estar aquí o en Los Pintores no cambia gran cosa para mí —señaló Salim—. Sobre todo porque debo de estar soñando. En cualquier caso, si estoy aquí realmente, nadie notará que no he regresado. En cambio, para ti, puede que la cosa se ponga fea, ¿no?

—Yo creo que realmente estamos aquí —observó Camille con una sonrisa—, y, respondiendo a tu pregunta, la cosa estará caldeada a mi regreso, de eso no hay duda. Pero como no puedo hacer nada, no pienso perder el tiempo devanándome los sesos por eso.

—Sabia decisión, colega.

Camille miró a su guía, cuya respiración se había vuelto regular.

—¿Dormimos? —le propuso a su amigo.

Salim estuvo de acuerdo y se tumbaron, cubriéndose lo mejor que podían con la manta que Edwin les había prestado.

El fuego fue decreciendo poco a poco y una miríada de estrellas aparecieron en un cielo completamente despejado.

Camille dejó vagar sus pensamientos, a la deriva por lo que acababa de averiguar. Tenía la sensación de que su vida era un enorme rompecabezas, en el que todas las piezas estaban mezcladas. Imposible hacerse una idea de su dibujo final.

A su lado, Salim sonreía con los ojos abiertos como platos. No habría cedido su lugar por nada del mundo.

Edwin tampoco dormía, pero muy hábil habría sido quien pudiera leer sus pensamientos.



Quando Camille abrió los ojos, el día apenas despuntaba. El movimiento que hizo al incorporarse despertó a Salim.

Los dos se levantaron en el momento en que Edwin entraba en el claro, con sus tres bastones en la mano.

—Me da la sensación de que ya os habéis recuperado —les soltó.

—Nunca había dormido al raso —dijo Camille—. No creí que pudiera ser tan agradable.

—Habla por ti, vieja —refunfuñó Salim—: yo estoy totalmente agarrotado.

—Y aun así me llamas vieja a mí —se burló Camille.

Salim se echó a reír y empezó a caminar con las manos, bajo la atenta mirada de Edwin. Al cabo de varios metros, se puso al revés y, tras una cabriola, volvió a levantarse con una pirueta.

—¡Sólo me faltaba un marchombre! —suspiró Edwin en voz baja.

Luego recogió su bolsa y se la echó a los hombros.

—En marcha; nos queda mucho camino por delante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Camille sin moverse.

—¿Crees que te conviene buscar respuestas?

Camille se encogió de hombros. Detestaba ir a ciegas, perder el control de sus actos y de su elección, pero había aprendido a doblegarse a las exigencias externas cuando no podía actuar de otro modo. No sabía cómo acometer a Edwin para reclamarle unas explicaciones que, por otra parte, tal vez no estuviera en posición de darle, así que se conformó con dirigirle una sonrisa forzada y pisarle los talones, seguida por Salim.

Seguramente para hacerse perdonar, Edwin se mostró más parlanchín que la víspera.

Evitó cuidadosamente el tema del Dibujo y el paso al otro lado, pero respondió a las preguntas sobre el bosque que atravesaban y sobre su mundo en general.

Camille y Salim supieron así que se encontraban en el gran bosque de Barail, frontera occidental del Imperio de Gwendalavir, actualmente en guerra contra los raïs en el norte y enfrentado a los ataques de los piratas aliños en el sur. Los primeros eran una raza de monstruos que de humanoide sólo tenían su postura bípeda. Vivían al otro lado de la cordillera del Poli, en territorios apenas explorados. Los segundos, humanos, saqueaban el Imperio siempre que podían.

Así mismo, les habló de su misión. Tenía intención, antes de encontrárselos, de cruzar el bosque de Barail para contactar con los faéls, una raza de no humanos, y establecer las bases de una alianza con ellos. Buscar aliados no era una responsabilidad que se pudiera confiar a cualquiera, y Edwin parecía tan preocupado por la suerte del Imperio y hablaba de ello con tal convicción, que hacía sospechar que detentaba una posición importante en su seno. No obstante, había decidido desandar el camino para guiarles y Camille se preguntó por qué a aquel hombre le parecía tan relevante la llegada de ellos dos. Habían dado el Gran Paso, cierto, pero de una forma tan fortuita...

Hicieron una pausa a media mañana, junto a un riachuelo que fluía con pereza entre los árboles.

—Podéis beber —dijo Edwin—, el agua es potable.

Los dos amigos saciaron su sed y aprovecharon para estirar sus cansadas piernas un momento.

—¿Acaso no camináis nunca, en vuestro mundo? —ironizó Edwin sin ánimo de ofender.

—Utilizamos coches, trenes, aviones... —replicó Salim, ofendido—. Es más rápido y menos cansado.

—Ya veo —dejó caer Edwin.

—¿No le interesa nuestro mundo? —se sorprendió Camille.

—He leído descripciones de viajeros que lo han recorrido, sinceramente, no, no me interesa. Ya tengo suficiente trabajo y suficientes sorpresas en el mío.

Salim se puso en pie y se estiró.

—¿Seguiremos caminando mucho tiempo?

—Estamos cerca del lindero oriental del bosque. Si todo va bien, esta noche dormiremos en camas.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó Salim—. ¿A la capital del Imperio?

Edwin hizo una mueca burlona.

Al-Jeit está a doscientos kilómetros de aquí, muchacho. Las camas de las que hablo están en una posada de Al-Vor, una ciudad importante de esta región.

Camille se levantó también.

—Cuando vuelva a mi casa, seguro que mis padres me cortan en pedacitos antes de echarme a freír, pero debo admitir mientras tanto tengo la sensación de vivir un sueño de lo más agradable. —Camille dio una palmada en el brazo de su amigo—. ¿Verdad, viejo?

Una inmensa sonrisa iluminó el rostro de Salim.

—¡Tú lo has dicho, vieja! ¡En marcha!

Edwin estaba señalando hacia el este con el mentón cuando, de pronto, se quedó inmóvil. Sus rasgos se endurecieron y dejó caer la bolsa al suelo. Se llevó la mano a la empuñadura del sable, que asomaba por encima de su hombro, y se volvió hacia Camille.

—¡Rápido, detrás de mí! Siento algo. ¡Habrás dejado vagar una parte de tu mente por la Imaginación y eso los ha atraído!

Camille puso cara de espanto y miró a su alrededor. En aquel instante, la esfera gráfica empezó a zarandearse en su bolsillo.

—¿Qué está...?

—¡Te digo que salgas de las Espiras! Diantre, es verdad que tú no...

Se oyó un susurro en la hierba, al otro lado del riachuelo, y Edwin se calló. Enfundado en su atuendo de malla plateada, un ts'lich los contemplaba desde sus dos metros de altura.

Salina se estremeció al descubrirlo. Jamás, ni en sus peores pesadillas, se había imaginado un monstruo semejante.

El sable de Edwin silbó al salir de su vaina. El ts'lich cruzó el riachuelo con una ágil zancada y se plantó frente a ellos, con sus láminas óseas cruzadas delante de él. Camille ya había tenido ocasión de comprobar la rapidez y la violencia de los ts'liches. Contrajo todos sus músculos, a la espera de un asalto sangriento; sin embargo, Edwin tomó la palabra con voz suave y tranquila.

—¿Me reconoces, ts'lich?

Mantecía su arma bajada, con las dos manos en la empuñadura, y a Salim, que había vencido el miedo, le pareció casi tan impresionante como el ts'lich. La criatura se inclinó imperceptiblemente y de sus fauces de afiladas mandíbulas salieron estas palabras:

—Todos los de mi raza conocen a Edwin Til' Illan.

—Entonces, ¿por qué tu paso al otro lado te ha conducido hasta aquí?

—Vengo a buscar lo que es mío —silbó el ts'lich.

—¿La esfera gráfica?

El corazón de Camille se aceleró en su pecho. ¿Era ése el ts'lich al que había robado la joya? ¡Al diablo la esfera gráfica!

El ts'lich había gritado. Camille y Salim retrocedieron a mi tiempo, pero Edwin no pestañeó. Tan sólo el extremo de su sable se elevó unos centímetros. El ts'lich continuó, con una voz que rezumaba veneno:

—Lo que quiero es a Ewilan. Es a ella a quien vengo a llevarme, la historia debe terminar.

Por primera vez, Edwin pareció sorprendido. La criatura ganó confianza.

—No me digas que... ¿Tú, perro guardián del Imperio, no reconoces quién te acompaña?

De sus fauces brotó un silbido espantoso que todos interpretaron como una risa.

—Poco importa tu ignorancia. Me pertenece desde que la vi.

Hizo ademán de avanzar, pero la voz de Edwin, transmisora de una amenaza mortal, le detuvo.

—Dices que me conoces; sabes, pues, que si me desafías tu nizi'i perderá a uno de sus miembros. Y no puede permitírsele...

—Lo sé, Edwin Til' Illan, y nada me podría llevar a combatirte. Las leyendas hablan de ti, el único humano que ha cumplido en cuatro ocasiones la hazaña de derrotar a un guerrero ts'lich. Sin embargo, ni siquiera el campeón de los alavirienses sobreviviría a un enfrentamiento contra dos de nosotros.

El aire se enturbió una fracción de segundo y otro ts'lich apareció al lado del primero.

—¿Así pues, Edwin Til' Illan, me concederás lo que he venido a buscar o habrá que alterar la leyenda?

Edwin permaneció inmóvil, con la hoja apuntando al primer ts'lich y los ojos fijos en él. Cuando habló, no se estaba dirigiendo a los monstruos.

—Camille, o quien seas, coge los tres bastones de mi bolsa y clávalos detrás de mí. Son alarmas de Merwyn. Sea cual sea el resultado del combate, os darán diez minutos de ventaja.

—Pero... —comenzó Salim.

—Confiad en mí. Todavía no he dicho mi última palabra y me las arreglaré para atraparos. Camille, no dibujes, mantente lo más lejos posible de las Espiras o volverán a encontrarte.

Camille cogió los tres bastones en silencio. Estaban desgastados por el uso; las plumas de colores que los coronaban se sostenían mediante un delgado cordón de cuero. Los clavó en el suelo y tuvo la fugaz impresión de que empezaban a emitir un zumbido sordo.

Edwin parecía contener a los ts'liches con la sola fuerza de su mirada.

—¡Ahora, corred! —gritó de repente.

El sable de Edwin describió una curva fulgurante y uno de los ts'lich vaciló un poco antes de recobrase. La túnica de malla se había desgarrado a la altura de su abdomen y una fea herida dejaba escapar una espesa sangre verde.

—¡He dicho que corráis!

Dieron media vuelta en el momento en que los ts'liches se abalanzaban sobre Edwin. Por el rabillo del ojo, Salim vio cómo repelía el primer ataque, alzando con su arma una auténtica barrera de acero ante sí; luego no pensó más que en huir.



Gorrieron a ciegas durante unos diez minutos, con el alma paralizada por el miedo. Camille fue la primera en parar. Ya sin aliento, se detuvo y se apoyó contra un árbol.

—Basta, Salim; somos personas, no conejos.

—No estoy seguro de que los ts'liches conozcan la diferencia —contestó Salim, sosteniéndose las costillas para tratar de calmar los latidos de su corazón.

—Yo sí la veo, y es fundamental. Edwin quería que nos dirigiéramos al este; ¿crees que hemos tomado la dirección correcta?

—Puesto que el sol nos da en los ojos y es por la mañana, creo que hay probabilidades de que estemos yendo hacia el este. Pero vaya, el genio eres tú, no yo...

Camille soltó un prolongado suspiro.

—Prosigamos la marcha —dijo con firmeza—. Si a Edwin lo hacen añicos, no cambiará gran cosa que los ts'liches nos encuentren aquí o cien metros más adelante, exhaustos. ¿No te parece?

La pregunta no era más que una cuestión de forma. Salim comprendió que Camille se había puesto a la cabeza del curioso equipo que formaban... algo que no le molestó en absoluto.

Los dos amigos volvieron a ponerse en marcha.

—¿No crees que podríamos ir a ver qué le ha pasado?

—No.

—¿No?

—¡No!

Salim frunció un poco el ceño.

—Ha dicho que nos encontraría, y creo que lo hará. Si por desgracia los ts'liches lo hubieran despellejado, no les facilitaremos las cosas yendo a su encuentro, ¿no crees?

Camille se había dado cuenta de que su amigo estaba de morros y le había hablado con una gran sonrisa. Él se tranquilizó.

—De acuerdo, pero estoy convencido de que habrá saldado cuentas con esos dos lagartos. ¿Has oído lo que ha dicho el primero? ¿De qué dirías que va toda esta historia, y por qué te buscan esos bichos? ¿Por qué te llaman Ewilan? ¿Y qué quería Edwin cuando te ha dicho que...?

—¡Vale ya, Salim! —Camille se había tapado los oídos—. Yo me hago las mismas preguntas que tú y no tengo ninguna respuesta. Así que, por favor, deja de ahogarme con tu palabrería y caminemos.

Salim miró a su amiga con los ojos como platos.

—¿Ahogarte? Pero...

Camille le sacó la lengua y giró la cabeza.

Salim se limitó a seguirla de cerca.

Avanzaron un rato más antes de darse cuenta de que el bosque había cambiado de veras. Los árboles, si bien seguían siendo majestuosos, se parecían más a los que ellos estaban acostumbrados a ver.

De pronto, franquearon el lindero y se encontraron en el borde de un océano de hierbas altas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sin ponerse de acuerdo, dieron la vuelta.

El bosque seguía estando detrás de ellos. Se detenía bruscamente, como si los árboles hubieran respetado un límite invisible e infranqueable, trazado con una regla.

—Vaya, vaya —murmuró Salim al tiempo que contemplaba la inmensidad que se abría ante ellos—, como prado no está nada mal...

—Yo creo —se burló Camille— que pradera sería más adecuado.

—¡Sabionda! —soltó Salim antes de agacharse hacia una planta en flor que brotaba entre las hierbas.

—Bueno, Edwin nos ha dicho que fuéramos hacia el este y camináramos en dirección a Al-Vor —resumió Camille—. Soy capaz de localizar el este, pero de ahí a ver una ciudad con precisión... ¿Qué piensas tú?

—*Si caminas media hora en dirección nordeste, llegarás a un camino; sólo tienes que seguirlo y te conducirá a Al-Vor.*

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Camille mientras se volvía hacia Salim.

Pero éste seguía examinando la planta sin prestarle atención y, de todas formas, la voz no era la suya. Camille, por otra parte, no estaba segura de que alguien hubiera pronunciado exactamente aquellas palabras.

Escudriñó los alrededores. No había nadie.

—*¡Tienes razón, no hay nadie!*

—¿Quién habla? ¿Dónde está? —gritó Camille—. Salim, ¿lo oyes?

El chico, perdido en su contemplación, no movió ni una ceja.

—*He preferido dejarle al margen un momento. No corre ningún peligro y así podremos hablar con más tranquilidad.*

Camille expiró largamente. Era importante no perder la cabeza. Aquella voz, si sonaba directamente dentro de su cerebro, no era más peligrosa que una pareja de ts'liches.

—*Así está mejor...*

La voz se había teñido de una amable ironía que enfureció a Camille.

—¡Me da lo mismo lo que esté mejor! Despierte a Salim y luego váyase a pescar ballenas a su bañera. ¿Entendido?

—*Realmente, tienes, un carácter horrendo... No tienes por qué gritar, ni por qué hablar en voz alta, ¿sabes? Desde donde estoy te oigo perfectamente.*

—¿Y dónde está, quién es?

—*Estoy muy lejos de aquí, en Al-Poli, y soy Elea Ril' Morienva, una Centinela.*

La curiosidad de Camille había ganado terreno al miedo que sentía. Aquella voz femenina más bien parecía benévola, y tal vez fuese el modo de obtener por fin alguna respuesta.

—Al-Poli —comenzó—; ¿tiene alguna relación con las montañas del norte?

—*¡Excelente deducción! No me sorprende, aunque me complace. En efecto, Al-Poli está situada en las montañas que llevan el mismo nombre. Es una ciudad en ruinas, desierta y maldita.*

—¿Qué es un Centinela?

—*Es una larga historia, y como no es fundamental que la conozcas, no te la voy a contar. Has de saber simplemente que nosotros, los Centinelas, éramos los encargados de la seguridad del Imperio hasta que los ts'liches nos encarcelaron bajo la vigilancia de un Guardián. Hoy en día sería acertado llamarnos los Sujetos, porque ya no podemos movernos y porque nuestro poder está paralizado.*

Camille se calló un instante y la voz respetó su silencio, trató de relacionar todo lo que sabía con la intervención de aquella misteriosa Sujeta. Estaba lejos de ser evidente, pero le pareció que la próxima pregunta venía a cuento.

—¿Usted sabe por qué estoy aquí?

—*Por supuesto, fui yo quien te hizo venir.*

Camille necesitó un momento para digerir la información. Ignorar lo que ocurría era una cosa; saberse manipulado era otra, y no estaba segura de que le gustara cómo evolucionaba la situación. Un arrebato de cólera se desató en su interior, y no se esforzó en controlarlo.

—¡Cuando quiera ya puede contarme lo que sigue! —aulló—. ¡Tengo otras cosas que hacer aparte de charlar con una Sujeta que necesita descansar un cuarto de hora entre dos pensamientos mediocres!

La respuesta estalló de inmediato:

—*Pequeña insolente, ¿eres consciente de que te estás pasando de la raya? ¡Podría infligirte tal castigo que te haría falta toda una vida para recuperarte!*

Camille estalló en una risita burlona.

—Ya me extrañaría.

—¿Y por qué, jovencita presuntuosa?

La voz había adquirido un tono amenazador. Sin embargo, Camille no se amedrentó.

—Para empezar, porque cuando uno es incapaz de desplazarse y tiene que limitarse a hablar a distancia como un vegetal inteligente, procura no mostrarse demasiado presuntuoso. Y Además, porque si me ha hecho venir aquí, será que me necesita. Así que déjese de amenazas estúpidas; explíqueme la situación y cómo me afecta.

Volvió a hacerse el silencio y Camille se agachó para recoger una flor que se puso entre los dientes. Poco a poco recobró la calma y se preguntó si no se habría excedido un poco. Antes de que tuviera tiempo de preocuparse de verdad, oyó de nuevo la voz que sonaba en su mente.

—Muy bien. Por ahora, accedo. Pero es posible que algún día recuerdes esta falta de respeto.

Camille se limitó a elevar la mirada al cielo.

—Tú naciste aquí, en este mundo, y yo conocí a tus padres.

A Camille le entró el hipo. Sus piernas se pusieron a temblar y tuvo que sentarse.

Su interlocutora continuó, imperturbable:

—No tengo tiempo de contártelo todo con detalle. Eres la primera persona con quien logro comunicarme en siete años; es agotador y corro el riesgo de que el Guardián se dé cuenta. Tienes que ir a Al-Vor. Una vez allí, ve en busca de Duom Nil' Erg, un rruxestn analista de talento. Él te pondrá a prueba y tal vez descubra por qué has llegado tú aquí, en lugar de tu hermano.

—¿Mi hermano?

De no haber estado sentada, Camille se hubiera desplomado. ¡Un hermano, tenía un hermano!

Ahora, la Sujeta parecía tener prisa y el flujo de sus palabras se aceleró.

—Es primordial para el futuro de este mundo que tu hermano vuelva. Sólo él tiene el poder de liberarnos. Tenemos que volver a abrir la Imaginación a nuestros dibujantes para vencer al enemigo.

—Pero...

—Presta atención a lo que te diga Duom Nil' Erg; él sabrá guiarte. Nuestra única esperanza es que poseas el talento suficiente para conducirnos hasta tu hermano. He utilizado todo el poder que había conseguido reservar para comunicarme conuco, y ahora permaneceré impotente durante largo tiempo, tal vez duran te años.

—¡Pero yo no sé cómo vine aquí, ni cómo marcharme otra vez! Hasta este preciso instante ignoraba que tuviera un hermano...

—No estás tan desarmada como crees —respondió la voz, de pronto distante—. Eres la hija de Elida y Altan Gil' Sayan. Acuérdate: tu hermano y Al-Poli. Nuestro mundo cuenta contigo.

Camille percibió claramente el fin de la conversación con la Centinela. Se encontrara donde se encontrase, desde ahora ya era inaccesible. Ni se le ocurrió poner en duda sus palabras. Sonaban demasiado atinadas y algo en ella afirmaba que decía la verdad. Se levantó y emitió un prolongado suspiro.

Así pues, era originaria de este inundo. La idea le gustó bastante y se sorprendió sonriendo. «Elicia y Altan Gil' Sayan» sonaba, al menos, mejor que «Francoise y Máxime Duciel».

Camille abrió los brazos. De repente, se sentía más fuerte.

A su lado, Salim se irguió.

—Oye, colega —soltó—, está muy bien lo de mirar las musarañas, pero tal vez habría que tomar una decisión, ¿no crees?

—Tienes razón, nos dirigiremos durante media hora hacia el nordeste, y entonces cogeremos el camino que conduce a Al-Vor. Y mientras andamos, te contaré una curiosa historia. ¿Estás de acuerdo?



El trayecto entre la pradera y el camino les llevó una hora. La hierba crecida les estorbaba para caminar y las numerosas madrigueras ocultas dificultaban su avance. Pero esto no les impidió comprobar, maravillados, todas las diferencias entre aquel mundo y el suyo. Flores enormes formaban charcos de vivos colores en medio del verde de la pradera, con extrañas mariposas revoloteando alrededor de sus corolas. Pájaros de plumaje llamativo, que era evidente que no sabían volar, rodaron varias veces entre sus pies y Salim vio a uno adentrarse en una madriguera. Una manada de pequeños cérvidos salió huyendo a su paso, saltando a una altura sorprendente y lanzando unos silbidos agudos. Su frente estaba rematada, no por un par de cuernos, sino por una cresta ósea recortada.

Cuando, más lejos, descubrieron el cuerpo de uno de esos animales destripado y medio devorado por lo que no podía ser más que un gran carnívoro, el entusiasmo de Camille y Salim se desvaneció.

La hierba había sido pisoteada por una criatura obviamente enorme y, de pronto, la pradera les pareció peligrosa. Decidieron hablar en voz baja y avanzar con prudencia. Al alcanzar por fin el camino, se sintieron más tranquilos. Los profundos surcos grabados en la arena dura y las huellas de caballos indicaban que era un paso frecuentado.

—Bueno —dijo Salim—, resumiendo: tú te llamas Ewilan Gil' Sayan, y no Camille Duciel. Tienes que salvar al universo yendo en busca de un hermano al que no conoces. Y para hacernos la vida más fácil, ese hermano se ha quedado en nuestro mundo, al que no puedes hacernos volver. ¿Es eso?

—Más o menos —asintió Camille—. Has descrito una situación muy sombría, pero sin duda tienes razón.

Salim sacudió las manos.

—¡No, no, para nada! No quería ser aguafiestas. De hecho, todo esto me parece tirado y súper entretenido. Eso sí: si no te molesta, me conformaré con seguirte,

porque de momento tengo que admitir que estoy un poco perdido.

—Salim, eres genial.

—Lo sé, es lo que siempre dicen de mí los periódicos. Pero tú tampoco estás nada mal como regalo sorpresa. Bien, ¿vamos? Hay que encontrar a ese Duom no sé qué más para que te ponga a prueba. Me apuesto lo que sea a que se lleva una sorpresa...

Salim encontraba la situación increíblemente excitante y sólo temía una cosa: despertarse y darse cuenta de que lo había soñado.



Una hora más tarde, las piernas les dolían y sus estómagos empezaban a quejarse. Aunque se habían cruzado con varios caminos secundarios y señales evidentes — huellas y restos de hogueras— de que había otros viajeros, aún no habían visto a nadie.

Los arbustos se doblegaban bajo el peso de unas apetitosas bayas rojas, pero prefirieron no probarlas, así como tampoco beber el agua cenagosa de una charca que descubrieron en las proximidades del camino.

Se dieron cuenta de que la pradera ya no era llana. Su relieve formaba ligeras curvas que bastaban para ocultar el horizonte. Ciertos árboles aislados habrían constituido excelentes miradores si sus espinas afiladas no hubieran disuadido a Salim de subirse a ellos. El muchacho suspiró.

—¿No puedes dibujar un autobús?

Camille no respondió.

—¿Y una bici? ¿O un par de patines?

—¡Deja de decir chorradas, Salim!

—¡Podrías poner algo de tu parte! —se indignó él—. Estoy seguro de que es posible. Espera, voy a intentarlo.

Salim se paró y, bajo la mirada sorprendida de Camille, se sostuvo la frente con los dedos. Cerró los ojos, simulando concentrarse intensamente.

Camille se disponía a soltarle alguna ocurrencia cuando se oyó un ruido, primero débil y distante y luego cada vez más fuerte. Enseguida divisaron una carreta que se aproximaba lentamente. Salim dio saltos en el aire.

—¡Ya lo ves, colega, yo también soy un mago del Dibujo!

Camille le dio una palmadita en el hombro.

—Eres una celosa —gritó Salim, riéndose—. No es a través de la violencia como triunfarás sobre mi poderosa magia africana.

La carreta llegó a su altura. Un hombrecito de vientre prominente y piel tan negra como la de Salim conducía el tiro, formado por dos caballos grises; detrás de él se amontonaban una docena de grandes sacos de tela atiborrados.

Le hicieron grandes ademanes y él tiró de las riendas.

—¡So, *Saco de pulgas!* ¡So, *Gran buche!* ¡Sooo!

Los caballos se detuvieron y el conductor se inclinó hacia los dos chicos.

—Pero ¡madre mía! ¿Qué están tramando dos chavales como vosotros en el gran herbaje?

Camille reflexionó antes de responder. ¿Qué podía decirle? Ni hablar de contarle la verdad a aquel hombre, aun cuando debía de tener sus buenas razones para sentir curiosidad. No se le ocurría nada que decir y empezó a ponerse histérica.

—Nos dirigimos hacia Al-Vor —explicó entonces Salim.

—¿A pie?

El hombre parecía estupefacto.

—No —explicó Salim—, salimos de casa con un comerciante.

Echó un vistazo rápido a la carga de su interlocutor y continuó:

—Un comerciante de cereales. Pero nos atacó una fiera, una bestia atroz. Mi amiga se cayó de la carreta y, al querer agarrarla, yo también me caí. El comerciante no nos esperó, se largó.

El hombre tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Y la fiera?

—¿La fiera?

—Sí.

—Pues nada, se volvió a marchar sin fijarse en nosotros. A lo mejor tenía ganas de comer caballo, y no humanos.

—¡Recontraflauta, chavales, vaya aventura! —declaró el hombre mientras se rascaba el cráneo—. Se puede decir que habéis tenido suerte. Los tigres de las praderas son de esa clase de bichos que siempre están hambrientos. Os habréis topado con el único que estaba a dieta. Yo también me dirijo a vender cereales a Al-Vor. Puedo llevaros, si queréis, y os prometo que no os abandonaré como aquel... ¿cómo has dicho que se llamaba ese cobarde?

—No lo he dicho, pero me parece que era Gus Gil' Eiffel.

—¿Un noble? Debe de tratarse de un error...

Salim se mordió los labios. Siempre tenía que pasarse de la raya.

Camille acudió en su auxilio.

—Claro que se equivoca. Era Gus Eiffel, sin Gil'. Tenía que llevarnos a casa de mi tío, al que no veo desde hace al menos diez años.

El comerciante se quedó más tranquilo.

—Nunca he oído hablar de ese Gus Eiffel, pero si me cruzo algún día con él, sabrá lo que es bueno. Abandonar a dos chavales en el gran herbaje... ¡Qué vergüenza! Vamos, subid. Yo me llamo Ivan Wouhom, pero podéis llamarme Wouwou, como todo el mundo.

Camille y Salim saltaron a la parte de atrás, apoyándose cómodamente contra los sacos de cereales mientras Wouwou espoleaba a su tiro para reanudar la marcha.

—¡Arre, *Saco de pulgas!* ¡Arre, *Gran buche!*

Salim estiró las piernas con un gemido de bienestar antes de volverse hacia Camille.

—Bravo por lo que acabas de hacer: has parado el golpe como una profesional. Pero ¿cómo has sabido que había que quitarle el Gil' a nuestra celebridad francesa?

—¡Por lógica, Salim, por lógica! Edwin Til' Illan, Duom Nil'Erg, Altan Gil'Sayan... Todos estos personajes tienen en común la parte central de su nombre. Con toda probabilidad, es el signo de su nobleza.

Salim emitió un silbido de admiración.

—Flipo, vieja. Pero dime: ¿eso significa entonces que tú eres noble?

Camille se encogió de hombros.

—Eso parece.

Salim emitió un segundo silbido y cruzó las manos detrás de la nuca. Un sol agradable le calentaba suavemente el rostro, el aire era puro, Camille estaba a su lado...

Wouwou se volvió hacia ellos.

—Chavales, si os gruñe el estómago, hay una hogaza de pan a las hierbas en la bolsa que tenéis al lado. Mi amorcito lo ha cocido esta mañana. También hay paté de termitas del bueno y algo con que remojaros el gaznate. ¡Adelante, sin cumplidos!

Camille no pudo evitar una mueca, pero Salim soltó un grito de alegría y cogió la bolsa. La especialidad local, al principio sorprendente por su sabor ligeramente especiado, se reveló deliciosa.

Saciados, los dos amigos se durmieron, acunados por el balanceo de la carreta.



Quando despertaron, la inmensa pradera había dado lugar a un paisaje ondulado, sembrado de bosquecillos frondosos y cubierto por campos cultivados donde se afanaban numerosos campesinos. Extensas fincas fortificadas se erigían en medio de los cultivos.

La carreta avanzaba a duras penas por el camino que subía regularmente hasta un cerro, en cuya cima habían construido una torre de vigilancia. Obedeciendo a los vítores de su dueño, *Saco de pulgas* y *Gran buche* doblaban el espinazo. Cuando alcanzaron la cumbre, apareció Al-Vor.

Era una ciudad inmensa, rodeada por murallas almenaras, en cuyo centro se levantaba un poderoso castillo. Una multitud de tiendas de colores estaban montadas en la parte exterior de los muros.

Wouwou debió de percibir la sorpresa de sus pasajeros, pues explicó:

—Es la feria anual, chavales. Hay menos gente que de costumbre, ya que estos tiempos no son propensos a la alegría ni al comercio, pero debo admitir que aun así es impresionante. Ahí es donde tengo que vender mis cereales, y es ahí donde nos separaremos. De todas formas, hay unos malditos y rigurosos guardias que no me dejarían entrar en la ciudad con mi carreta y mis dos jamelgos.

Camille, que se había asomado por encima del banco al lado de él, sonrió.

—Ya ha hecho mucho por nosotros. A partir de ahora, nos apañaremos solos.

La carreta descendió lentamente hacia la ciudad.

—Parece que hayamos regresado a la Edad Media —deslizó Salim al oído de su amiga, mientras señalaba las murallas y las torres—. Todo está hecho de piedra, no hay un solo pedazo de cemento, ni un solo tramo de cable eléctrico...

La ruta empezaba a estar obstruida por bestias de tiro, caballeros y una multitud de viandantes. Muy pronto, los caballos de Wouwou tuvieron que ir al paso. Les llevó más de un cuarto de hora alcanzar las primeras tiendas.

Camille daba saltos de impaciencia.

—Wouwou —acabó por decir—, si no le importa, continuaremos a pie. Tengo prisa por volver a ver a mi tío y creo que iremos más deprisa si le dejamos.

—Me parece muy bien, chavales —asintió el comerciante de cereales—. Ya estáis prácticamente allí. ¡Buena suerte!

Los dos amigos le dieron las gracias calurosamente y saltaron al suelo.

De inmediato, fueron zarandeados y arrastrados por el gentío y Salim tuvo que aferrarse a Camille para no perderla.

—Eh —gritó—, no me abandones. Este sitio tiene su gracia, pero sin ti me sentiría demasiado perdido para mi gusto.

Camille sonrió y, sin responder, extendió el brazo. Salim se ruborizó y, tras una breve vacilación, cogió la mano que le ofrecía su amiga.

Sus miradas se veían atraídas sin cesar por los tenderetes y las maravillas que éstos mostraban. Las telas eran sedosas y coloridas; algunas de ellas tenían magníficos bordados y otras eran tan resplandecientes que parecían irradiar una luz propia.

Los colores procedentes de los puestos de comida les hacían la boca agua. La mayoría de las veces no conseguían descubrir la naturaleza de los alimentos, pero sus estómagos pasaban un auténtico suplicio. Salim suspiró cuando Camille lo arrancó de la contemplación de unos pedazos de carne asada envueltos en hojas doradas y bañados en una aromática salsa.

—No sueñes despierto —le aconsejó amablemente—: no podemos comprar nada.

Las transacciones se efectuaban mediante unas monedas de forma triangular, perforadas con un agujero de estrella. La mayoría de los vendedores y de los compradores las guardaban en unas bolsas de cuero que llevaban colgadas del cuello o de la cintura. Ni rastro de billetes ni de cualquier otro sistema de pago.

Camille se detuvo un momento frente a una mesa para admirar una colección de gemas talladas. Había piedras preciosas, pero también miniaturas, esculpidas con una minuciosidad extraordinaria en minerales desconocidos. Acarició con la yema de los dedos la piedra ts'lich que llevaba en el bolsillo; nada de lo que allí veía se le parecía. Más allá, los tenderetes ofrecían una profusión de viejos tomos de magia encuadernados en cuero, madera o mármol, aunque los más sorprendentes presentaban animales vivos. También se maravillaron ante una llamativa y coloreada pajarera antes de detenerse en una serie de jaulas que estaban suspendidas a la altura de los ojos. En su interior había unos animales del tamaño de un gato y cubiertos por un pelaje azulado, que se agarraban a los barrotes con sus manos minúsculas, extrañamente parecidas a las de los humanos. Al lado, un comerciante con un gran lagarto verde encima del hombro vociferaba para los transeúntes:

—¡Sorbedores de Umbrosa! ¡Para acabar con moscas, tsiziiias y avispas!
¡Sorbedores de Umbrosa!

Como para ayudarle en su tarea, el lagarto, de pronto abrió las fauces. Una lengua desmesuradamente larga surgió de dentro y se enroscó alrededor de un insecto que

revoloteaba en las proximidades. Como un relámpago, el sorbedor atrapó a la presa y se la tragó plácidamente.

La gente se interpelaba, gritaba, regateaba, se empujaba...

—¡Marchombre, marchombre!

El grito había estallado por encima de la algarabía.

Fue repetido, tenderete tras tenderete, por los vendedores, que se habían puesto muy serios. Camille y Salim les vieron escudriñar a la multitud con aire de sospecha.

Muy cerca de ellos, un comerciante echó una tela sobre sus miniaturas de madera. La actitud de los transeúntes también había cambiado. Se les veía preocupados y muchos de ellos se llevaron la mano a la cintura o al cuello para comprobar si aún tenían su monedero. Camille se disponía a pedir explicaciones cuando Salim le apretó la mano.

—¡Mira —murmuró—, es extraordinario!

Camille siguió su mirada sin percibir nada.

—¿Has visto? —preguntó el chico—. Es fantástico.

Su amiga abrió los ojos de par en par como signo de incompreensión. Salim, sobreexcitado, señaló con el dedo.

Un hombre de apariencia vulgar pasaba de tenderete en tenderete, concediendo a los comerciantes apenas una breve ojeada antes de proseguir su camino. Un paseante como cualquier otro.

—¡Marchombre! —aulló de repente un vendedor de joyas.

El comerciante contemplaba el emplazamiento que había ocupado una sortija espléndida, ahora volatilizada.

—Es él —cuchicheó Salim, señalando con la barbilla al caminante que acababa de indicarle a Camille.

Le siguieron los pasos.

—¡Otra vez! —exclamó Salim—. ¡No sé cómo lo hace!

Camille frunció el ceño y miró fijamente al hombre, aun a riesgo de chocar con alguien. Unos metros más allá, Salim le apretó otra vez la mano, pero en esta ocasión había estado atenta y vio toda la acción.

El gesto había sido tan veloz y tan fluido, que era imperceptible para cualquiera que no centrara su atención en él.

La mano del hombre restalló en un movimiento muy ágil, casi de reptil. Sus dedos se cerraron sobre una efigie de madera oscura que, en una mínima fracción de segundo, desapareció en su manga. Como alertado por un sexto sentido, el hombre dio la vuelta.

Divisó a los dos amigos y se llevó el dedo índice extendido delante de la boca, mientras les dirigía un guiño. Luego se esfumó.

Camille puso los ojos como platos. ¡Sencillamente, había desaparecido!

—¡Marchombre! —se desgañitaba el propietario de la estatuilla.

Salim hizo una mueca de admiración.

—Si un marchombre es alguien tan hábil como ese desconocido —deslizó al oído de Camille—, ya sé cuál será mi oficio.

—Pero ha desaparecido —objetó ella—, y...

—Qué va —la cortó Salim—, ven a ver.

Llevó a su amiga hacia el puesto donde el comerciante se lamentaba por su tesoro robado.

—¡Mira!

Entre dos tenderetes, una sección de tela había quedado cortada de arriba abajo.

—¡Nunca había visto a nadie desplazarse tan deprisa y con tanta precisión! —exclamó el muchacho—. Se ha deslizado por esa abertura en menos tiempo del que hace falta para beberse un vaso de whisky. Bonita comparación, ¿no?

Camilla suspiró.

—Muy bien, señor futuro marchombre, pero tendrás que trabajar mucho. Sobre todo si quieres que tu mente sea tan sutil como tus gestos.



Dolvieron a ponerse en marcha, abriéndose paso entre una aglomeración cada vez más densa, hasta llegar a las puertas de la ciudad. Los inmensos batientes de madera, de más de cuarenta centímetros de espesor, estaban abiertos y había cuatro guardias con armadura que custodiaban el acceso.

Camilla y Salim se detuvieron un instante.

Hasta aquel momento, excepto por Edwin, la gente a la que habían visto no vestía de forma muy diferente a ellos. Ciertamente que la cazadora vaquera de Salim había suscitado algunas miradas incrédulas, pero la indumentaria local, túnicas y pantalones de tela, era lo bastante simple para que la suya no destacara.

Pero al descubrir a los soldados, Camilla, y sobre todo Salim, tomaron conciencia por primera vez de que habían ido a parar a otro mundo.

Los guardias eran auténticos colosos. De casi dos metros de altura, vestían una armadura articulada de cuero y acero. Llevaban la cabeza cubierta por un casco que les protegía la nariz y descendía por la nuca, y en la mano sostenían una lanza de impresionante hoja denticulada. En el centro del pectoral llevaban pintado un blasón dorado que representaba una rama. Escrutaban atentamente a todo aquel que entraba y salía de la ciudad.

Camilla y Salim se consultaron con la mirada y luego siguieron adelante, conteniendo la respiración.

Los soldados no se inmutaron y los dos amigos se relajaron.

En el interior de las murallas, el gentío se dispersaba. Las calles estaban pavimentadas con inmensos adoquines de piedra gris, y las casas primorosamente cuidadas que las flanqueaban eran de uno o dos pisos. Sus fachadas estaban decoradas con plantas trepadoras y las flores se abrían en las ventanas.

El conjunto evocaba irresistiblemente una ciudad medieval, pero Camilla, que era una apasionada de la historia, sabía que ninguna calle de la Edad Media habría estado nunca tan limpia. No había ni rastro de alcantarillas a cielo abierto, de montañas de

inmundicia ni de animales sueltos.

Arrastró a Salim hacia el castillo siguiendo su instinto, con el convencimiento de que si Duom Nil' Erg era un personaje importante, residiría allí. Sin embargo, al cabo de un rato se detuvo.

—Creo que tenemos un problema —dijo—. Yo me había imaginado que ese tal Duom Nil' Erg tendría una tienda o algo por el estilo, pero la verdad es que es poco probable.

—Bastará con preguntar a alguien —propuso Salim.

—¿Y qué quieres preguntar? Aparte de su nombre no sabemos nada de él, y teniendo en cuenta el tamaño de la ciudad, sería un milagro que le conociera cualquiera que pase por aquí. Puede que lo de analista ni siquiera sea un oficio...

Los dos amigos se encontraban junto a una fuente, en el centro de una placita, no muy lejos de una posa llamada El Perro Durmiente.

Un puñado de clientes, sentados a la mesa en el exterior, hablaban en voz alta y se reían mucho. Uno de ellos, un fornido caballero rubio con el pelo recogido en una coleta, se puso en pie para proseguir su historia con más soltura.

—Y en el momento en que el ts'lich iba a darme el golpe de gracia, por fin consigo liberar mi hacha. Detengo *in extremis* el ataque de su lámina, me enderezo y ahí, en la mirada del monstruo, veo su temor. Comprendo que quiere huir. ¡Demasiado tarde! De un poderoso revés, le rebano el espantoso cuello y cae muerto al suelo, con la sangre roja salpicando a su alrededor.

El hombre se calló, adoptando una postura engreída. A su alrededor, sus compañeros parecían perplejos.

—Era enano tu ts'lich, ¿no? —¡Deja de beber, Bjorn, estás delirando!

—¿Y dónde has metido su cadáver, tío listo?

El tal Bjorn adoptó la noble actitud del incomprendido indulgente.

Lanzó una mirada en derredor para ver si su discurso había seducido a eventuales auditores y sus ojos se toparon con Camille.

La observó un instante, como si algún recuerdo aflorase lentamente a la superficie de su mente, y entonces su rostro se iluminó con una gran sonrisa.

—No me creéis, ¿eh? —gritó—. ¡Pues vais a ver!

Se precipitó hacia ella.

Camille y Salim, estupefactos, le miraron acercarse sin mover un músculo. Cogió el brazo de la muchacha y se volvió hacia sus compañeros de mesa.

—¡Tengo la prueba! —aulló, a punto de dislocarle el hombro por la excitación.

—Déjeme —protestó ella—, me hace daño.

—¡Suéltela, mole inmundita! —le amenazó Salim.

Bjorn no parecía oírles. Arrastrando a Camille tras de sí, regresó con sus amigos. Salim se preparaba para un ataque tan valeroso como inútil cuando el hombre se decidió a liberarla. Ella se quedó inmóvil un instante, masajeándose el hombro, y luego estalló:

—¿Es que nació con una boñiga en lugar de cerebro, o qué? ¿Dónde ha visto que la gente le arranque el brazo a personas a las que no conoce, especie de gorila descerebrado?

Bjorn se la quedó mirando, sorprendido ante tales invectivas.

—Lo siento, joven dama, nada más lejos de mi intención que la idea de lastimarla. Solamente quería que aportase su testimonio y confirmase lo que ahora mismo estaba contando a estos honorables señores.

Los honorables señores estaban, llegados a este punto, partiéndose de risa. Camille reprimió una sonrisa.

—¿Cómo quiere que dé testimonio? No sé de qué está hablando.

—¡Desde luego que sí! —afirmó Bjorn—. ¡Sí lo sabe!

—¿Y cómo es eso?

—¡Porque estaba ahí cuando luché contra el ts'lich!

Había cierto matiz de congoja en la voz del coloso y Camille lo observó con atención. De pronto, se hizo la luz en su cabeza.

—El caballero con armadura... ¿era usted?

—¡Claro que sí, es lo que me estoy matando por explicarle! ¿Puede entonces confirmar, como le suplico, que yo di muerte a esa criatura?

Camille tuvo que hacer un esfuerzo para no estallar en una carcajada. La situación, aunque sorprendente, era ante todo cómica. Bjorn esperaba su veredicto con tanta emoción, que ella no se vio con ánimos de decepcionarle.

Se volvió hacia los comensales sentados a la mesa.

—Es cierto —afirmó.

Las risas cesaron y Bjorn se cuadró de hombros.

—En efecto, vi a este caballero enfrentarse con valentía a un ts'lich. Llevaba puesta una hermosa armadura, y por ese motivo no le he reconocido inmediatamente.

—¿Y el ts'lich? —preguntó alguno.

—Yo huí antes de que finalizara el combate, así que no asistí a su fallecimiento.

Dado que se reanudaron las mofas, Camille añadió:

—Pero vi con que ardor y bravura luchaba este caballero contra aquel monstruo. No me cabe ninguna duda de que le venció.

Camille había decidido pasar por alto los múltiples aterrizajes forzosos del caballero y su estrépito final en el zarzal.

Cuando estallaron los aplausos y vio que una ingenua alegría se pintaba en el rostro de Bjorn, se sintió contenta de haber tomado tal decisión.

—¡Una ronda para todos! —exclamó el enorme caballero—. ¡Sobre todo para mis dos amigos!

Cogió a Camille y a Salim por los hombros y les hizo un sitio alrededor de la mesa.

El tabernero trajo nuevas jarras de cerveza fresca y Camille hizo una mueca.

—¿Desearía otra cosa, señorita? —se inquietó Bjorn.

Enseguida le pidió un vaso de leche de silbador.

—He contraído una gran deuda con usted —prosiguió—, pues gracias a su testimonio, mi honor está a salvo.

—Su señoría —murmuró ella, inclinándose hacia él—, ha olvidado que la sangre de los ts'liches es verde, y no roja. Puede que no haya visto usted la cantidad suficiente...

La sonrisa de Bjorn desapareció, para regresar de inmediato.

—¡Por su discreción! —susurró mientras levantaba su vaso.

Camille se echó a reír.



Tuvieron que emplearse a fondo para lograr que Bjorn se aviniese a liberarlos. Salim, que a duras penas se estaba terminando su jarra de cerveza, tenía que impedir sin cesar que se la rellenaran y Camille, cuando intentaba levantarse, se veía obligada a enfrentarse a un nuevo vaso de leche.

Finalmente, decidió ser más astuta e interpeló al caballero, que parecía haber perdido parte de sus modales en el alcohol. A la manera de los demás hombres, hablaba muy alto, gesticulaba mucho y su rostro había adquirido un vivo color rosado.

—Bjorn, tenemos que dejarle. Una larga misión nos espera.

Había subrayado la palabra misión y el efecto no se hizo esperar.

El caballero se puso en pie de un brinco.

—¿Por qué no lo decía antes? ¡Bjorn Wil Wayard es su hombre! ¿A qué monstruo hay que dar muerte esta vez?

Camille sonrió.

—No es una misión de guerra, Bjorn. Se trata de una búsqueda mucho más personal, aunque igualmente importante.

El hombre se golpeó el pecho, con lo que estuvo a punto de caerse hacia atrás.

—Poco importa. ¿Cómo puedo ayudarles?

—Estamos buscando a alguien llamado Duom Nil' Erg.

—¡El analista! ¿Qué diablos tiene que tratar con él?

Camille buscó en vano una respuesta, y fue Bjorn quien la sacó del aprieto.

—¡Si seré estúpido! ¡Es una misión, y seguramente será secreta! No me revele nada; yo les conduciré hasta él.

El caballero se volvió hacia sus compañeros.

—Seguid con la fiesta, camaradas; yo estaré de vuelta muy pronto. Por el momento, el deber me llama.

Se dirigió con cierto titubeo hacia la fuente, donde sumergió la cabeza. Cuando la

volvió a sacar, chorreando, sonreía y parecía haber recobrado el equilibrio.

—¡Vamos allá!

Los dos amigos fueron tras sus pasos. El caballero los condujo a través de la ciudad hasta una calle larga que desembocaba en el castillo.

—Ahí está —les anunció—. El gabinete del analista se encuentra a un centenar de metros. Si no les importa, no les acompañaré hasta allí. Preferiría luchar desarmado contra un tigre de las praderas que acercarme demasiado a Duom Nil' Erg.

—¿Tan terrible es? —se asombró Camille.

—Me puso a prueba cuando yo tenía dieciocho años y conservo un recuerdo espantoso.

—¿Por qué?

—La verdad es que no lo sé. Tal vez me sentí atrozmente humillado por tener solamente un circulito azul y un único punto amarillo.

Bjorn sonrió con tristeza antes de recobrase.

—¡Pero no se lo digan a él, se lo ruego! Puedo contar con ello, ¿no es así?

—¡Se lo prometemos! —dijo Salim, mordiéndose los labios para no reírse.

—Bueno, ahora les dejo. Pienso quedarme tres o cuatro días en la posada de El Perro Durmiente. Si necesitan cualquier cosa, no duden en venir a buscarme.

Tras un último saludo, el caballero dio media vuelta y se alejó con paso resuelto.

—¿Qué será esa historia del círculo, el punto y los colores? —se extrañó Salim.

—Sólo podemos hacer una cosa para averiguarlo.

—¿Y cuál es, jefa?

—¡Adivínalo! Venga, en marcha.



Un rótulo de metal plateado anunciaba: «Duom Nil' Erg, maestro analista». Debajo del nombre, un dibujo representaba tres círculos intrincados.

Una puerta pesada e impresionante impedía el paso. Salim se escondió detrás de su amiga.

—¡Las damas primero!

Camille inspiró largamente y empujó un batiente, que cedió sin dificultad.

La escalera se abría a una estancia, tres peldaños más abajo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra que allí reinaba, distinguió un gran mostrador de piedra, hondos sillones de cuero y una multitud de cuadros colgados en las paredes.

Entraron.

—¿Qué hay?

La voz era seca. De la sorpresa, Salim a punto estuvo de salir corriendo a la calle otra vez.

Camille dio un paso al frente.

—Estoy buscando a Duom Nil' Erg.

—Soy yo. ¿Qué quieres?

Por fin distinguí a aquel que hablaba.

Era un hombrecillo apenas más alto que el mostrador tras el cual se encontraba, y parecía tan viejo como una momia.

Camille se sintió muy intimidada.

—Me han dicho que me dirija a usted para que me ponga a prueba.

—¡Demasiado joven!

La voz era fría, exenta de simpatía.

—Pero...

—Demasiado joven. Sólo pongo a prueba a partir de los dieciocho años, cuando el don se ha asentado.

—¡Es importante!

Duom Nil' Erg levantó la mirada y clavó los ojos en Camille, que se puso tensa.

—Jovencita, me estás haciendo perder el tiempo. Mis tarifas como analista sin duda están más allá de lo que tú puedas imaginar.

Un escalofrío de desesperación invadió a Camille. Desde su conversación con la Centinela-Sujeta, se había preparado para esta entrevista, que consideraba vital, y resulta que ese viejo se negaba a ponerla a prueba.

Hundió las manos en los bolsillos para parecer serena y tocó la piedra azul, pues había adquirido la costumbre de hacerla girar entre sus dedos.

Una idea brotó en su mente y la aplicó de inmediato. «Tal vez sea una esfera gráfica», había dicho Edwin; y el ts'lich lo había confirmado poco después.

—Puedo pagarle —soltó Camille—, y mucho.

Una sonrisa asomó a los labios de Duom Nil' Erg.

—Mira por dónde; ¿y con qué?:

—¡Con esto!

Camille dejó la piedra sobre el mostrador.

El analista hizo ademán de cogerla, pero sus dedos se detuvieron a unos milímetros de su superficie.

—¡Una esfera gráfica ts'lich! —exclamó—. ¿Cómo ha llegado hasta ti y cómo logras conservarla?

De pronto, se calló y pareció concentrarse.

Camille vio cómo se originaba el dibujo, mucho más nítido que el de Edwin al encender el fuego, casi tan bello como los suyos, de hecho, y una luz sin fuente visible iluminó cada detalle de la estancia.

Salim emitió un silbido. La sala, ricamente amueblada, estaba tapizada de cuadros. Todos ellos representaban tres círculos —uno rojo, uno azul y uno amarillo— que se recortaban sobre un fondo blanco. Sólo la posición y el tamaño de los círculos variaban. Debajo de cada cuadro, había inscrito un nombre en letras de oro.

Duom Nil' Erg trató de coger la piedra otra vez y luego, ante su reiterado fracaso,

la examinó con una lupa. Finalmente, dejó su instrumento.

—Sin duda es un objeto mágico ts'lich —declaró ante Camille, que no le quitaba los ojos de encima—. Los propietarios de este tipo de chucherías nunca se deshacen de ellas de buen grado, y sólo he conocido a dos humanos capaces de tocar una. ¿Cómo ha llegado hasta ti?

Camille no vaciló.

—La encontré en el suelo, por absurdo que parezca. ¿Acepta esta piedra como pago de un análisis?

El rostro de Duom Nil' Erg perdió su aire severo.

—Vale mucho más que eso. Los dibujantes utilizan las esferas gráficas para sus incursiones en las Espiras. Ésta es de fabricación ts'lich, por lo que no puede utilizarla un humano. No obstante, tiene un valor incalculable.

—¡Pero tiene que ponerme a prueba!

—Cálmate, jovencita, cálmate. Te voy a analizar, ya que tanto lo deseas, y de forma gratuita.

—¡Gracias —exclamó Camille—, muchísimas gracias!

—Es inútil que me lo agradezcas. Dudo que el resultado de tu análisis sea concluyente. Raros son quienes tienen un don, y en cualquier caso tú eres al menos tres años demasiado joven. Sin embargo, me sorprende tu capacidad de tocar la esfera ts'lich y estoy intrigado por conocerte mejor. ¿Sabes qué es un análisis?

—No —confesó Camille—, la verdad es que no.

—Ya me lo parecía. Trataré de hacer que entiendas lo fundamental. El Don, o el arte del Dibujo, existe gracias a tres fuerzas: la Voluntad, la Creatividad y el Poder. Estas tres fuerzas existen en cada uno de nosotros, pero a menudo en estado demasiado embrionario o desproporcionado como para que su propietario sea un dibujante. Mi arte consiste en calibrar la intensidad de cada una de estas fuerzas y situar a unas en relación con las otras. Sígueme.

Duom Nil' Erg rodeó el mostrador y, acompañado por Camille, se reunió con Salim, que estaba examinando los cuadros.

—Estas obras —continuó el analista— corresponden a las pruebas realizadas a personas brillantes. El círculo rojo corresponde a la Voluntad, el azul a la Creatividad y el amarillo al Poder. Fíjate: cada cuadro es único. Corresponde a la manera que tenía cada uno de esos dibujantes de representarse las Espiras y desplazarse a través de ellas. Simboliza su don.

—No entiendo muy bien lo que son las Espiras —admitió Camille.

—Nada más sencillo. La imaginación, sin mayúscula, es algo muy personal: la facultad de representarse cosas que no existen en realidad. Pero la Imaginación es una dimensión, un universo, si lo prefieres, aunque inmaterial, y las Espiras son los caminos que recorren ese universo. Hay infinidad de caminos, infinidad de posibilidades que abren el poder del dibujante. Quien posee las tres fuerzas puede penetrar en la Imaginación y, según el poder de su don, adentrarse en ella más o

menos profundamente. Este poder es lo que yo compruebo.

Les guió hacia la pared más alejada de la entrada.

—He aquí el análisis de Sil' Afian, nuestro emperador.

En un cuadro parecido a los demás, se desplegaba un gran círculo rojo que casi tocaba los bordes. Perfectamente centrado en él, el círculo amarillo era dos veces más pequeño, mientras que, en la periferia, el círculo azul aparecía casi anodino y se salía un poco del límite definido por el rojo.

—El tamaño de los círculos, su disposición, su lugar... todo es importante, aunque el don sólo tiene fuerza cuando se penetran tres círculos de igual tamaño. Cuanto más importante es la parte común, más poderoso es el don. Mirad. Nuestro emperador tiene una Voluntad casi inhumana y su Poder es fuerte, pero su falta de Creatividad le impide ser un auténtico dibujante.

Duom Nil' Erg sonreía mientras estudiaba la tela.

—Pero claro —prosiguió—, no se le pide que dibuje, sino que gobierne, y para esa tarea el resultado de su prueba es perfecto. Lo podéis seguir observando mientras lo dispongo todo para el análisis.

El anciano abandonó la estancia por una puerta disimulada detrás del mostrador.

—¿Has entendido algo? —quiso saber Salim.

—Claro que sí; ¿tú no?

—No, pero tampoco lo he escuchado todo. ¿De qué te va a servir conocer el tamaño de tus círculos?

—Para comprender la naturaleza de mi poder —explicó Camille— y poder utilizarlo mejor.

—Muy bien, jefa. ¡Mira, Edwin Til' Illan! ¿Será el nuestro?

Salim señalaba un cuadro que estaba próximo al del emperador. Camille se acercó. Si bien el círculo rojo y el azul, de idéntico tamaño, casi se superponían, el círculo amarillo, más pequeño, estaba completamente aparte.

—¿Qué significa eso? —preguntó Salim.

—Edwin posee las tres fuerzas, pero su círculo de Poder está descentrado. Si no he entendido mal al maestro Duom, Edwin no debe de ser muy buen dibujante.

Camille y Salim siguieron recorriendo la estancia mientras intentaban interpretar los cuadros.

Y entonces, Camille los descubrió.

Estaban uno junto a otro: Elicia y Altan Gil' Sayan. Sus dibujos eran casi idénticos: tres círculos del mismo tamaño que formaban un rosetón en el amplio centro. Camille se disponía a llamar a Salim cuando entró Duom Nil'Erg.

—Ya está. Si queréis hacer el favor de seguirme...

La estancia contigua era mucho más pequeña. En el centro había un asiento de madera oscura y una mesa baja sobre la que descansaba, en un estuche forrado de satén, un extraño artilugio de cristal y metal plateado.

El analista le pidió a Camille que se instalase en el asiento y luego le cubrió el

rostro con un antifaz de seda. Desplegó sobre la pared, frente a ella, un extenso trozo de tela de terciopelo blanco.

Después de recomendarle a Salim que se abstuviera de intervenir, retrocedió tres pasos. Se concentró y la estancia se oscureció. Sólo el artilugio de cristal, encima de la mesa, resplandecía suavemente.

—Un titilador es un aparato extremadamente sutil —explicó—. Su estructura penetra en la Imaginación; si puedes dibujar, lo descubrirá. ¿Estás lista?

—Sí —respondió Camille con la voz un poco tensa—; ¿qué tengo que hacer?

—Nada. Déjate guiar por el titilador y deja que yo lo guíe a él.

Al principio no ocurrió nada. Luego, una explosión de colores surgió del cristal y envolvió a Camille en un trémulo halo.

Salim cerró los ojos un instante debido a la intensidad de la luz. Cuando los volvió a abrir, distinguió brevemente tres círculos luminosos en movimiento delante de su amiga y luego, de pronto, el cristal se apagó.

Cuando regresó la luz, Duom Nil' Erg apartó con delicadeza el antifaz de los ojos de Camilla y lo dejó sobre la mesa. Sus manos temblaron levemente mientras contemplaba, estupefacto, el resultado de la prueba.

—Es imposible —masculló—; esa figura sólo existe en los libros.

Camilla se enderezó. Un solo e inmenso círculo negro ocupaba todo el espacio de la tela de terciopelo blanco.

El viejo analista fijó su mirada en la de ella.

—Pero ¿quién eres? —preguntó—. ¿Quién eres tú?



Ya está —concluyó Camilla—, ahora lo sabe todo.

Estaban sentados a una mesa enfrente de Duom Nil' Erg. Después de la prueba, el anciano había necesitado unos minutos para recuperarse. A continuación les había llevado a un salón, donde les había servido una decocción y había pedido a Camille que le explicase sus aventuras sin omitir nada.

Ella había dudado un instante, pero había empezado su relato.

Cuando hubo terminado, el analista se recostó en su asiento.

—Así pues, tú eres Ewilan Gil' Sayan. Debería haberme dado cuenta: eres el vivo retrato de tu madre.

Camille se estremeció.

—¿Conoce usted a mi madre?

El anciano sonrió con tristeza y cruzó las manos bajo la barbilla.

—La conocí muy bien. Era, junto con tu padre, la mejor dibujante del Imperio. También era una mujer bonita.

—Ha dicho «era»; ¿significa eso que...?

—¿Que está muerta? No lo sé. Pero, por es probable. Tus padres desaparecieron hace poco más de siete años en unas circunstancias dramáticas. Ya te lo contaré más tarde, si tenemos tiempo.

Camille frunció el cejo.

—¿Qué es tan urgente que nadie puede tomarse el tiempo de explicarme lo que pasa?

Duom Nil' Erg se frotó el cráneo, como para ordenar sus ideas, y comenzó:

—El Imperio está en guerra...

—Contra los raïs y los ts'liches en el norte —le interrumpió Salim—, y los piratas aliños en el sur. Edwin ya nos lo contó.

El analista lo miró con sorpresa y después sonrió.

—Sin duda, tú también ocupas un lugar en este rompecabezas, pero que me aspen

si sé cuál es. En fin, no puedo contaros en una hora la geografía y la historia del Imperio, pero trataré de resumirlo. Todo indica que los humanos llegaron aquí hace más de tres mil años, procedentes de otro mundo. No existe ninguna prueba concluyente, pero esto explicaría que no conozcamos ningún tipo de prehistoria alaviriense. ¿Cómo se produjo el paso? No tenemos ni idea. Si bien ciertas criaturas como los andadores poseen esta facultad, dar el paso al otro lado es una capacidad humana ligada al arte del Dibujo. Resulta difícil de creer que todo un segmento de la humanidad poseyera ese don y lo utilizase en el mismo momento para emigrar. Sea como fuere, los humanos cambiaron de mundo y el Imperio de Gwendalavir es su principal dominio. Más allá de nuestras fronteras, existen numerosas tierras que permanecen salvajes e inexploradas, y otras que están habitadas por razas no humanas.

—¿Los ts'liches?

—Los ts'liches, en efecto, no son humanos y no poseen ningún reino. Viven a expensas de los pueblos a los que someten y son nuestros principales enemigos. Hace mucho tiempo, cuando la sociedad humana no estaba organizada como Imperio, los ts'liches nos invadieron y nos redujeron a la esclavitud. Fue el principio de un período terrible, la Edad de la Muerte, que duró cinco siglos. Nos utilizaban como esclavos, como juguetes y como fuente de alimentación. Para impedir a nuestros dibujantes que se rebelaran, colocaron un cerrojo en las Espiras.

—¡Otra vez ese cerrojo! —exclamó Camilla—. Edwin nos habló de él; ¿qué es exactamente?

—Una barrera en la Imaginación que impide a los dibujantes avanzar demasiado en las Espiras, y de este modo frena su poder. Hace mil quinientos años, los hombres se liberaron del yugo ts'lich gracias a nuestros dibujantes, liderados por el mayor de todos, Merwyn Ril' Avalon. El poder de los guerreros lagartos fue desbaratado y se reabrió el acceso a las Espiras. Los ts'liches fueron diezmados y, puesto que forman una raza muy antigua que se reproduce con dificultad, creímos que y no representaban ningún peligro. ¡Cuán errados estábamos!

—¿Aún eran numerosos? —preguntó Salim.

—No, no nos equivocamos demasiado respecto a la cantidad, pero subestimamos su malevolencia, su sed de venganza y, sobre todo, su capacidad para esclavizar a otros pueblos. Se refugiaron en las regiones del norte, tierra de los raïs, a quienes no les contó mucho someter. Los raïs son unos seres rústicos y violentos, dirigidos por una dinastía de reyes locos y sanguinarios. Su sueño siempre ha sido conquistar Gwendalavir, con el fin de apropiarse de las riquezas que ellos son incapaces de crear, pero hasta aquel momento estaban demasiado desorganizados como para mostrarse realmente peligrosos. Los ts'liches se pusieron al frente de los ejércitos raïs, formados por innumerables y estúpidos guerreros, y urdieron nuevos planes. Sin precipitarse, pues el tiempo se desliza sobre ellos sin afectarles, pero con el deseo ardiente de aniquilarnos. Inconsciente del peligro, el Imperio salió a la luz tal como lo

conocemos hoy. Se creó una orden que agrupa a los más poderosos dibujantes, los Centinelas, encargados de velar por las Espiras. Esos hombres y mujeres, que suman un total de doce, siempre han dedicado su vida y su don al Imperio, y gracias a ellos hemos vivido en paz, o casi, durante unos quince siglos. Manteníamos a los raïs tras la cordillera del Poli sin gran dificultad. Las Fronteras de Hielo, único punto por el que es franqueable, están custodiadas desde tiempos remotos por nuestras mejores tropas. Los faéls, más allá del gran bosque de Barail, al oeste, no son beligerantes y las montañas del este nos protegían de otros posibles enemigos.

—¿Y hacia el sur? —preguntó Salina.

—El océano. Los piratas aliños eran un obstáculo importante para el comercio marítimo, aunque no representaban un auténtico peligro.

—Los ts'liches acabaron por volver —se le adelantó Camille.

—Sí, pero fueron los hombres quienes les abrieron las puertas. Hace siete años, un grupo de Centinelas liderado por Elea Ril' Morienva, una dibujante ambiciosa y sin escrúpulos, nos hizo creer que los ts'liches habían desaparecido, que ya no hacía falta mantener la guardia y que tenían derecho a las riquezas y al poder. Se opusieron a los dos dibujantes más poderosos del grupo, Elicia y Altan Gil'Sayan.

—Mis padres... —murmuró Camille.

—Sí. Siete Centinelas pasaron a la disidencia, mientras que tres permanecieron neutrales. Sólo tus padres se erigieron contra lo que consideraban una traición. Para ellos, el peligro ts'lich seguía siendo muy real. Los siete traidores se enfrentaron a tus padres en una violenta batalla. Elicia y Altan Gil'Sayan eran dibujantes poderosos, pero los demás eran demasiado numerosos y los derrotaron. Ignoramos lo que fue de ellos.

Camille se sintió invadida por una oleada de odio, que la cogió por sorpresa y que procuró contener.

—¿Y luego?

—Los ts'liches estaban alerta y, aprovechando que tus padres se encontraban fuera de combate, pasaron al ataque. Los renegados, disminuidos por su reciente lucha, no pudieron resistir.

—¿Murieron?

—No. Ellos también eran poderosos dibujantes, no se puede aniquilar fácilmente a un Centinela. Las huellas encontradas en el campo de batalla nos dan pistas sobre la suerte que corrieron. Los ts'liches los sujetaron, es decir, los inmovilizaron y les privaron de su don, antes de encerrarlos en un lugar desconocido. Llevamos mucho tiempo buscándolos, pero todos nuestros intentos se han visto abocados al fracaso y hemos tenido que renunciar. Gracias a ti, ahora sabemos que los Centinelas cautivos se encuentran en Al-Poli, una ciudad olvidada de las montañas del norte.

Camille abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué se comportaron de ese modo los Centinelas?

—La explicación más comúnmente aceptada es la que te acabo de dar. Los

Centinelas querían abandonar una labor difícil y poco gratificante para disfrutar de las riquezas que creían merecer; aunque, en mi opinión, siempre se ha subestimado el papel que en todo este asunto desempeñó Elea Ril' Morienvál. Estoy convencido de que ella tenía otros objetivos, de que quería hacerse con el poder y de que tal vez llegó a un acuerdo con los ts'liches, pero éstos la traicionaron. Por desgracia, descubrir lo que ocurrió realmente no es una prioridad hoy por hoy: los raïs están haciendo pedazos a nuestras trepas.

Camille no había seguido la última parte de las explicaciones del maestro Duom. Éste se dio cuenta y le lanzó una mirada interrogante. Ella frunció el ceño y clavó sus ojos en el anciano.

—Entonces, la Sujeta que habló conmigo...

—... es, sin duda, la mujer que traicionó a tus padres.



—¡L a muy víbora! —estalló Salim.

—No te embales, muchacho —le aconsejó Duom Nil' Erg.

—¿Qué no me embale? Esa traidora se permite hacerse la simpática con Camille, cuando es posible que haya causado la muerte de sus padres. Está petrificada en su cueva y continúa mangoneando. ¡Es un monstruo y hay que evitar que siga haciendo daño!

La verborrea y la indignación de Salim arrancaron una sonrisa al viejo analista.

—Me alegro de que Ewilan tenga un defensor tan ferviente como tú. Pero el verdadero problema del Imperio son los ts'liches y el cerrojo que colocaron en las Espiras, no Elea Ril' Morienvál.

—Tal vez —refunfuñó Salim—, pero eso no quita que a ella le gustaría ser libre para...

—Eso es lo que hay que hacer —le interrumpió Camille—. Para salvar el Imperio, debemos liberar a los Centinelas. Sólo ellos pueden reventar el cerrojo ts'lich en las Espiras. Es así, ¿verdad, maestro Duom?

El analista exclamó, con una mueca apreciativa:

—¡Despertar a los Sujetos! Es un sueño que tiene obsesionado a nuestro emperador, una misión a la que se ha destinado a nuestros más preciados caballeros, la única esperanza de Gwendalavir. Y ahora es algo concebible...

Se disponía a proseguir, pero Camille se le adelantó.

—Tengo tres preguntas.

—Házmelas, Ewilan; me gustaría poder contestarlas.

—En primer lugar, ¿es verdad que tengo un hermano? Segundo, ¿qué hacíamos en el otro mundo? Y, para acabar, ¿realmente estoy aquí por voluntad de esa tal Elea?

Duom Nil' Erg sonrió una vez más.

—¡Eso es lo que yo llamo tener la cabeza en su sitio! —afirmó—. Elicia y Altan Gil' Sayan tuvieron dos hijos. Tú, Ewilan, y Akiro, cinco años mayor. Yo os tuve a

ambos en mis brazos cuando erais pequeños. Hace siete años, cuando los Centinelas cometieron su traición, desaparecisteis. Hasta hoy estábamos convencidos de que había sucedido lo peor. Ahora tengo otra explicación, y con ella responderé a tu otra pregunta.

—Adelante.

—Tus padres se contaban entre los raros dibujantes que sabían dar el paso al otro lado. Cuando la situación se volvió insostenible, os pusieron a salvo a ti y a tu hermano en el único lugar inaccesible a los ts'liches. Y para que no fuerais unos desarraigados en caso de que vuestra estancia se prolongase, os bloquearon los recuerdos. Era algo bastante fácil de hacer para ellos.

—¿Y mi tercera pregunta? ¿Fue Elea quien me atrajo hasta aquí?

—No puedo, por más que me pese, darte una respuesta definitiva.

—¿Porqué?

—Normalmente, el don del Dibujo sólo se despierta hacia los dieciocho años de edad, y parece ser que, en el otro mundo, este don se debilita o a veces incluso desaparece. Eso tendería a demostrar que, en efecto, fue Elea Ril' Morienvál quien te condujo hasta aquí. No obstante...

—¿Sí?

—Imponer a alguien un paso al otro lado sin acompañarlo es una facultad que solamente poseen los ts'liches, que yo sepa. Además, Elea está prisionera y te confesó que había tenido que hacer acopio de todo su poder para contactar mentalmente contigo. No veo cómo habría podido lograr la hazaña de transferirte a Gwendalavir. Si fuese capaz de tal cosa, antes habría optado por liberarse a sí misma. No; si lo pensamos bien, es poco probable que ella sea la razón de tu llegada aquí. Por otra parte, tu análisis demuestra por sí mismo todo lo contrario.

—¿El círculo negro?

—Sí —confirmó el anciano—, el círculo negro. Me parece que lo has comprendido, Ewilan.

Camille asintió con la cabeza.

—Los tres colores primarios mezclados en cantidades iguales dan el negro. Mis tres círculos están perfectamente superpuestos, ¿no es así?

—Exacto —ratificó Duom—. Es un caso de libro que no se había producido jamás.

—Lo que significa... —comenzó Salim.

—Lo que significa —continuó el analista— que Ewilan es la dibujante perfecta. Eso explica que pueda tocar la esfera gráfica ts'lich, y creo que no necesita a nadie para viajar entre los dos mundos.

Hubo un largo momento de silencio que rompió Camille.

—Todo esto está muy bien, pero ¿qué tengo que hacer ahora?

Duom Nil' Erg reflexionó un instante.

—Posees el don en toda su plenitud, eso es innegable, aunque no implica que

sepas utilizarlo. Eres muy joven, y por lo común se necesitan muchos años de trabajo antes de dominarlo. Por este motivo, estoy de acuerdo con Elea en que deberías traer a tu hermano aquí. Sin duda tiene tanto poder como tú y aprenderá a utilizarlo más deprisa.

Camille suspiró.

—Quiere que vaya en busca de un hermano al que nunca he visto, sabiendo solamente que tiene unos dieciocho años y que se encuentra... ¡vete a saber dónde! ¿Está al corriente de que en nuestro mundo hay seis mil millones de habitantes? ¿Por qué no envía a otro?

—Porque tú eres la única que puede dar el Gran Paso, así de sencillo.

—¡Falso: no puedo! He dado el Gran Paso tres veces y todas ellas sin pensarlo. No sé hacerlo por propia voluntad.

El analista le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Créeme: lo conseguirás.

—¡Porque usted lo diga!

—Sí, lo digo, y no olvides que estás hablando con un maestro analista.

Camille se ruborizó.

—Perdóneme, no quería ser insolente.

—No te preocupes. De todas formas, en parte tienes razón. El aprendizaje podría ser largo, incluso para ti. No puedes quedarte aquí, los ts'liches saben que has vuelto y seguramente eres la persona a la que más temen en el mundo. Harán cualquier cosa para eliminarte. Debemos partir enseguida.

—¿Para ir adónde? —se extrañó Camille.

—A Al-Jeit. A la capital, junto al emperador. Es el único sitio donde estarás a salvo y donde podrás aprender lo que necesitas saber para regresar al otro mundo.

—Pero ¿por qué?

—¡Los ts'liches no atacarán esta ciudad, estando fortificada! —exclamó Salim—. Y además, he visto a los guardias de la entrada: son verdaderos tanques.

Duom Nil' Erg sacudió la cabeza.

—Ojalá tuvieras razón, pero en Al-Vor sólo queda un puñado de soldados. El hidalgo Saï Hil' Muran y sus tropas se fueron al norte para luchar contra los raïs. El castillo está vacío y los ts'liches tienen el poder de transportarse directamente dando un paso al otro lado, o de enviarnos a sus asesinos.

Salim lanzó una mirada a su alrededor. La estancia silenciosa donde se encontraban le pareció, de pronto, amenazadora...

—¿Asesinos? —interrogó Camille—. ¿Se refiere a los raïs? ¿A los andadores?

—Es una posibilidad, aunque los andadores son unos animales bastante estúpidos e incapaces de obedecer una orden compleja. Otra opción es que los ts'liches lancen sobre nosotros a un mercenario del Caos.

—¿Otro monstruo?

El maestro Duom suspiró.

—Esto se complica. La sociedad de Gwendalavir está dividida en gremios. Algunos de ellos están reconocidos, como el de los comerciantes o el de los agricultores. Otros están envueltos en un aura de secretismo; el gremio de los soñadores o el de los marchombres, por ejemplo. En vuestro mundo, a estos últimos los llamaríais ladrones, aunque son más que eso. Los mercenarios del Caos constituyen el más oscuro de los gremios. Nadie sabe dónde se encuentra su cuartel general, ni qué objetivos persiguen. Están organizados en una sociedad extremadamente estructurada y siempre se han opuesto al Imperio, por lo que no dudan en pactar con los ts'liches o con los raïs para perjudicarlo. Si Edwin estuviera aquí, me sentiría más tranquilo, pero dudo que haya podido salir airoso del enfrentamiento con dos guerreros ts'liches. Lo más sensato será irnos cuanto antes. Regresad a la posada de la que me habéis hablado. Os daré un poco de dinero para que compréis ropa adecuada para un viaje largo y, mientras tanto, yo dispondré los detalles de nuestra partida. Espero que el intendente del castillo acceda a desprenderse de algunos guardias para escoltarnos, aunque no estoy nada seguro.

El viejo analista se puso en pie, henchido de energía. Camille y Salim lo imitaron. Una vez en la calle, buscaron un puesto donde procurarse un nuevo atuendo.



Habían examinado largo rato las monedas que les había dado el maestro Duom, parecidas a las que habían vislumbrado al pasar por la feria. Parecían acuñadas en acero y eran triangulares, con el centro perforado por un agujero en forma de estrella. «La cantidad de brazos de la estrella —les había explicado el maestro Duom— indica el valor de la moneda».

Siguiendo sus consejos, conservaron sus vaqueros pero compraron unas botas ligeras, cosidas con el inevitable cuero de silbador, y unas túnicas anchas. Puesto que se acordaban del frío que habían pasado por la noche durmiendo a la intemperie, adquirieron también dos ponchos de lana gris y unas bolsas bastante parecidas a la de Edwin, provistas de numerosos bolsillos y largas correas.

Cuando llegaron a El Perro Durmiente, el día tocaba a su fin.

Se encontraron a Bjorn, que dormitaba en un sillón con los pies sobre una mesa baja.

—Hola, muchachos —les dijo al verles—. ¿Ha ido todo bien?

—Bastante bien, sí —respondió Camille, lacónica.

El posadero les preguntó qué deseaban, Camille consultó a Salim con la mirada antes de responder.

—Comer, de momento. Estamos esperando a alguien pero, si tardase demasiado, ¿sería posible tener una habitación?

El tabernero confirmó que no había ningún problema. La temporada era floja y, a causa de la guerra y las incursiones de los bandidos, la gente era reacia a viajar. No faltaban habitaciones libres.

—¿Me aceptan como acompañante? —les preguntó Bjorn cuando se sentaban a la mesa.

—Claro que sí —aceptó Camille, apartándose para dejarle sitio.

—Tal vez soy demasiado curioso —comenzó el caballero rubio—, pero ¿esta partida nocturna tiene algo que ver con la misión?

—Sí —suspiró Salim—, y creo que no se acabará aquí.

Bjorn sonrió ampliamente.

—Estoy más bien desocupado en este momento. ¿Aceptarían mi ayuda para alcanzar su objetivo, sea cual sea?

—Creía que todos los soldados estaban en la guerra —se sorprendió Salim.

—Yo no soy soldado, muchacho, sino caballero. No tiene nada que ver.

—¿Cómo?

—No soy un militar. El de caballero es un título que se gana con valor y, debo admitirlo, con un poco de dinero. Aunque yo poseo ambas cosas en abundancia. Voy a donde quiero y, si bien ya me he enfrentado a los raïs con los ejércitos imperiales, me atraen sobre todo las misiones gloriosas que originan leyendas.

Camille lo miró, sorprendida.

—Sin embargo, no nos conoce.

—Es cierto, pero una misión es una misión. Y además —continuó—, tengo una deuda con usted.

—¿Una deuda?

—Sí. Esta tarde ha demostrado una gran delicadeza. Lo cierto es que no maté a ese ts'lich, aunque mis golpes, le obligaron a darse a la fuga. Usted guardó silencio respecto a este detalle, evitándome una deshonra vergonzosa.

—Un detalle bastante importante —se burló Salim—, ¿no le parece?

—No, para nada. He dado muerte a numerosos ts'liches a lo largo de mi vida. No me viene de uno.

Camille levantó la mirada al cielo y se desentendió de la conversación. Su mente estaba absorta en lo que acababa de averiguar, y las fanfarronadas de Bjorn la enojaban.

Salim, por su parte, estaba encantado, pues su ironía había encontrado un terreno ideal.

—Yo creía que los ts'liches eran muy difíciles de matar.

—Y lo son —afirmó el caballero—. Sin duda, tiene ante sí al único hombre de Gwendalavir que ha luchado contra tantos de ellos y ha sobrevivido.

—¿Y no se acuerda de que su sangre era verde?

—Su sangre es roja. Su amiga se confunde, y estoy dispuesto a desafiar en singular combate a cualquier hombre que mantenga lo contrario.

Salim se disponía a replicar cuando una voz tranquila se elevó detrás de ellos.

—Eres un mentiroso: la sangre de los ts'liches es verde.

Bjorn dio un brinco y Salim dio la vuelta.

—¡Edwin!

Camille se sobresaltó. Su guía estaba sentado a una mesa cercana, con los hombros presionados contra el respaldo de su silla. Dibujó una leve sonrisa al ver su reacción.

—Os dije que os encontraría. Y yo no miento nunca.

Había pronunciado estas últimas palabras mirando a Bjorn a los ojos.

El caballero enrojeció como un tomate.

—¡Por todos los Sujetos —gritó—, seas quien seas, te voy a enmendar!

Soltó un rugido salvaje y se lanzó sobre Edwin.

El caballero rubio debía de medir unos quince centímetros más que Edwin y le sacaría unos treinta kilos. Estaba en pie y furioso, mientras que su adversario, que seguía sentado, parecía sorprendido del cariz que habían tomado los acontecimientos.

El asunto se zanjó en un abrir y cerrar de ojos.

Edwin evitó el ataque de Bjorn haciéndose a un lado con gran flexibilidad, y se puso en pie. Como en un paso de baile, le levantó el brazo izquierdo, casi delicadamente, y le aplicó dos llaves brutales en las costillas.

El caballero abrió la boca en ademán de chillar, pero no le salió ningún grito. Del color escarlata pasó al carmesí, batió ambos brazos en el aire durante un segundo y se desplomó como una roca.

Edwin sacudió la cabeza, hastiado.

—¡Vaya, qué delicado!

Camille y Salim no se habían movido.;

—¿No lo habrás...? —preguntó el chico en voz baja.

—No —lo tranquilizó Edwin—, ahora se recuperará. Mira.

Bjorn emitió un gruñido ronco. Se sentó con dificultad, sosteniéndose precavidamente las costillas. Caritativo, Edwin le tendió una mano a la que el caballero se agarró para enderezarse.

—Madre mía —gimió—, tengo la impresión de haber chocado contra un rinoceronte. ¿Quién diablos eres?

Camille sonrió. Bjorn le caía bien, a pesar de que sus bravuconadas merecían una ducha fría.

—Se llama Edwin Til' Illan —contestó la chica—, y si está aquí esta noche, es porque ha matado a dos ts'liches. Y en su caso, es verdad.

—Dos ts'liches... —comenzó a decir Bjorn.

Luego se detuvo y se puso pálido.

—Edwin Til' Illan —continuó, vocalizando lentamente—, ¿tú eres...?

Dado que Edwin asintió en silencio, Bjorn se cubrió el rostro con las dos manos.

—Decididamente —suspiró—, no dejo de meter la pata. Tengo que corregirme. Edwin Til' Illan... ¡Es imposible!

Camille y Salim lo miraban, sorprendidos. De acuerdo, Edwin era impresionante y el caballero había recibido una buena lección, pero quizá se estuviera pasando un poco, para su gusto. Sin embargo, lo comprendieron todo cuando Bjorn añadió:

—Edwin Til' Illan, maestro de armas del emperador, comandante de la Legión Negra, vencedor en diez torneos... Le ruego que me perdone, realmente soy un asno rematado.

—Más bien un asno apaleado —le susurró Salim a Camille, que reventó de risa.

—Está bien —le soltó Edwin a Bjorn—, procura hablar menos y actuar más; si lo haces, sólo puedes ir a mejor. Ahora me gustaría charlar con estos dos jóvenes. ¿Puedes retirarte?

El caballero le dirigió a Camille una sonrisa avergonzada y fue al fondo de la sala.

—Ha sido muy duro con él —señaló Camille.

—¿Te lo parece? —respondió Edwin con aspecto sorprendido.

Salim intervino:

—¡En absoluto! Es una cuestión de justicia si los mentirosos reciben algún palo.

El posadero, que durante el altercado había procurado no asomarse en su dirección, se aproximó a la mesa con una bandeja colmada de un guiso humeante.

—¿Es silbador? —quiso saber Salim, que empezaba a apreciar la gastronomía local.

—Sí —confirmó Edwin—, y desde luego mucho mejor que el que os hice probar ayer.

Mientras les servían, Edwin se sentó y fijó su mirada en la de Camille.

—Cuéntame lo que habéis hecho desde que nos separamos esta mañana.

Ella suspiró.

—Empiezo a estar harta de explicar todo lo que hago.

Edwin mantuvo su mirada gris fija en la de ella.

Y Camille empezó a contar.



La noche era gélida, pero no era la temperatura lo que impedía dormir a Camille.

Tumbada en la carreta, contemplaba un cielo limpio donde brillaban miríadas de estrellas. No obstante, el resplandor de los astros no conseguía distraerla, pues estaba pensando en el vuelco que había dado su vida.

Cambiar de mundo, descubrir la identidad de sus padres, tropezar con fuerzas maléficas, averiguar que poseía un don único... tantos trastornos habían desbaratado sus referencias y le costaba mucho reconocerse entre el aluvión de sentimientos que se desataban en su interior. Hubiera deseado hacer una pausa con el fin de poner sus pensamientos en orden, pero eso era algo que le estaba negado.

Edwin había tomado las riendas. Los había enviado a acostarse, con la advertencia de que lo más probable es que tuvieran que levantarse de noche. Justo antes de subir al piso de arriba, Camille le había visto dirigirse hacia Bjorn, que seguía sentado a la mesa del fondo de la sala.

Fue otra vez Edwin quien les despertó, cuando les parecía que sólo llevaban dormidos menos de una hora. Un carruaje les esperaba en la calle; su conductor era Duom Nil' Erg.

Tres hombres con armadura, montados en caballos de batalla, rodeaban el carro. Para su gran sorpresa, Camille y Salim reconocieron a Bjorn entre ellos. El caballero les dirigió una sonrisa cómplice por la abertura de su yelmo.

Los otros dos caballeros, Hans y Maniel, se parecían como gemelos a los guardias que custodiaban la puerta de la ciudad, y no les dedicaron ni una mirada. Sus armaduras eran menos rutilantes que la de Bjorn, y Salim, que daba importancia a esta clase de detalles, comprendió que los dos hombres eran soldados de oficio. Subió al carro con Camille. Dentro había almacenadas bolsas y mantas. Se arreglaron un sitio. Edwin montó en su silla. Era el único guerrero que no llevaba armadura de acero, pero su estatus de jefe no dejaba ninguna duda. Dio la señal de partida.

Apenas se habían intercambiado tres palabras.



Hacía dos horas que habían salido de la ciudad y el día aún no se anunciaba.

Camille se apretujó aún más en su manta. Salim, dormido a su lado, soltó un ronquido. Ella se volvió para mirarlo. ¿Cuál era su papel en esa historia?

Camille había aceptado el hecho de que aquél era su mundo. Lo percibía en cada fibra de su ser y nada la retenía en aquel otro que había abandonado. Pero éste no era el caso de Salim. Se sentía responsable de haberle arrastrado en aquella aventura, aunque lo hubiera hecho sin querer. Era plenamente consciente de que él estaba contento, pero no podía evitar preguntarse si ese estado de felicidad duraría mucho. Cabía la posibilidad de que Salim no volviera a ver jamás a su madre ni a nadie de su familia...

Se irguió apoyándose en un codo.

Envuelto en un grueso manto de lana, Duom Nil' Erg conducía, absorto en sus pensamientos.

Al ver que no estaba dormida, Bjorn espoleó a su caballo y se colocó a su altura.

—¿Qué ocurre, señorita, la ha abandonado el sueño?

—Creo —señaló Camille— que más bien soy yo quien le ha abandonado a él.

Hubo un momento de silencio y luego el caballero sonrió, incómodo.

—Debe de creer que no soy más que un payaso.

Camille reflexionó un instante.

—Sí, un poco.

No pretendía herirle, pero le parecía importante que Bjorn supiera lo que ella pensaba realmente.

El caballero hizo una mueca.

Se había quitado el yelmo, que ahora estaba pendiendo de su silla. Se pasó la mano por el pelo.

—Me temo que tiene razón. Demasiadas veces me he comportado de este modo, mintiendo y haciendo trampas. Me pregunto por qué un hombre como Edwin Til' Illan me ha propuesto que les acompañe, si ayer hice tanto el ridículo... ¿Qué opina?

Camille sonrió. Se le hacía un poco extraño que un adulto del calibre de Bjorn le pidiera su opinión, aunque no le costó responder a su pregunta. Desde su llegada a Gwendalavir, le daba la sensación de haber madurado. Tal vez fuese simplemente porque aquí nadie la trataba como a una niña.

—Yo no conozco a Edwin —observó—. Por otra parte, no creo que sea posible llegar a conocer a alguien en dos días, ni siquiera en dos meses. Aun así, juraría que no le ha invitado para complacerle. Eso no casaría con su carácter.

—Pero entonces...

—Entonces, tendrá sus razones. A lo mejor, usted no es tan desastre como acaba de afirmar, y Edwin, sin duda, lo ha sabido ver.

Camille miró a su alrededor. Duom escrutaba el horizonte sin prestar atención a su conversación. Los dos soldados cabalgaban detrás, codo con codo. No había rastro de Edwin.

—Viene y va —le explicó Bjorn—. No para. Adelante, atrás... todo lo vigila. Luchó contra los dos ts'liches de los que habló usted durante no sé cuánto tiempo, no ha dormido y se pasa el rato cabalgando en todas direcciones. Yo, en su lugar, ya me habría muerto de agotamiento. ¿De qué está hecho ese hombre? ¿De acero?

Había tanta admiración y envidia en el tono de Bjorn, que Camille estalló en una carcajada.

A su lado, Salim se agitó y Duom pareció salir de su ensueño.

—Usted intentó destrozarlo —se burló ella con simpatía— y ya vio que no había manera.

El caballero se palpó las costillas mientras sonreía lastimosamente.

—Sí, me dio una paliza en parte merecida, la verdad. ¿Sabe, Camille...?

—¿Qué?

—Cuando le ofrecí mi ayuda para su misión, lo decía en serio. Edwin Til' Illan no me ha obligado a venir, estoy aquí por propia voluntad. No sé muy bien por qué, pero desde que la conocí, tengo la impresión de haber retomado las riendas de mi propio destino. Puede que al fin empiece a avanzar en la dirección correcta. Creo que usted es alguien muy valioso, alguien importante. Sepa que, pase lo que pase, estaré siempre de su lado.

—Gracias —dijo Camille con gravedad.

—No hay de qué. Gracias a usted por la sinceridad que me ha mostrado hace un momento; es una cualidad rara y preciosa. Y ahora, si no le molesta, me gustaría que nos tuteásemos. Me sentiría realmente honrado.

Camille se disponía a aceptar de todo corazón cuando un largo silbido la interrumpió. Bjorn echó un vistazo a su alrededor mientras los dos soldados se colocaban a ambos lados del carruaje.

Surgiendo por detrás de una colina, un caballo bajó la cuesta precipitadamente en su dirección.

—Ahí está —dijo Bjorn, resoplando.



Edwin los alcanzó rápidamente, con el rostro preocupado.
—Una banda de saqueadores a poco menos de quinientos metros —
anunció con su voz calmada—. Nos han visto y van a caballo. Son más
rápidos que nosotros, tendremos que luchar. Bjorn, no te alejes del carromato y
protege a Camille. Con tu propia vida.

La voz de Edwin no se había alzado ni un tono, pero no dejaba lugar a la menor
réplica.

Salim, que se había despertado con un sobresalto, abrió los ojos de par en par.

—¿Y yo?

Edwin lo miró con frialdad.

—Tú sólo tienes que quedarte al lado de Camille y aprovechar la protección de
Bjorn.

Luego se volvió hacia el caballero.

—Camille por tu vida. ¿Has entendido?

Bjorn asintió en silencio y se puso el yelmo. Edwin prosiguió:

—Yo me adelantaré con Hans y Maniel. Seguidme a unos cien metros.
Intentaremos pasar por la fuerza, sólo son una veintena; pero si consiguieran
desbordarnos, resistid: nos replegaremos con vosotros.

—Una veintena, nada más... —resopló Salim.

Edwin ya había hecho dar media vuelta a su caballo. Salió al trote seguido de los
dos soldados, que habían desenvainado sus temibles lanzas.

Bjorn sacó el hacha de combate que pendía de su silla y pasó la mano derecha por
la tira de cuero atada al mango.

—¿Estarán bien? —preguntó.

El viejo analista se rió, burlón.

—No te preocupes, joven; he vivido otras situaciones mucho más desagradables
que ésta. No permitiré que un puñado de maleantes me asusten.

—¡Entonces, adelante! —exclamó Bjorn—. Edwin Til' Illan ha dicho cien metros, y no me gustaría decepcionarle.

Duom sacudió las riendas y los dos caballos de tiro se pusieron en marcha.

El cielo eligió aquel instante para aclararse. La luz macilenta que precede al alba dio un poco de relieve al paisaje. Los saqueadores habían preparado su emboscada en un bosquecillo que atravesaba el camino. Cuando se dieron cuenta de que su artimaña había sido descubierta y de que tres hombres armados se dirigían hacia ellos, un rugido de cólera surgió de entre los árboles. Edwin levantó la mano y los dos soldados se detuvieron detrás de él.

Duom, a su vez, detuvo el carruaje.

De pronto, un saqueador apareció en el bosque, agachado sobre un caballo que se lanzaba al galope. Le siguieron otros sin orden ni concierto. Edwin lanzó un grito y sacó su sable antes de espolear a su montura. Hans y Maniel lo imitaron, con sus monstruosas lanzas en ristre.

Camille tuvo que entornar los ojos para vislumbrar lo que ocurría. Edwin, de pie sobre los estribos, azotaba el aire con su filo, a un lado y luego al otro. Cayeron dos saqueadores. Las lanzas de los soldados entraron en liza y la refriega se volvió muy confusa.

Bjorn se agitaba en su silla, presa del deseo casi irresistible de entrar en combate. Salim se tiraba con fuerza de las trenzas sin darse cuenta, hasta tal punto que amenazaba con arrancárselas. Sólo Duom Nil' Erg permanecía absolutamente inmóvil.

Camille se sentía distante y desapegada. Sin embargo, fue ella la primera en percibir a los dos hombres que, tras eludir la batalla, se les echaron encima.

—¡Bjorn! —gritó.

El caballero reaccionó de inmediato. Soltó a su semental, que se abalanzó al encuentro de los dos asaltantes. El impacto de los caballos al topar hizo un ruido espantoso. El hacha de Bjorn, mortífera, se alzó y volvió a bajar. Salim creyó ver cómo salía volando un objeto redondo del tamaño de un balón y los saqueadores se redujeron a uno.

—Y con éstos —gimió—, ¿qué hacemos?

Camille y Duom se giraron.

Llegados del otro lado, cuatro bandidos más entraban a la carga.

—Para mí —lanzó el viejo analista—, y para Ewilan; si te ves capaz...

Se llevó las manos a la frente y entrecerró los ojos bajo la mirada asustada y dubitativa de Salim. Camille percibió cómo nacía del dibujo.

Igual que cuando había visto a Edwin encender el fuego, vio a Duom generar una forma a la que dotó de realidad. Los trazos eran sobrios pero nítidos, y los colores, preñados de vida y buen arte. Lo que el analista se esforzaba en materializar ante los cuatro asaltantes era un seto de matorrales con unas espinas terribles.

Estaba a punto de lograrlo cuando su mente se topó con una pared invisible. Tan

sólo le faltaba perfeccionar algunos detalles para que el dibujo se convirtiera en realidad, pero de pronto le resultó imposible.

Camille comprendió lo que había querido decir cuando le explicó que los ts'liches controlaban el acceso a la Imaginación. Una barrera intangible, pero infranqueable, impedía a Duom terminar su dibujo. ¡El cerrojo!

Los cuatro saqueadores estaban a punto de alcanzarlos. Bjorn seguía luchando contra su adversario y, junto al bosque, la batalla continuaba al rojo vivo.

Camille expandió su mente hacia la de Duom, que luchaba en vano contra el obstáculo mental. Se apoderó de su creación sin esfuerzo y traspasó el cerrojo ts'lich, que fracasó en su intento de impedirle el acceso a las Espiras. En una fracción de segundo, acabó el dibujo. Las espinas se alargaron hasta medir más de veinte centímetros, el seto se espesó hasta formar una maleza inextricable y, de repente, se volvió real.

Lanzados al galope, los caballos de los bandidos frenaron de golpe ante tan inesperado obstáculo. En una danza formidable, los caballeros volaron por los aires, describieron una armoniosa parábola en el cielo y cayeron como piedras en mitad de la maleza. Todos oyeron sus aullidos de dolor.

—¡Viva! —chilló Salim en señal de victoria.

Duom Nil' Erg volvió hacia Camille una mirada llena de admiración que ella no percibió.

Una barrera se estaba rompiendo en el interior de la muchacha y su poder se desplegaba.

Percibía el Dibujo como si siempre lo hubiera practicado, como si siempre hubiera formado parte de ella. Todos sus matices, todos sus secretos y todo su potencial se hicieron evidentes.

Camille se estaba abriendo al don.

Salim la vio ponerse en pie sobre el carruaje. Bjorn terminaba de saldar sus cuentas con su adversario y, algo más lejos, Edwin, desbocado y respaldado por Hans y Maniel, estaba haciendo papilla a los bandidos que quedaban.

Los supervivientes tuvieron que admitir que ya habían tenido bastante. Sin ponerse de acuerdo, dieron media vuelta y se dispusieron a huir.

Entonces creció la tormenta en el interior de Camilla. Gigantesca en sus orígenes, precisó sus contornos y la redujo hasta alcanzar el tamaño deseado, pero conservando todo su poder.

Los fugitivos se creían a salvo. Sus caballos eran rápidos y el monstruoso guerrero que había eliminado a tantos de sus compañeros ya no les perseguía.

Pero aquel cielo límpido del alba naciente se cubrió bruscamente. Unas nubes negras, ondulantes y amenazadoras se agruparon por encima de sus cabezas, mientras que el sol lucía diez metros más allá. Se desencadenó el infierno. Unas trombas de agua se abatieron sobre ellos y, en cuestión de segundos el suelo se convirtió en un lodazal donde los caballón, enloquecidos, se empantanaban. En una maraña

espantosa, hombres y animales se vinieron abajo. Luego, tan rápidamente como había aparecido, la tormenta desapareció.

Cubiertos de barro, los asaltantes se levantaron a duras penas y se alejaron hechos trizas. Los espectadores no les dirigieron ni una mirada, pues tenían los ojos puestos en Camille.

Ésta seguía de pie en el carronato, con los brazos alzados al cielo. Los primeros rayos del sol se posaron en sus cabellos, que adquirieron una aureola de oro.

Estalló en una carcajada salvaje y maravillada.

Su herencia recobrada colmó en su interior un abismo invisible.

Entera de nuevo, irradiaba alegría.



A petición de Edwin, Duom Nil' Erg hizo que el carromato evitara el lugar del enfrentamiento. Salim se levantó para ver los cuerpos de los saqueadores, pero Edwin le regañó.

—Siéntate. Muy pronto tendrás oportunidad de ver cadáveres y sangre. Por el momento, he decidido que eres demasiado joven. ¿Entendido?

Salim obedeció sin rechistar, lo que arrancó una sonrisa letárgica a Camille.

Edwin era uno de los pocos adultos capaces de impresionar a su amigo, especialmente alérgico a los reglamentos y a las personas encargadas de aplicarlos. Conseguir, con una sola frase, que se sentara y se callara era toda una proeza.

Camille estaba sumida en una fatiga eufórica. Todavía bajo el impacto de lo que acababa de vivir, sentía latir sus percepciones como un corazón gigantesco. Tenía la sensación de poder dibujar el mundo entero y, un latido de corazón más tarde, se encontraba prisionera en las estrechas barreras de su mente.

Al mismo tiempo que su don, estaban aflorando a su memoria fragmentos de su pasado. No se trataba de recuerdos precisos, sino solamente de reminiscencias fugaces. Consciente de que no lo lograría, desistía de cazarlas al vuelo y las dejaba ocupar su lugar tranquilamente.

Un manto de cansancio se abatía sobre ella, comenzando a aislarla del resto del mundo. Se volvía ligera como una pluma y a cada segundo se alejaba un poco más de la realidad.

Se había tumbado en el carruaje entre todas las bolsas.

Bjorn se había precipitado hacia ella, pero el analista lo había detenido con un gesto perentorio.

—¡No! Se encuentra bien. Que nadie se preocupe por ella, que nadie le hable. Simplemente necesita descansar. Prosigamos nuestro camino.

Edwin había dado una orden y los dos soldados habían retirado los cuerpos de los saqueadores a un lado del camino.

—¿No los enterramos? —había preguntado Bjorn.

Edwin le había lanzado una dura mirada.

—Hazlo, si tienes tiempo que perder. Yo tengo una misión y seguiré adelante.

El caballero se había ruborizado, pero se abstuvo de replicar nada.

El carruaje se puso en camino y Edwin volvió a su incansable tarea de exploración. Sentado al lado de su amiga, Salim se devanaba los sesos.

De vez en cuando, el maestro Duom se volvía hacia él y lo miraba con aire sombrío, impulsándolo a callarse. Así que se conformaba con observar a Camille, y lo que veía le preocupaba. Su amiga parecía adentrarse poco a poco en un segundo estado, con los ojos perdidos en la nada y completamente inmóvil.

Una vez más, Salim se aproximó a ella. El anciano abrió la boca para sermonearle pero el chico lo calmó con un gesto. Era consciente de que el viejo sabía lo que decía y no era su intención infringir las directrices del analista.

Contempló a Camille como nunca había tenido ocasión de hacerlo. Se dio cuenta con sorpresa de que sus cabellos, que él creía castaños, eran más dorados que marrones, y le caían en bucles alrededor del rostro, resaltando el color tostado de su piel. Tenía los pómulos altos y bien dibujados, largas pestañas y unos ojos inmensos de un violeta intenso.

De pronto, Camille emitió un gruñido ronco y Salim se sobresaltó. Saltó por encima del respaldo del banco del conductor y agarró el brazo de Duom.

—Está mal, ¿no lo oye? Haga algo.

El analista refunfuñó y luego se aplacó.

—Todo va bien, no te preocupes.

—Pero no se mueve, parece que haya entrado en coma.

Duom echó un vistazo hacia atrás, donde estaba Camille.

—Te aseguro que todo va bien, confía en mí.

—Pero...

—Escúchame, chico, e intenta comprenderlo aunque te parezca extraño. Desde hace quince siglos, no ha habido más de diez dibujantes capaces de igualar la hazaña de Ewilan...

—¡Y a mí qué más me da! —le cortó Salim—. ¡Se encuentra mal, reaccione!

—¡Por todos los Sujetos, escúchame! —se enojó Duom—. Dibujar es un acto fatigoso. ¡Siempre! El primer dibujo auténtico provoca unas consecuencias emocionales considerables. ¡Siempre! Cuanto más joven es, más fácilmente se agota un dibujante. ¡Siempre! Y cuanto más complejo es un dibujo, más extenuante resulta.

—¡Siempre! —soltó Salim—. Vale, ya lo pillo.

—Bien, empezaba a temer que Ewilan hubiera elegido a un necio como amigo —se burló el analista.

Salim sonrió, aunque no las tenía todas consigo.

—¿Está seguro de que no se puede hacer nada por ella?

Duom reflexionó un instante.

—Sí, puedes hacer algo para ayudarla.

—¿Qué?

—Cállate.



El sol estaba alto en el cielo cuando Edwin anunció un alto en el camino. Acababan de superar una serie de colinas bajas de vegetación escasa. Hacía calor y su guía había elegido un lugar a la sombra de un arrecife rocoso, muy cerca de un estanque.

Camille seguía inmóvil.

Hans y Maniel se abastecieron hasta satisfacerse y, después de apostarse en los accesos al campo, soltaron de forma alternada un largo silbido. Edwin pudo relajarse entonces y se acercó a Duom.

—Lástima de mis alarmas —le explicó—. Se estropearon durante mi combate contra los ts'liches y temo no volver a encontrar nunca unas parecidas. ¿Cómo está Camille?

—Está bien —afirmó Duom—. Empieza a reaccionar a los sonidos. Creo que dentro de una hora ya habrá salido del trance.

—¿Ha sido demasiado duro el trayecto?

—Estoy algo molido por la falta de ejercicio, pero lo superaré. Lo más difícil ha sido impedir que este muchacho saltara de aquí para allá y obligarle a hablar en voz baja.

Edwin sonrió y simuló que le pegaba un puñetazo a Salim.

—¿Qué me dices de un baño? El agua debe de estar deliciosa.

—¡Genial! —exclamó Salim, saltando al suelo.

Hizo una voltereta y la empalmó con un salto sobre las manos antes de volverse hacia Bjorn.

—¿Vienes?

El caballero lanzó una mirada hacia Edwin, que asintió con la cabeza.

—Encantado. Me estoy asando con esta armadura.

Los dos hombres y el muchacho se acercaron al lago. El agua era clara, poco profunda y con el fondo cubierto por una arena casi blanca.

Bjorn se desembarazó con un suspiro de alivio de las distintas piezas de su coraza, pidiendo en ocasiones la ayuda de Salim, que se la concedió gustosamente. A continuación, él se quitó su túnica y su pantalón y se quedó con sólo unos calzones.

El caballero era un auténtico coloso, cuadrado como un lunario de espejo. Salim sonrió al ver su vientre redondo.

—¿De qué te ríes tú, atontado? —rugió Bjorn.

—De nada, su señoría —se burló el chico—, admiro sus músculos. Sobre todo este de aquí —continuó, dándole palmadillas en el vientre—. En mi mundo, lo llaman

el músculo del lúpulo.

Bjorn frunció el cejo.

—¿Del lúpulo? ¿Por qué?

—¡Porque con el lúpulo se hace la cerveza, y con la cerveza se hacen estas chichas! —replicó Salim, muriéndose de la risa.

Pero había subestimado la rapidez del caballero; de pronto se encontró atrapado entre dos manos, grandes como palas, que lo estaban alzando. Lanzó un grito de espanto, medio fingido y medio en serio.

—Edwin Til' Illan —preguntó Bjorn—, ¿qué procedimiento me aconseja para enseñarle buenos modales a este jovencito impertinente?

Edwin echó un vistazo al gigante, que, con los brazos en alto, sostenía a Salim por encima de su cabeza.

—Un baño —respondió, lacónico.

—¡¡No!! —chilló Salim.

Pero ya estaba volando por los aires.

Cayó como una bomba en medio del estanque salpicando a diestro y siniestro y salió a la superficie tosiendo, vomitando un torrente de imprecaciones.

Bjorn se precipitó sobre él y Salim se sintió levantar de nuevo. Gritó:

—¡Perdona, Bjorn, perdona!

El caballero se volvió hacia Edwin, que estaba entrando en el agua.

—¡Creo que este canalla ya lo ha entendido!

A diferencia de Bjorn, el maestro de armas no tenía ni un gramo de grasa. Era todo músculo y nervios. Una larga cicatriz blanca atravesaba su torso de piel bronceada, casi tan oscura como la de Salim. Dos heridas más recientes, que aún no estaban del todo cicatrizadas, señalaban su hombro derecho y el muslo.

—¿Es de la batalla de antes? —le susurró Salim a Bjorn.

—Me sorprendería —murmuró el caballero—. Por lo que dicen, habría sido capaz de deshacerse de esos bandidos sin ayuda y armado con un cortaplumas. Más bien creo que se trata de las huellas de su encuentro con los dos ts'liches de ayer.

—¿Tú has luchado ya contra algún ts'lich?

El tuteo había surgido con toda naturalidad y Bjorn no puso ninguna objeción.

—Una vez, una sola. Cuando conocí a Camille. Había visto a un ts'lich en el lindero del bosque de Barail y pensé que me cubriría de gloria si conseguía matarlo. Así que salí en su busca.

—¿Y?

—Le encontré. Por desgracia. Enseguida comprendí que no tenía la menor oportunidad. Aquel día vi la muerte muy de cerca, créeme. La llegada de Camille, sin embargo, perturbó al lagarto hasta tal punto que me olvidó en el zarzal al que me había arrojado. De no ser por eso, me habría cortado en pedazos y yo ya no estaría aquí para contarte esta historia.

El caballero sonrió con tristeza.

—No es fácil ser un héroe, sobre todo cuando existen tipos como él.

Señaló con el dedo a Edwin, que se acercaba a ellos nadando lentamente.

—Le llamaste vencedor de los diez torneos, ¿qué quiere decir? —preguntó Salim.

—Hay un torneo donde cada año se enfrentan los mejores luchadores de Gwendalavir. Consiste en diez asaltos y cada uno se disputa con un arma distinta: sable, hacha, arco, lanza... y así hasta la última, donde el enfrentamiento se desarrolla sólo con las manos. Los campeones del Imperio acuden para intentar ganar la prueba en la que son expertos. Edwin Til' Illan participó una vez... ¡y venció en los diez asaltos!

—¿Y la Legión Negra?

—Fuerzas de élite. La dirige cuando no se encuentra en una misión personal para el emperador.

Una idea germinó en la cabeza de Salim.

—¿Y si le atacamos entre los dos?

—¿A quién? ¿A Edwin Til' Illan?

—Sí.

—No...

—¡Que sí, te digo!

Bjorn cerró los ojos, los volvió a abrir y estalló en una carcajada.

—¿Vamos allá?

—¡Vamos allá!

Con un aullido, Salim y Bjorn se abalanzaron sobre Edwin, que les vio llegar espantado. Atrapado bajo el peso del gigante, y con el chico agarrándole las piernas como un pulpo, se hundió en picado. Resurgió a la superficie entre toses y risas.

Los dos amigos se pusieron de acuerdo con la mirada y volvieron al ataque. La batalla duró diez minutos largos.

Al terminar, agotados, los tres se arrastraron hasta la orilla, donde se tumbaron mientras recuperaban el aliento.

—¡Cuándo hayáis acabado de hacer los críos, venid a comer! ¡Nosotros tenemos hambre!

Salim dio la vuelta.

Duom Nil' Erg, simulando estar enfadado, les imprecaba desde el carruaje y, a su lado, Camille les hacía grandes señas. Salim se levantó de un salto y corrió hacia ella.



Camille conservaba un confuso recuerdo de la mañana que había pasado en el carruaje y no deseaba hablar de ello. El maestro Duom estuvo de acuerdo y nadie osó contradecirle.

Compartieron una comida consistente en pan de hierbas, que a Salim y a Camille les empezaba a gustar, carne seca de silbador y queso. Cuando hubieron terminado, Edwin se puso en pie.

—Ven —le dijo a Bjorn—, vamos a reemplazar a Hans y a Maniel. Les daremos media hora de descanso y luego nos iremos.

Ninguno de los dos soldados intentó entablar conversación. Se tomaron su tiempo para rociarse con agua fresca y luego se tendieron a la sombra de unas rocas que eligieron apartadas, dando así a entender que querían tranquilidad.

Salim iba echando frecuentes vistazos a Camille y no cesaba de preguntarle si se encontraba bien. Ella le regañó, abrumada por tantas atenciones.

—Salim, ahora mismo lo único que me molesta eres tú. Si te fueses a dar un paseo, yo tendría unas vacaciones y te prometo que me sentiría mucho mejor.

Por una vez, el muchacho perdió los estribos:

—¡Perfecto, ya que estás tan harta, me largo!

Dio un puntapié a una piedra que se encontraba en su camino y lanzó un gruñido de dolor. Iba descalzo y se había torcido cruelmente el dedo meñique.

Camille se echó a reír, lo que acabó de humillarle. Se dirigió hacia el lago y se sentó en el borde del agua, dándole ostensiblemente la espalda. Camille lo miró sonriendo y luego le habló al viejo analista:

—¿Maestro Duom?

—¿Sí, Ewilan?

—Hay algo que me tiene inquieta y me gustaría conocer su opinión.

Duom Nil' Erg asintió.

—Comprenderás, Ewilan, que si he emprendido este viaje a mi edad es para

ayudarte, en la medida de mis posibilidades. Así pues, todas tus preguntas serán bienvenidas.

Camille reflexionó un instante para ordenar sus ideas y se lanzó.

—La segunda vez que llegué aquí, los ts'liches tardaron sólo unas horas en encontrarme. Edwin me dijo que me localizaron por mi dibujo.

—Es cierto; todo dibujante, cuando penetra en la Imaginación, puede percibir la presencia de uno de sus semejantes —explicó Duom—. Las tres fuerzas que forman el don nos caracterizan, sobre todo cuando están organizadas como en tu caso. De modo que eres eminentemente reconocible en cuanto te pones a dibujar. Por otra parte, los ts'liches tienen una capacidad de la que nosotros carecemos: pueden deducir, por el tránsito de un dibujante a la Imaginación, su posición en el mundo real. Esto hace que sean especialmente peligrosos.

—Por eso mismo —insistió Camille—: si los ts'liches pueden localizarme y yo soy tan importante para ellos, ¿cómo es posible que todavía no estén aquí?

El analista se pasó la mano por el cráneo, en un gesto muy característico de él.

—Los ts'liches son una raza en vías de extinción. Ya te conté que se reproducían con gran dificultad. Somos muchos los que pensamos que apenas quedan una veintena.

—¿Tan pocos?

—¡Sí, por fortuna para nosotros! El enfrentamiento de ayer contra Edwin constituye un auténtico desastre para la raza ts'lich. Corrieron un riesgo enorme con el fin de liquidarte, y han perdido a dos de los suyos. Puedes estar segura de que no volverán a emplear este tipo de ataque.

—¿Significa eso que debemos estar tranquilos?

—Ojalá. Les quedan muchos otros medios de alcanzarnos. Aún no hemos llegado a la capital y dudo que nuestro viaje siga siendo tan agradable como esta pausa a orillas del lago. Me parece que ya te advertí que, más que desplazarse en persona, podían enviarnos a una horda de asesinos, ya sean raïs o mercenarios del Caos.

—Pero como nos vamos desplazando, no podrán encontrarnos —objetó Camille.

—No sueñes despierta, Ewilan: eso sólo les complica la tarea, y con la tormenta que has desencadenado esta mañana, ya deben de conocer nuestra posición.

Camille se ruborizó.

—¿Quiere decir que los he atraído?

—Podría decirse así.

—Lo lamento.

—No tienes por qué. Lo que has descubierto hoy es más importante que los riesgos que puede entrañar para nosotros.

Camille reflexionó un instante.

—¿Realmente he encontrado mi don?

El analista se echó a reír.

—Desde luego. Tus padres habrían sido capaces de dibujar una tormenta

semejante, pero no conozco a nadie más que pudiera hacerlo.

—¿Por qué, entonces, tengo que buscar a mi hermano? ¿No podemos despertar a los Sujetos sin él?

Duom hizo una mueca.

—Posees un don notable, eso es evidente. No obstante, insisto en afirmar que eres demasiado joven para utilizarlo correctamente.

—Pero... la tormenta.

—¿Serías capaz de volver a dibujarla?

—Yo... no lo sé.

—Ése es el problema. Hay grandes posibilidades de que no dibujes nada durante semanas. Y de que luego crees un dibujo excepcional antes de olvidarte otra vez. Hace falta tiempo para dominar el propio don, mucho tiempo. Despertar a los Sujetos es esencial para el Imperio. Gracias a ti, sabemos dónde están encerrados, pero no podemos correr el riesgo de fracasar. ¡Solamente tendremos una oportunidad!

—Lo comprendo —asintió Camille—; iré a buscar a mi hermano cuando llegue el momento y regresaré con él.

El viejo analista la miró con tristeza.

—No, Ewilan. Si por desgracia fracasamos, tú representarás nuestra última defensa contra el Caos. Harás que tu hermano pase hacia aquí, pero tú permanecerás en el otro mundo.

Camille se puso de pie ante el maestro Duom.

—¡Ni hablar!

Él le cogió la mano y tiró de ella con suavidad conminándola a que tomara asiento a su lado. Ella se dejó hacer con reticencia.

—Reflexiona un momento y te darás cuenta de que no tienes elección. Lo que está en juego es demasiado importante para que escuches sólo tus propios deseos, créeme.

Camille se liberó con un gesto brusco.

—¡Esto es mi hogar! ¡En el otro lado no tengo nada ni a nadie! Los adultos que me hacen de padres sienten por mí tanto afecto como el que sentirían por una alfombra. ¡Mi sitio está aquí, lo noto en lo más hondo de mis entrañas, en mi cabeza, en cada fibra de mi cuerpo!

Habló alto y claro y las palabras que pronunciaba iluminaron con una luz nueva cuanto estaba viviendo. Se dio cuenta de que pensaba intensamente lo que ahora decía, el peso de la injusticia cayó aún más arduo sobre sus hombro. Para terminar, se dio la vuelta. Tenía ganas de llorar y no quería que Duom lo advirtiera. Se marchó con paso rabioso hacia el lago y se sentó al lado de Salim.

El analista miró a los dos jóvenes sonriendo amargamente. Ewilan le recordaba a Elicia, su madre. Perderla cuando acababa de encontrarla lo llenaba de tristeza, pero no le quedaba otro remedio. Lo sabía, al igual que sabía que ella acabaría por aceptar la situación.

Soltó un suspiro de cansancio y estiró sus viejos miembros.

Edwin y Bjorn volvieron en ese momento. Contemplaron a Camille y a Salim sentados de espaldas en la orilla del lago y Edwin interrogó a Duom con la mirada.

—Ella me ha preguntado y yo le he expuesto el desarrollo de nuestras operaciones.

—¿Y luego?

El analista lanzó una mirada hacia Bjorn antes de cuestionar a Edwin con los ojos.

El caballero intervino:

—Puedo retirarme si lo desean, aunque creo es honesto decirles que ya sé bastantes cosas.

—¿Cómo qué, por ejemplo? —preguntó Edwin con dureza.

—Sé que esos jóvenes no son de aquí. Creo poder aventurar que proceden de aquel mundo que está situado no sé dónde, y del que se habla en los ambientes bien informados.

Edwin se remitió a Duom, que se encogió de hombros antes de volverse hacia Bjorn.

—¿Cómo te has enterado?

—No ha sido muy difícil adivinarlo. Camille apareció no sé cómo en pleno bosque, mientras yo estaba a punto de ser destripado por un ts'lich. El lagarto, en cuanto la vio, perdió todo interés por mí, cosa que, de paso, me salvó la vida. A continuación, la chica desapareció como había venido. Y también están ustedes, dos de los personajes más importantes de todo el Imperio, que lo abandonan todo para acompañar a esos muchachos. Y está lo de sus ropas, los dibujos que Camille ha realizado esta mañana, las pequeñas reflexiones que se le escapan de vez en cuando... Antes de bañarnos, Salim me ha soltado una broma que empezaba con «En mi mundo...». Ya ven que sé un montón de cosas. Puedo hacer como que las ignoro, pero no puedo olvidar lo que he adivinado. Me ha parecido justo que lo supieran.

Edwin lo observó sin decir nada y luego habló con voz pausada:

—¿Eres consciente de que arriesgas tu vida al acercarte tanto a los secretos del Imperio?

Bjorn dibujó una amarga sonrisa.

—Sí, lo soy, pero creo que si usted me ha propuesto que les acompañase, es porque confía en mí.

Edwin soltó una risa seca.

—¡No se puede decir que tengas pelos en la lengua! Pero tienes razón: pienso que se puede confiar en ti. Ewilan representa sin duda la última oportunidad del Imperio.

—¿Tan grave es la situación?

—¿Lo dudabas? Los raïs están aplastando a nuestras fuerzas en el norte, y en el sur los aliños se aventuran a incursiones que se adentran cada vez más en tierra firme, saqueando y masacrando cuanto encuentran a su paso. Sólo nos queda una solución.

—¿Camille?

—Sí. Ya has visto esta mañana de le que es capaz. Todo hace pensar que tiene un hermano que permanece en el otro mundo y que está aún más dotado que ella. Debe traerle aquí para que él despierte a los Centinelas.

—¿Despertar a los Sujetos? Creía que eso era imposible, que estaban como muertos. Ni siquiera se sabe dónde se encuentran.

—Al parecer, lo de «imposible» retrocedió un grado con la llegada de la pequeña. El caballero se frotó la barbilla.

—¿Por qué no va en busca de su hermano ahora?

—Todavía no tiene la capacidad de hacerlo —le explicó el maestro Duom.

—¿Entonces?

—Entonces viajaremos hasta Al-Jeit para ponerla fuera del alcance de los ts'liches. Es el único lugar donde podrá preparar su misión con total seguridad.

—Entiendo —dijo gravemente el caballero.

Señaló a Camille con el dedo.

—¿Y qué le pasa?

El viejo analista posó su mirada sobre los jóvenes, que seguían sentados en el borde del agua.

—Están aprendiendo a hacerse mayores —explicó en tono triste—, y eso duele.



Pasadas las colinas, el pequeño grupo se adentró en un altiplano ventoso de vegetación árida. El aire seguía siendo igual de puro, el cielo estaba despejado y la visibilidad era excelente. Esto a Edwin no le alegraba demasiado, aunque le evitaba recorrer, en su papel de explorador, el doble de camino que los demás.

Estaba cabalgando a un lado del carruaje, Bjorn al otro y los soldados unos metros atrás.

Camille y Salim se habían reconciliado junto al lago, y ella parecía haber aceptado lo que el maestro Duom le había anunciado. Al ver a Edwin escudriñar el paisaje, se acordó de la advertencia del viejo analista: era más que probable que los ts'liches les enviaran a unos asesinos.

—¿Quiénes son realmente los mercenarios del Caos? —le preguntó a Edwin.

Este puso cara de disgusto.

—El peor linaje que haya alumbrado la tierra. Peor que el de los ts'liches.

Salim soltó un silbido de admiración.

—¡Pues deben de ser unos monstruos alucinantes! ¡Mira que pongo toda mi voluntad, pero no consigo imaginar nada peor que un cruce gigante entre lagarto y mantis religiosa! ¡Ni siquiera mi profesor de matemáticas es tan feo como los ts'liches!

—No lo estás imaginando en el sentido indicado. Los mercenarios sólo son monstruos en el interior de su alma. En su apariencia física son humanos.

Salim se calló un instante, el tiempo preciso para asimilar la información.

—¿Hombres aliados de los ts'liches?

—Sí. Profesan una filosofía que defiende la destrucción de toda forma de organización. Predican el caos como objetivo final. Al menos esto es lo que se extrae de las escasas informaciones que poseemos.

—¿Cómo se les reconoce?

—De ninguna forma. No tienen signos distintivos y ahí radica su fuerza. Son

capaces de entremezclarse con nosotros sin ninguna dificultad. Son ladinos, malvados e increíblemente perversos. Cuentan entre sus filas con muy buenos dibujantes y, de no ser por ellos, tal vez el Imperio no se encontraría en el aprieto en que está actualmente. Hemos intentado perseguirles, pero jamás hemos logrado hacer un solo prisionero ni obtener datos sobre ellos. Todo hace pensar que tienen un cuartel general en alguna parte, quizás incluso una ciudad, pero no hemos conseguido localizar nada.

—El maestro Duom ha dicho antes que sin duda los ts'liches nos enviarían a raïs o a mercenarios del Caos —señaló Camille.

Edwin sonrió, nervioso.

—Espero que se equivoque. Preferiría enfrentarme a una horda de raïs que a una falange de mercenarios.

Se hizo un silencio preñado de significado.

Camille era consciente de que todo el mundo consideraba a Edwin como una especie de guerrero invencible, casi un semidiós del combate. Bastaba con estar cerca de él para sentirse en lugar seguro. Oírle expresar sus temores era como un jarro de agua fría para el entusiasmo de la tropa, incluido Bjorn, que frunció el cejo.

Edwin, al constatar la turbación que sus palabras habían suscitado, precisó con una dura sonrisa:

—Aunque, para ser sincero, añadiré que los mercenarios tienen tan pocas ganas de toparse conmigo como yo con ellos. Contrariamente a la mayoría de ellos, yo tengo la ventaja de haber sobrevivido a numerosos enfrentamientos.

Salim expiró largamente antes de lanzar una mirada llena de admiración al maestro de armas. Camille le dio un golpe con el codo.

—Tendríamos que saber qué pretendes hacer tú. ¿Tienes intención de convertirte en marchombre o especialista en hacer papilla a los monstruos?

—¡Las dos cosas, colega, las dos cosas! —replicó Salim con absoluta seguridad.



Caía la noche cuando llegaron a un pueblecito guarnecido en una de las gargantas que perforaban la meseta. De los corrales que albergaban a silbadores de granja emergían unos chirridos que Camille y Salim empezaban a conocer bien. Aquellos animales, apenas más grandes que cabras, desempeñaban en la economía de Gwendalavir el mismo papel que las vacas y las ovejas en el otro mundo.

En el corazón de la aldea había una taberna que hacía también las veces de posada para viajeros de paso. Penetraron en su interior mientras Hans y Maniel conducían los caballos al establo.

El establecimiento era bastante diferente de la posada de El Perro Durmiente. Estaba oscuro y reinaba en él una atmósfera casi inquietante. La mayoría de los

clientes, acodados sobre la barra, volvieron la cabeza al verles entrar y los observaron con cara de pocos amigos. Camille reprimió una mueca de desagrado; sin lugar a dudas, aquellos hombres pasaban más tiempo bebiendo que lavándose. Hans y Maniel abrieron la puerta y los huéspedes desplazaron la mirada. La rama sobre el pectoral de los dos soldados parecía resultarles familiar...

El posadero trajo los alimentos al grupo de compañeros. La comida era aceptable y, cuando los bebedores de la barra se marcharon, el ambiente se volvió más agradable. El tabernero se relajó y se acercó a ellos con una vieja botella en la mano.

—Quiero que prueben este aguardiente —anunció—; una delicia, tiene veinte años.

Bjorn extendió su vaso y los demás hombres lo imitaron con cierta reticencia. Salim quiso extender el suyo, pero un fruncimiento de cejas de Edwin lo disuadió.

—Fantástico —concluyó Bjorn, haciendo chasquear la lengua.

El posadero pareció apreciar el cumplido.

—Lo hago yo mismo —explicó—. O al menos lo hacía, antes de que empeorase la situación del Imperio.

Lanzó una mirada de disculpas a los soldados.

—No me permitiría criticar a nuestro emperador, todo el mundo sabe que hace cuanto está en sus manos para gobernar el país lo mejor posible a pesar de la guerra. No, si estoy rabioso es contra los buitres, los bandidos de toda calaña que se aprovechan de la situación para saquear la región. La gente ya no viaja y el comercio va mal. Ni siquiera la feria de Al-Vor está tan frecuentada como de costumbre.

Se inclinó hacia ellos y murmuró:

—Es como los hombres que estaban en la barra cuando han llegado ustedes. No son de por aquí y llevan varios días arrastrándose por los rincones. No me sorprendería enterarme de que atacan a los viajeros. Tengan cuidado cuando se vayan.

—Le agradecemos mucho su advertencia —declaró Edwin—, pero estamos en condiciones de defendernos. De todos modos, tenemos intención de pasar aquí la noche, siempre que usted pueda alojarnos.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro del posadero.

—Ningún problema, mi querido señor. ¿Cuántas habitaciones querrán?

—Con tres será suficiente.

—Pues tendrán sus tres habitaciones. Voy a prepararlas inmediatamente.

Se alejó con paso vivaracho mientras se frotaba las manos. Duom Nil' Erg suspiró.

—Preveo que mi monedero se va a aligerar.

En aquel momento se oyó un chillido procedente de la calle, que terminó en un grito ahogado. Edwin se llevó la mano al sable e hizo una seña a los dos soldados, que cogieron sus lanzas y se dirigieron hacia la puerta.

Ésta se abrió antes de que la alcanzaran y entró una mujer que asía la empuñadura

de un largo cuchillo que colgaba de su cintura. Examinó la posada y a sus curiosos huéspedes antes de sentarse a una mesa.

Los dos soldados interrogaron a Edwin con la mirada, éste asintió con la cabeza y salieron.

Camille escudriñó a la recién llegada. Era una mujer joven, de unos veinte años. Tenía la piel mate y unos largos y brillantes cabellos negros recogidos hacia atrás en una trenza. Su vestimenta de cuero oscuro, parecida a la de Edwin, resaltaba su silueta esbelta.

Hans y Maniel volvieron a entrar en la sala. Hans cuchicheó unas palabras al oído de Edwin, que se relajó.

—El posadero ha dado en el clavo. Los hombres que estaban en la barra eran bandidos, ciertamente. Uno de ellos ha debido de pensar que esta señorita sería una presa fácil.

—¿Y bien? —preguntó Bjorn, dispuesto a levantarse.

—Se equivocaba.

La joven había empezado a dar buena cuenta de la comida que le acababa de servir el posadero. Al reparar en que era el centro de atención de sus miradas, levantó la cabeza y los miró a los ojos uno por uno. La presencia de los dos adolescentes pareció tranquilizarla y una leve sonrisa afloró a sus labios.

Salim eligió aquel momento para bostezar ruidosamente.

—Tienes toda la razón —se burló Edwin—: ya es hora de acostarse.



Reemprendieron la marcha al alba, cuando el sol apenas despuntaba. Camille y Salim habían compartido habitación con Duom Nil' Erg, que se había pasado toda la noche roncando, lo que habría provocado las risas de los dos muchachos si no hubieran dormido profundamente, como fue el caso.

Viajaron sin pausa hasta el mediodía atravesando tres pueblos y una localidad algo más extensa; luego abandonaron la meseta y la vegetación volvió a hacerse más verde y más alta.

Camille estaba sentada al lado del analista y platicaban a media voz.

—Existen tantas artes del Dibujo como dibujantes —le explicaba él—. Esto complica seriamente las cosas cuando uno quiere enseñar cómo se hace a un novato...

En la parte de atrás del carruaje, Salim suspiró. Su papel en aquella aventura empezaba a parecerle bastante secundario. No se atrevía a admitir abiertamente que estaba celoso de la prestancia de los demás miembros del grupo, pero en su melancolía había algo de ese sentimiento. Imposible, en cambio, envidiar a Camille. Salim estaba convencido de que ella era excepcional. Así pues, encontraba lógico que todos le prestasen una atención especial. Bjorn había jurado defenderla, el maestro Duom se pasaba el rato hablando con ella, y ni siquiera Edwin la perdía nunca completamente de vista. Todo eso era normal, salvo que, como Camille estaba tan ocupada con lo que había averiguado desde hacía tres días, él se sentía en cierta medida un poco solo.

Bjorn, que debió de percatarse de que el chico estaba mustio, espoléó a su caballo y se acercó a él.

—¡Sube, muchacho!

El caballero había reducido su armadura a la mínima expresión, cuyos peto y yelmo estaban ahora guardados en el carruaje. Se había puesto una cota de malla sobre la túnica acolchada y sus cabellos, que llevaba bastante largos, ondeaban por

encima de sus hombros.

—¿Que suba adónde? —se asombró Salim, mirando a su alrededor.

—Aquí, botarate —se burló Bjorn al tiempo que señalaba su silla—, ¿adónde sino, a un árbol?

—¿Puedo?

—¿No te lo estoy diciendo?

Salim lanzó un grito de alegría. Sin más demora, saltó hacia el caballero. Bjorn, sorprendido, casi se vio desazonado, aunque consiguió, *in extremis*, recobrar el equilibrio sujetando a Salim.

El caballo, avezado a los ejercicios de combate, ni siquiera había pestañeado.

—Me pregunto —refunfuñó Bjorn— si no habrá sido una estupidez proponerte que montaras.

Salim le lanzó una mirada tan forzosamente lastimosa que el caballero rompió a reír.

—En fin —continuó—, habrá que asegurarse de que tú hagas también algo.

Impulsó a su caballo, que dio un brinco. Salim gritó, pero el animal ya estaba alcanzando su máxima velocidad. Se alejaron en cuestión de segundos y Bjorn hizo que su montura describiera un gran círculo alrededor de un bosquecillo de fresnos antes de regresar con el grupo. Salim reía a carcajadas, con una risa estática. Bjorn llevó su montura junto al carruaje y el chico saltó al interior.

—Más adelante, seré caballero —le anunció a Camille.

—Espero que no nos crucemos con un cosmonauta o con un cazador de medusas —se limitó a responder ella, sonriendo.



A media tarde, la región se volvió más salvaje. Ningún pueblo ni ninguna granja, ni siquiera fortificados, se alzaban en el horizonte. En cambio, se cruzaron con numerosos animales y Edwin dio nuevas pruebas de su talento abatiendo con una sola flecha y a más de cien metros de distancia, a un pájaro semejante a un avestruz enano y al que el maestro Duom llamó corredor. Salim aprovechó la ocasión para explicarle a Bjorn, que se había convertido en su gran amigo, la historia de su trenza cortada por un tiro de Edwin cuando éste los había salvado de los andadores.

Casi había anochecido cuando, cerca de un bosque, descubrieron una pequeña hoguera que ardía sin humo y un caballo atado a un árbol cercano.

No había ningún ser humano a la vista.

Duom detuvo el carruaje. Edwin puso pie en tierra y se aproximó al fuego, con la mano sobre la empuñadura de su sable y todos sus sentidos alerta.

—No hay ningún peligro.

La voz había sonado clara en el lindero del bosque. Edwin se giró con gran

agilidad. Su filo salió de la vaina con un chasquido amenazante y se puso en guardia.

Una silueta se acercó con las manos a la vista. Camille reconoció a la joven de la víspera.

—¿Qué está haciendo aquí? —la interpeló Edwin, envainando de nuevo su sable.

—Yo podría preguntarles lo mismo, pero como soy educada y tengo mis principios, prefiero proponerles que utilicen mi hoguera para preparar su cena.

La respuesta había sido pronunciada con voz tranquila, ligeramente teñida de mofa. Camille decidió que aquella chica le caía bien.

Edwin debió de juzgar que no era peligrosa, pues se retractó:

—Lamento haberle parecido descortés. Aceptamos su ofrecimiento si usted acepta compartir nuestros alimentos.

—Con mucho gusto —asintió la muchacha—, su compañía será bienvenida. Me gusta viajar sola, pero debo admitir que a veces me aburro un poco.

A una señal de Edwin, Hans y Maniel descendieron a su vez de sus caballos y empezaron a montar el campamento, ayudados por Bjorn, mientras Duom se acercaba a la joven.

—Encantado —dijo el viejo analista en un tono ceremonial—, me llamo Duom Nil' Erg.

—El gusto es mío, si de eso se trata. Mi nombre es Ellana Caldin.

El analista se disponía a presentar a sus acompañantes cuando el maestro de armas le quitó la palabra.

—Yo me llamo Edwin y éstos son Camille y Salim.

La muchacha observó a los dos adolescentes no sin cierta sorpresa.

—¿No tenéis miedo —se extrañó— de viajar tan lejos con los tiempos que corren?

—Yo podría preguntarle lo mismo —replicó Camille—, pero como soy discreta y tengo mis principios, prefiero preguntarle si la carne de corredor le gusta al punto.

Ellana sonrió, dejando entrever unos dientes lustrosos.

—Hacía mucho tiempo que no me dejaba tomar el pelo de esta manera —dijo con aprobación.

Poco después, estaban todos sentados alrededor de la hoguera, comiéndose a dos carrillos una carne tostada y jugosa. Maniel hacía el primer turno de guardia y, lanza en mano, se mantenía fuera del alcance de la luz que producían las llamas.

Ellana se reveló una comensal locuaz y divertida. Conocía docenas de historias y poseía un auténtico don para contarlas. Después de explicar tres de un tirón, se volvió hacia Camille.

—Y tú, jovencita, ya que tienes la lengua tan suelta, ¿no querrías contarnos algo?

Camille captó la mirada inquieta de Edwin, pero lo tranquilizó con una sonrisa.

—Me temo que no tengo tanta gracia para los relatos. Pero seguro que mi amigo Salim sabrá distraerla, y tal vez incluso impresionarla.

Todos se volvieron hacia Salim, que no se hizo de rogar para ponerse en pie.

Metió la mano en el bolsillo y sacó sus bolas de colores, con las que empezó a hacer malabares mientras se disculpaba:

—Estoy un poco oxidado, no se burlen.

Las bolas revolotearon cada vez más deprisa y Camille rió, contenta; Salim siempre se superaba. Su número fue saludado con una sarta de aplausos.

Camille percibió la mirada llena de brillo que Ellana posaba sobre su amigo.

—Estoy segura de que podrás ofrecernos algunas acrobacias —soltó la joven.

Salim se puso manos a la obra.

Dio la vuelta al campamento caminando sobre las manos y consiguió recoger una de sus bolas con los pies. Luego se enderezó de nuevo y, tras una breve carrerilla para tomar impulso, efectuó un magnífico salto mortal.

Ellana le felicitó.

—Bravo, Salim, tienes unas habilidades magníficas. Espero que encuentres la ocasión de explotarlas.

El chico se sentó ufano tras recoger los comentarios elogiosos de Bjorn y de Edwin. Camille sabía que estaba emocionado y se sintió feliz por él.

Edwin no tardó mucho en señalar que ya era hora de acostarse. Hans tomó el relevo de la guardia.

—Despiértame dentro de dos horas —le ordenó el maestro de armas.

El soldado asintió con la cabeza y se colocó junto a un árbol grande, a unos veinte metros del campamento.

Una vez más, la noche prometía ser fresca y Camille se alegró de poder arroparse con su poncho. El fuego menguó progresivamente hasta convertirse en brasas. Muy pronto, sólo la luz de las estrellas iluminó el campo. No se oía ningún ruido.

Camille cerró los ojos y se sumergió lentamente en el letargo.



Estaba soñando.

Se encontraba en clase de lengua, sentada al fondo del aula, sola frente a la señorita Nicolás, que leía un texto del que ella no comprendía ni una sola palabra. De vez en cuando, la maestra se detenía para formularle unas preguntas a las que ella no sabía responder. Aunque su profesora siempre había dado muestras de un carácter alegre, su rostro se contorsionó de pronto en un acceso de rabia. Sus rasgos se confundieron y se deformaron hasta volverse irreconocibles. Ya no era la señorita Nicolás quien se encontraba delante de ella, sino un hombre vestido de negro. Sus iris parecían brillar con un resplandor maléfico y una mueca deformaba su boca.

Una oleada de angustia invadió a Camille. La figura del desconocido se hizo más nítida. Estaba envuelto en tinieblas y centraba su atención enteramente en ella.

Camille se sabía en la frontera entre el mundo real y el de los sueños, y sin

embargo la mirada de aquel individuo le impedía despertarse por completo. Se debatió un momento contra su pesadilla y luego, en un inmenso esfuerzo de voluntad, la hizo volar en pedazos.

Abrió los ojos. Ya no estaba soñando, pero el hombre seguía allí; su rostro se recortaba sobre el cielo estrellado justo encima de ella. El filo de un puñal brilló una fracción de segundo antes de descender suavemente hacia su garganta.

Camille no podía moverse, ni siquiera consiguió gritar. Su cuerpo, paralizado, se negaba a obedecerle, como si la hubieran drogado. Sus esfuerzos provocaron en su agresor una sonrisa cruel.

El filo acariciaba ya el cuello de Camille cuando un pie descalzo golpeó el rostro del hombre. Éste, aunque sorprendido, esquivó el impacto y se irguió con un movimiento ágil, propio de un reptil.

Camille notó que un líquido caliente fluía por su garganta. Aún sorprendida de seguir con vida, alzó la mirada.

Ellana estaba a su lado, con las rodillas flexionadas y en posición de combate. Dio un brinco, zarandeando sus manos y sus pies delante de ella, como auténticas armas con vida. El hombre de negro recibió un golpe en el estómago y otro junto a la boca. En aquel instante, Camille pudo moverse y el campamento salió de su sopor. Edwin se levantó, sable en mano.

El desconocido tomó conciencia de que su plan basado en el efecto sorpresa había fracasado, así que pasó al ataque. Ellana fue arrollada de inmediato. El puñal de su adversario le hizo un corte en el brazo, reduciéndola lo suficiente para que él pudiera desenvainar el sable que llevaba a la espalda. La muchacha quiso retroceder, pero ya era demasiado tarde.

El acero centelleó bajo las estrellas y ella se agachó. El sable ascendió para asestar el golpe de gracia, pero Edwin estaba ahí y su filo interceptó al del hombre, que dio un paso hacia atrás.

—¡Luz! —gritó Edwin.

Camille percibió el dibujo confuso que el maestro Duom, medio dormido, intentaba crear. Se arrojó a la Imaginación.

No se complicó con crear detalles. Ni llamas, ni sol; solamente una luz viva que brotaba de todas partes al mismo tiempo, iluminando la escena como en pleno día.

El hombre iba vestido con una armadura ligera de cuero negro, perfectamente ajustada. Con el sable en una mano y el puñal en la otra, luchaba con un brío extraordinario. Edwin, con el torso desnudo, sostenía su arma con ambas manos, parando los golpes cada vez más violentos que le asestaba su adversario.

Finalmente acudió Bjorn, con su enorme hacha de guerra en ristre. Se quedó en la periferia de la contienda, buscando en vano una abertura.

En cuanto a Duom, se precipitó hacia Camille. Ella sintió que el anciano le aplicaba una compresa en el cuello, aunque, con los ojos fijos en el combate, no le prestó ninguna atención.

Los sables se movían tan deprisa que era imposible seguirlos con los ojos. Los dos hombres alternaban ataques y paradas a una velocidad alucinante.

Poco a poco, Camille comenzó a entender la lógica interna del duelo. Los movimientos de Edwin, cada vez más fluidos, se volvieron implacables. Comprendió que el maestro de armas, que hasta entonces había estado calibrando a su adversario, desplazándose para situarse siempre entre su blanco y él, acentuaba la presión. El hombre de negro cedió terreno y sus movimientos se debilitaron. La primera herida que recibió hizo saltar su puñal a lo lejos, y la segunda le laceró el muslo.

Viendo al fin una brecha, Bjorn se lanzó, pero el sable de Edwin ya estaba concluyendo su mortífera labor. Durante un ínfimo segundo, el desconocido bajó la guardia. Su garganta se abrió y brotó un chorro de sangre.

Camille apartó la mirada. El hombre de negro se desplomó pesadamente y, tras caer al suelo, ya no se movió.

Cuando Camille quiso precipitarse hacia Ellana, el maestro Duom la retuvo con un vigor del que ella no le creía capaz.

—¡Espera! —le ordenó.

—¡Está viva! —gritó Bjorn, inclinado sobre la joven que yacía aún en el suelo.

Camille sintió que un gran nudo se aflojaba en su pecho. Habían rozado la catástrofe.

Fue Salim quien descubrió el cuerpo sin vida de Hans. Estaba tumbado junto al árbol donde había montado guardia, allí donde el asesino lo había sorprendido.

Maniel acudió. Permaneció un minuto postrado junto al cadáver de su amigo. Un seco sollozo se le escapó al fin.

Salim titubeó. De pronto, le pareció que había envejecido diez años y que había descubierto cosas que habría preferido ignorar siempre. Una parte de su infancia acababa de morir con Hans.

El maestro Duom atizó el fuego y la claridad sobrenatural que había dibujado Camille se extinguió. Edwin desató con delicadeza las ropas de Ellana. Emitió un silbido y Camille le oyó murmurar:

—¡Una marchombre!

Se acercó.

En el interior de la chaqueta de cuero había muchos bolsillos cosidos, cada uno de ellos ocupado por un objeto afilado: un cuchillo, un garfio, un dardo y otros instrumentos punzantes.

Una fea herida surcaba el abdomen de Ellana.

Camille agarró el brazo de Bjorn.

—¿Crees que...?

El caballero esbozó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

—Creo que va a salir de ésta. La herida sangra en abundancia, pero no parece que sea muy profunda.

Al ver que Camille no se sentía mejor, la cogió por los hombros para alejarla un

poco.

—¿Quién era ese hombre? —inquirió la muchacha con voz temblorosa, señalando la forma sin vida que yacía en el suelo.

El caballero hizo una mueca.

—Un mercenario del Caos.

—¿Cómo nos ha encontrado?

—No soy un especialista como Edwin Til' Illan, pero deduzco la intervención de los ts'liches. Esos malditos lagartos han debido de transportarle aquí, a menos que fuese uno de esos mercenarios capaces de realizar el paso al otro lado. He oído decir que hay excelentes dibujantes entre ellos...

Seguir durmiendo allí se había vuelto inconcebible.

Hubo que cavar una tumba para Hans, tarea que Maniel quiso llevar a cabo él solo. Una vez enterrado el soldado, Duom pronunció algunas frases sobre su sepultura y cada cual se recogió en silencio.

Luego, Edwin y Bjorn subieron a Ellana, que permanecía inconsciente, a bordo del carro. Ataron su caballo y el de Hans a la parte de atrás.

El grupo se puso lentamente en camino otra vez, con el corazón abatido.

—¿Tenemos alguna oportunidad de llegar a Al-Jeit? —preguntó Camille con voz fatigada.

Edwin le lanzó una mirada feroz.

—Por lo máspreciado que tengo en este mundo, Ewilan, te juro que llegaremos.



El estado de Ellana era crítico.

El maestro Duom le había confiado las riendas a Salim y se había quedado en la parte de atrás del carruaje, al lado de la joven. Había logrado contener la hemorragia pero, a media mañana, comenzó a delirar.

Edwin se acercó un instante a contemplar su rostro exangüe.

—Daremos un rodeo por Ondiana —anunció—. Los soñadores nos ayudarán.

—¿Los soñadores? —inquirió Camille.

—Sí. En tu mundo, sin duda les llamarían monjes o sacerdotes. Viven apartados del mundanal ruido, cultivan su jardín, crían unos cuantos animales y pasan mucho tiempo meditando. Además, están muy versados en el arte de la Medicina.

—¿No sería mejor acudir a un cirujano?

—Al-Jeit todavía está a unos diez días de aquí, y dudo que encontremos a alguien más competente que los soñadores para salvarle la vida.

Dejaron el camino principal para dirigirse a una serie de colinas bastante escarpadas. El sol estaba en lo alto del cielo cuando avistaron Ondiana.

Era una construcción imponente, encaramada sobre una prominencia rocosa. Los altos muros almenados y las aberturas estrechas le recordaron a Salim las imágenes de castillos fortificados que había soñado durante su infancia.

Remontaron un camino empinado hasta la puerta de madera maciza que impedía el acceso a la construcción.

Edwin tamborileó contra uno de los batientes. Se corrió una mirilla y una voz les preguntó qué querían. El maestro de armas expuso los motivos de su visita y la puerta se abrió enseguida.

El carruaje penetró en un patio interior bañado de sol, en cuyo centro se erigía una fuente de agua que caía en una pila de piedra. Un hombre, vestido con un largo y sencillo sayal y con el pelo rapado casi al cero, se acercó a Ellana y la examinó apresuradamente.

Otros dos soñadores salieron de un edificio portando una litera, donde depositaron a la joven con delicadeza y se alejaron. Nadie había pronunciado ni una palabra.

El maestro Duom descendió del carro y avanzó hacia el hombre que les había recibido. Le habló un momento en voz baja y luego se volvió hacia sus compañeros.

—Haremos un alto aquí. Necesitamos descansar y los caballos están fatigados. Los soñadores de Ondiana acceden a acogernos.

Camille descendió a su vez y caminó hasta la fuente, seguida por Salim. Desde el drama de la noche anterior, no habían intercambiado una sola sílaba.

—¿Cómo estás? —preguntó Camille.

El chico se encogió de hombros.

—Mal, supongo —acabó por responder—, aunque podría ser peor.

Ella le apretó el hombro y se agachó para coger agua con las manos y refrescarse la cara.

—Vamos a volver, Salim.

Él la miró, sorprendido.

—¿De qué estás hablando?

—Lo he pensado muy bien. Éste es mi sitio y no siento ningún deseo de marcharme, pero debo hacer lo que se espera de mí. Además, ¿no tenías tantas ganas de que te hiciera regresar?

Salim esquivó la pregunta.

—Creí que no sabías cómo se hacía para volver.

—Me parece que ahora lo he comprendido. Sólo me queda intentarlo.

—¿Y los demás?

—Han sido muy claros: quieren que vaya a buscar a mi hermano. Si ya soy capaz de hacerlo ahora, ¿por qué exponerlos a riesgos inútiles continuando hasta Al-Jeit?

—¡Acabas de decir que no te apetecía regresar!

—Pero resulta que eso no cuenta. Y tú, ¿te alegrarás si volvemos?

Salim se calló un momento. Estaba reflexionando y, como tenía por costumbre, se pasó los dedos por entre las trenzas.

—No lo sé, la verdad es que no tengo ni idea Pero no tiene sentido preguntárselo: si tú te vas, yo me voy.

—¿Y si yo me quedase?

—¡Adivina!

Camille dibujó una gran sonrisa. Lo agarro por los hombros y depositó un beso en su mejilla.

—¡Eres un tío genial! —exclamó—. No sé qué haría sin ti.

Salim carraspeó para disimular su embarazo. Simuló estar sediento y se apresuró a darse la vuelta para ir a beber a la fuente. Camille se dirigió hacia Edwin, que acababa de llevar a los caballos al establo y mantenía un conciliábulo con Duom Nil' Erg y con Bjorn.

—Me voy —anunció Camille.

Atónitos, los tres hombres se volvieron hacia ella.

—¿Cómo dices? —preguntó finalmente el analista.

—Digo que me voy —repitió Camille—. Me llevo a Salim conmigo y empezaré a buscar a mi hermano.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Bjorn—. No sabes qué aspecto tiene ni dónde vive. Eres muy joven, tus padres deben de estar buscándote por todas partes, jamás te dejarán ir. No puedes...

—¡Basta! —gritó Camille.

Bjorn se calló y la miró, con los ojos abiertos de par en par.

—Basta —repitió—. Ya no es momento de volver a esos problemas. Son detalles sin importancia comparados con la muerte de Hans y la herida de Ellana.

—¿Te sientes capaz de dar el paso al otro lado? —le preguntó el maestro Duom, escéptico. Camille sacudió la cabeza con fastidio.

—Eso creo. En cualquier caso, tengo que intentarlo. No puedo soportar la idea de que todos vosotros arriesguéis vuestras vidas a la espera de que yo esté lista.

—Pero...

Edwin posó la mano sobre el hombro del analista.

—Tiene razón, Duom. Si puede hacerlo, debe partir. Estoy orgulloso de ti, Ewilan —continuó—. Soy consciente de que esta partida es difícil para ti y quiero que sepas que, más allá de la esperanza que representas para el imperio, para mí ha sido un gran honor conocerte. Esperaremos aquí a tu hermano Akiro. Envíanoslo lo más deprisa posible. Los ejércitos imperiales no resistirán mucho tiempo más ante los raïs. Sobre todo, sé prudente.

A continuación, se volvió hacia Salim.

—En cuanto a ti, hijo mío, continúa velando por ella; cuento contigo.

Salim asintió con la cabeza.

—Lo conseguí, Ewilan —afirmó el maestro Duom—. Estoy convencido de ello.

Camille ignoraba si el anciano pensaba lealmente lo que decía o si sólo pretendía tranquilizarla, pero se sintió confiada.

Bjorn estrechó a uno entre sus brazos y luego al otro, y después Camille dio un paso atrás. Contempló el patio soleado, la fuente y los altos muros de piedra como si quisiera grabarlos en su memoria antes de hacerle una seña a Salim, que se acercó.

Le cogió la mano y comenzó a dibujar.

—¡No nos hagas aparecer en el río! —bromeó el chico, para darse ánimos.

Camille sonrió y, de pronto, desaparecieron.

Edwin miró el lugar donde hasta hacía un segundo se encontraban los dos jóvenes.

—La suerte está echada. Contamos contigo, Ewilan —dijo en voz alta.



AKÍRO





Hacía un momento estaban en el patio del edificio de los soñadores de Ondiana y al instante siguiente caían en picado por un universo acuático opaco, debatiéndose para no ahogarse.

Camille sentía los pulmones a punto de estallar.

¡Agua, nada más que agua por todas partes!

No sabía en qué dirección nadar ni conseguía distinguir qué era arriba y qué era abajo. A su lado, Salim, aterrorizado, tenía los ojos desorbitados. De repente, Camille tocó algo con el pie.

Bajó los ojos, si es que bajar era el término exacto, y vio un coche con la parte delantera embarrancada en el lodo. Era el punto de referencia que necesitaba. Seguida por Salim, se propulsó hacia lo alto con una violenta patada. Unos puntitos negros parpadearon ante sus ojos, y a punto estaban de perder el conocimiento cuando afloraron a la superficie. Inspiraron una deliciosa bocanada de aire y la vida llenó sus pulmones.

Se encontraban en medio de un río. Era pleno día, una corriente débil los arrastraba y, en las riberas, Camille reconoció los inmuebles del barrio de Salim.

—Ánimo —soltó ella—, tu casa está justo ahí.

—Genial —respondió Salim—, ni siquiera tendré que lavarme cuando llegue.

Batallaron largos minutos para alcanzar la orilla y se aferraron, exhaustos, a una escalerilla del extremo del muelle.

Se oyeron unas voces muy cercanas. Unos brazos se extendieron y los sacaron a los dos del agua.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó alguien.

—Mirad —soltó una voz—, parecen los dos adolescentes que habían desaparecido y que salieron en televisión.

Camille cerró los ojos.

Empezaban los auténticos problemas.



La policía se presentó en el lugar poco tiempo después y los condujo a la comisaría. Durante el trayecto, Camille se inclinó hacia su amigo.

—Nos secuestraron —murmuró—. Nos hemos escapado. Déjame hablar y límitate a confirmar lo que yo diga.

Salim, abrumado por los acontecimientos, asintió con la cabeza.

En la comisaría, les procuraron ropa seca y luego les interrogó un inspector. Camille le explicó una historia que intentó presentar de la forma más verosímil que pudo: unos desconocidos los habían raptado delante de su casa, hacía cuatro días. Los habían amordazado y les habían vendado los ojos antes de encerrarlos en una habitación que creía que estaba vacía, pues las pocas palabras que pronunciaron resonaban mucho. Le había parecido oír las voces de tres hombres distintos, aunque no podía asegurarlo.

Para que diera el pego, empezó a llorar suavemente; el inspector, afligido, trató de consolarla con torpeza. En cuanto a Salim, se hacía el atontado. Y no necesitaba esforzarse demasiado, pues el cambio de escena le había dejado muy descolocado.

—¿Y cómo os habéis liberado? —preguntó el policía.

Camille relató la última parte de su mentira.

Los secuestradores les habían desatado y conducido de nuevo a un automóvil. Durante el trayecto, Salim y ella se habían bajado discretamente las vendas que les impedían ver. Había dos hombres sentados en la parte delantera.

—Al pasar por encima del río, el coche aminoró la marcha antes de detenerse. Los dos hombres consultaron un plano sin prestarnos ninguna atención, y como las puertas no tenían el seguro echado, decidimos jugarnos el todo por el todo. Así que nos arrojamos al exterior y saltamos del puente.

La actitud del inspector oscilaba entre la admiración y la duda.

—¿No tenéis más información? Cualquier indicio, incluso el más intrascendente, puede resultarnos útil.

Camille simuló que reflexionaba y añadió:

—Justo antes de saltar por encima del borde, pude ver el número de la matrícula del coche.

El inspector se inclinó hacia delante, muy atento de repente.

—¿Y te acuerdas?

—Sí. 6444 RG 26.

—Perfecto, voy a comprobarlo, tardaré un minuto.

Hizo girar su silla para situarse delante de su ordenador. Pulsó varias teclas y se lanzó otra vez hacia atrás, maldiciendo:

—¡Un coche robado! Debería haberlo supuesto. Lo que me extraña es que el robo fue declarado hace más de un año. ¿Dónde lo habrán escondido durante todo este

tiempo?

Alguien llamó a la puerta entreabierta del despacho y un agente uniformado asomó la cabeza por el hueco.

—Le esperan en recepción, jefe.

El inspector se puso en pie.

—Sin duda serán vuestros padres. Les hemos avisado de que os habíamos encontrado. Vuelvo en un instante.

—¿Qué diablos es ese cuento de la matrícula? —preguntó Salim en cuanto estuvieron solos.

Camille sonrió. Tenía el pelo empapado, llevaba una ropa vieja demasiado grande para ella y olía a ciénaga, pero Salim la encontró aún más hermosa que de costumbre.

—Es el número del coche que hemos visto en el fondo del río. Si estaba ahí, no sería por azar: había grandes probabilidades de que fuese un vehículo robado.

—Eres genial.

Ella puso cara de enfado.

—Y tú eres un peligro público. ¿Quién te mandaba hablarme del río justo antes de dar el paso al otro lado? Ya había empezado a dibujar el parque y lo has echado todo a perder.

Salim estalló en una carcajada. Camille lo imitó.

—Lo siento, colega... —comenzó.

La puerta del despacho se abrió y entró el señor Duciel.

—La verdad es que no veo qué tiene de graciosa esta situación —le espetó a Camille con su voz seca—. Casi nos matas de preocupación, nos has cubierto de vergüenza haciendo que se hablase de ti en todos los periódicos, hemos tenido que llamar a la comisaría como si fuéramos los padres de un delincuente y, cuando llego, te encuentro riéndote con esta especie de...

—Me llamo Salim, señor.

—De... de... ¡de impertinente! —terminó el señor Duciel—. En cuanto a ti, Camille, esto no se ha acabado aquí, créeme.

El inspector entró a su vez en el despacho y se encontró al señor Duciel, rojo de cólera, con las manos en las caderas e increpando a Camille.

—Esperaba encontrarme a su hija entre sus brazos —señaló.

El señor Duciel intentó mostrar serenidad.

—La emoción, sin duda...

El inspector no pareció muy convencido, pero no añadió nada. Se volvió hacia Salim.

—Tu madre acaba de llamarnos. No tiene tiempo de venir a buscarte y quiere que vuelvas andando.

Suspiró antes de seguir:

—¡Vaya mundo, es increíble! He pedido un coche y te acompañaremos. En fin, muchachos, haremos todo lo posible por meter entre rejas a las personas que os han

hecho esto, aunque no puedo prometeros nada. Disponerlos de pocos elementos. Como se dice en las películas, no os alejéis, quizá tenga que haceros algunas preguntas. Mientras tanto, descansad y no corráis demasiado la voz sobre esta historia. Evidentemente, si os acordáis de algo, cualquier detalle, no dudéis en avisarme. Soy el inspector Franchina.

Camille sintió que se ruborizaba. Mentir no había sido difícil, pero el policía era tan buena persona que la avergonzaba haberle engañado. Por fortuna, él no se dio cuenta de su turbación y les dirigió una franca sonrisa.

—Seguro que los periodistas os entrevistarán. A veces son un poco difíciles de soportar, pero no os preocupéis: esto no durará mucho y pronto recuperaréis la tranquilidad de vuestra vida normal.

Camille le dio las gracias.

La tranquilidad de su vida normal.

Si supiera...



Camille fue acogida en su casa con frialdad.
Su madre le depositó un beso en la mejilla al tiempo que arrugaba la nariz.
—Dios mío, qué mal hueles.

Camille suspiró.

—He tenido que arrojarme al río para escapar.

—Siempre tienes que estar haciéndote notar. ¿Era realmente necesario? En fin... Ahora que has vuelto, ve a lavarte y ponte ropa adecuada. No te entretengas. Hace dos días que los periodistas espían cada uno de nuestros movimientos. Tu padre y yo hemos decidido darles permiso para que te hagan las preguntas que quieran, de una vez y cuanto antes mejor, así que llegarán dentro de poco. De esta forma, ya no nos importarán más. Huelga decir que no nos ha gustado nada la publicidad que nos ha proporcionado tu aventura y que tenemos prisa porque todo esto se olvide.

Camille se mordió la lengua para no explotar.

Se obligó a dirigirse tranquilamente al cuarto de baño y, una vez cerrada la puerta tras de sí, apretó los puños, golpeó violentamente el suelo con el pie y escupió una docena larga de imprecaciones. Imaginar que su madre la oía le devolvió la sonrisa. Se desnudó y, mientras se llenaba la bañera, observó su reflejo en el espejo. Menos mal que los Duciel no le prestaban demasiada atención, si no seguro que habrían notado su bronceado reciente y le habría costado bastante hacerlo encajar con su historia del cautiverio.

Se metió en el agua suspirando de alivio. No se había lavado en aquellos últimos cuatro días, y su baño forzado en el río no había hecho sino empeorar el asunto. Apestaba.

Amontonada en una pila sobre las baldosas del suelo, la ropa vieja que le habían prestado chocaba con el lujo del cuarto de baño. Camille miró las prendas con una leve sonrisa que se transformó en una mueca.

—¡La esfera gráfica! —exclamó.

Se había quedado en comisaría, en el bolsillo de sus vaqueros. ¿Cómo había podido olvidarse? Por no hablar de que, si sus padres descubrían la ropa con la que había vuelto, iban a pedirle explicaciones...

Había cometido un error. ¡Tendría que haber reflexionado un poco antes de dar el paso al otro lado!

La idea de los problemas que la esperaban arruinó el placer de su baño. Se enjabonó con rapidez, se secó y salió de la bañera.

Se disponía a ponerse unos vaqueros y una camiseta cuando se acordó de las recomendaciones de su madre. Así pues, eligió un vestidito de hija modelo, que complementó con una cinta para sujetarse el pelo. Su imagen en el espejo de su habitación estuvo a punto de provocarle una carcajada. ¡Qué complicado sería dormir al raso con semejante atuendo!

Los periodistas la esperaban en el salón. Se había imaginado a un montón de técnicos, con cables por todas partes, con focos... pero sólo había dos hombres, uno de los cuales llevaba una cámara digital.

Sentada en un sillón, su madre se pavoneaba mientras su padre adoptaba poses delante de la chimenea. Avanzaron hacia ella con gran solicitud.

La entrevista duró una media hora y Camille se vio tentada varias veces a pellizcarse, por lo incongruente de la actitud de sus padres, que rivalizaban en amabilidad hacia ella y multiplicaban sus muestras de afecto.

Cuando se marcharon los periodistas, los Duciel se miraron el uno al otro con la seguridad de quien cree que ha estado perfecto. Camille los había encontrado grotescos. El inspector tenía razón: la vida volvía a ser como siempre.

Los Duciel aparcaron el asunto sin ningún escrúpulo. No dedicaron ni un segundo a averiguar cuál podía haber sido el motivo del secuestro ni le hicieron la menor pregunta a Camille sobre lo que había vivido.

La joven acabó la velada en la biblioteca, a solas, enroscada en su sillón favorito y planeando los siguientes movimientos. Se le hizo eterno esperar al día siguiente para someterlos a la sagacidad de Salim.



En el colegio fueron recibidos como estrellas. Todo el mundo quería hablar con ellos, hacerles preguntas, saber con detalle lo que había pasado. Antes de ser engullidos por el pelotón de curiosos, Salim había tenido tiempo de soplarle a Camille al oído:

—Tengo tus trapos en mi casa. Y también tengo tu piedra en el bolsillo.

En el recreo de las diez, la emoción ya había decaído un poco y Camille y Salim pudieron reunirse en un rincón del patio para hablar tranquilamente.

—¿Cómo te fue en casa? —le preguntó ella.

El chico sonrió.

—¡Genial! Ni siquiera estoy seguro de que mi madre se hubiera dado cuenta de que me había ido. No, hablo en broma: ¡se había enterado por la tele! ¿Y tú? ¿Tu padre siguió con su discursito de la comisaría?

Camille decidió tomar como modelo la actitud de su amigo. Era inútil hacerse mala sangre o lamentarse, más valía reírse de ello.

—¡Para nada! Estaba un poco tenso por la emoción, eso es todo. Me recibieron con flores y tropecé con los regalos de bienvenida.

Salim asintió con un movimiento de cabeza apreciativo.

—Es una suerte increíble que tengamos unas familias tan cariñosas, ¿no te parece?

Camille estuvo de acuerdo. Adoptar a un niño, y ella lo sabía, representaba una aventura larga y compleja que exigía una buena dosis de tenacidad y cantidades ingentes de amor. ¿Por qué los Duciel habían hecho el esfuerzo de acogerla? No sentían nada por ella, la consideraban como una carga y no como a un miembro de la familia...

—Tienes razón —afirmó ella—. ¡Aparte de una pareja de ts'liches, no sé imaginarme nada peor que mis padres! Pero dime, ¿cómo conseguiste la ropa y la piedra?

—Lo de los trapos fue fácil: se los pedí al inspector Franchina. Me los dio dentro de una bolsa grande de basura sin prestar atención a nuestras túnicas ni a nuestras botas.

—¿Y la esfera gráfica? ¿La tienes?

—Sigo sin poder tocarla, así que recorté el bolsillo de tus vaqueros; toma.

Camille cogió la piedra azul con la mano.

—Ignoro para qué sirve —señaló, pensativa—, pero me he acostumbrado a ella. Me gusta mucho tenerla. Tal vez un día me resulte útil...

—No quiero ni imaginarme la cara que habrían puesto los policías si hubieran intentado cogerla. Seguro que te habrían hecho algunas preguntas suplementarias, ¿no crees?

—Supongo que sí... Tendré que ser más prudente de ahora en adelante... sobre todo, teniendo en cuenta que aún me quedan algunas cosas que hacer.

—¡Nos quedan! —se indignó Salim—. ¡No vas a dejarme de lado ahora!

Camille le sonrió con agradecimiento.

—No estás obligado a ayudarme, ¿sabes? Yo te arrastré a esta aventura sin pedirte tu opinión y hemos estado a punto de dejar la piel en ella. Lo entenderé si prefieres no seguir mezclándote en este asunto.

Salim adoptó una expresión seria que Camille no le conocía.

—Vamos a zanjar este asunto de una vez por todas —dijo con firmeza—. ¡Estoy contigo! ¡Hasta el final! Eres mi amiga y, visto el recibimiento de mi familia, pienso que tú eres la única persona importante que tengo en el mundo. Así que no cuentes con abandonarme por el camino. Encontraremos a Akiro juntos y lo enviaremos a cumplir su deber en Gwendalavir.

Camille respiró hondo. La emoción la embargaba. Aunque no lo admitía, por un momento había sentido miedo de tener que continuar sola.

Salim reparó en ello y su gran sonrisa habitual sustituyó a su expresión grave.

—Además —continuó—, ¿te imaginas la paliza que me pegaría Edwin si se entera de que te he dejado tirada? En fin, supongo que te habrás pasado la noche perfeccionando un plan de ataque. ¿Por dónde empezamos?

—Tengo muchas ideas. La que he seleccionado pasa por una visita al juez. Sin duda fueron mis padres, los verdaderos, quienes nos trajeron a este mundo a mi hermano y a mí, después de bloquear nuestra memoria. Mis primeros recuerdos datan del día en que me encontré en el despacho del juez con mis padres, los falsos.

—¿Crees que el mismo juez os colocó a los dos?

—Es posible. Mis padres, los verdaderos, debieron de hacer las cosas correctamente. No me los imagino abandonándonos en la escalinata de una iglesia en una fría noche de invierno.

—¡Lástima, eso haría tu historia aún más conmovedora!

—Salim, tienes un cerebro de crustáceo. Es posible que el juez conserve documentos referentes a mi hermano y a mí. Así que hay que encontrarlos.

—¿Piensas entrar en su despacho y pedirle amablemente que te dé permiso para rebuscar en sus archivos?

—¡Un cerebro de crustáceo retrasado! Después de clase, esta tarde, nos pasaremos por el tribunal y ya decidiremos sobre la marcha.

—¡Muy bien, jefa! ¡El crustáceo está a sus órdenes!

Camille se echó a reír y Salim, que pretendía causar ese efecto, se sintió aliviado.

Su día de colegio les pareció de una pesadez insoportable. Se habían acostumbrado a un ritmo de vida trepidante donde los peligros y las maravillas se sucedían con rapidez. Estar sentados en una silla durante un día entero fue una tortura.

No obstante, por fin les dejaron salir y se fueron a paso veloz.

—No puedo entretenerme —había explicado Camille—. Durante algunos días, mis padres me vigilarán de cerca y debo estar atenta.

Había encontrado la dirección del juez para la infancia en el anuario. Era un anexo del tribunal, situado en el centro de la ciudad. Un pequeño parque bien cuidado se extendía ante la fachada principal.

Rodearon el edificio para detectar posibles accesos. Las dos puertas de entrada eran imponentes y estaban cubiertas de cerraduras, las ventanas de la planta baja estaban provistas de barrotes y las de los demás pisos se encontraban a una altura considerable del suelo.

—Es una auténtica fortaleza —suspiró Camille, agobiada—. No veo en absoluto cómo podemos introducirnos.

—Yo tengo dos o tres ideas —la tranquilizó Salim—. ¿Quieres que te las exponga?

Camille consultó su reloj y sacudió la cabeza.

—Ahora no, tengo que irme. ¿Crees que podríamos intentarlo esta noche?

—Ningún problema —afirmó Salim—. Pero y tú, ¿cómo vas a escaparte?

—Ya me apañaré. Quedamos a la una, ¿de acuerdo?

—¡Bien, jefa, aquí estaré!

Camille le guiñó el ojo y regresó a su casa, corriendo a toda velocidad para llegar a tiempo.



La noche se le hizo interminable. Por una vez, la señora Duciel le preguntó qué había hecho en el colegio, pero Camille comprendió rápidamente que sus respuestas no le interesaban realmente.

Se excusó aduciendo que estaba muy cansada y fue a su habitación.

El principal obstáculo para su evasión nocturna era la presencia de *Gengis y Sultán*, Los molosos la conocían, así pues no la atacarían, pero se arriesgaba a que

ladrasen. Por otra parte, tenía la certeza de que la policía había establecido una relación entre su secuestro y la presencia de un presunto merodeador que había roto los cristales de las ventanas unos días antes. Debía arreglárselas para pasar desapercibida.

Camille se puso a dar vueltas esperando la hora convenida. Hacia las doce y media, abrió la ventana de su habitación. Los perros correteaban de un lado a otro por el césped.

El maestro Duom había afirmado que, en este mundo, el arte del Dibujo se debilitaba hasta desaparecer por completo en ocasiones. Sin embargo, ella había dibujado más de una vez, sin bien de manera involuntaria o confusa. Ya era hora de comprobar si había progresado.

Se concentró y, al momento, una sonrisa iluminó su rostro. La magia actuaba de nuevo. Consiguió imaginar, dibujar y convertir en realidad lo que ella quería. Al parecer, la regla anunciada por el analista no la afectaba. No obstante, faltaba descubrir si su creación podía engañar a los perros guardianes y su olfato infalible.

A unos diez metros de *Sultán* y de *Gengis*, apareció una magnífica hembra rottweiler que les miraba con desdén. Los molosos olisquearon el aire, y lo que percibieron debió de gustarles, pues se aproximaron a la perra agitando la cola. Ella se alejó a paso ligero y los dos animales la siguieron, subyugados por su presencia.

Camille estaba maravillada. Aquel poder abría unas perspectivas tan vertiginosas que casi le daba vueltas la cabeza. Reprimió con dificultad un grito de alegría y saltó el marco de la ventana. Se agarró al canalón, se deslizó hasta el suelo y se fue hacia el lado opuesto a la dirección que habían tomado los molosos.

Los detectores infrarrojos conectados a las alarmas estaban situados a una altura suficiente para que los perros no intercedieran en su haz, así que no tuvo ninguna dificultad en esquivarlos. Saltó el muro con ayuda de las ramas de un pino, se dejó caer a la calle con gran flexibilidad y miró detrás de ella. El regreso sería más complicado, y contaba con que Salim la ayudara a trepar. De todos modos, no era el momento de pensar en eso, así que Camille partió a buen paso hacia el centro de la ciudad.

Su amigo la estaba esperando en el lugar convenido. Vestido de negro, se confundía con la oscuridad y no le vio hasta el último momento.

—Gracias —murmuró ella.

—El crustáceo de las tinieblas siempre está listo para nuevas aventuras, jefa...

Ella le apretó el hombro.

—¿Vamos?

Salim asintió con la cabeza.

Se acercaron discretamente a la verja baja que rodeaba el parque del edificio. Después de echar un vistazo a la calle desierta, la saltaron. Dieron una vuelta al inmueble en silencio antes de volver sobre sus pasos.

—¿Ves alguna solución? —dijo Camille, dubitativa.

Una ventanita sin postigos se abría en lo más alto de la fachada, en el nivel del tercer piso.

—Pasaremos por ahí —decretó Salina.

—No somos pájaros —replicó Camille—. Los crustáceos no vuelan, ¿acaso lo has olvidado?

El muchacho sonrió entre las sombras.

—¡Confía en mí! ¿Puedes trepar hasta la ventana de ahí, la del primer piso?

—Sin problemas —respondió ella—. ¡Sólo que me he olvidado la dinamita para reventar los postigos!

—Espérame un segundo, ahora vuelvo.

Mientras Camille aún intentaba comprender, él ya se había lanzado. Se apoyó en los barrotes de la planta baja, extendió un brazo y forzó la parte de debajo de un postigo del primer piso. Se alzó con la fuerza de sus muñecas hasta encontrarse encaramado a una minúscula cornisa que rodeaba todo el edificio. La recorrió lentamente hasta un lugar donde las juntas deterioradas entre las piedras de la fachada le ofrecieron nuevos puntos de apoyo y entonces comenzó a trepar con precaución.

Abajo, Camille contenía la respiración. Le vio alcanzar sin dificultad el segundo piso y emprender la última parte de su escalada. Prácticamente tuvo que moverse en zigzag para acceder a la ventana que habían elegido.

Salim lo había visto bien: estaba entreabierta y pudo deslizarse al interior. Camille suspiró aliviada. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, un chirrido le hizo sobresaltarse. Uno de los postigos de la ventana del primer piso se abrió ligeramente.

—Venga, jefa —susurró Salim—, te toca a ti.

Camille se agarró a su vez a los barrotes de la planta baja y se alzó al nivel del primer piso. Salim le cogió la mano y la ayudó a pasar al interior. Se encontraban en el anexo del tribunal. Cuando Salim cerró el postigo, reinó una oscuridad casi completa. Desplazarse se presentaba difícil.

Una luz suave surgió en las yemas de sus dedos.

Salim se sobresaltó.

—¡Madre mía, eres una auténtica bruja!

—No sé por qué —le explicó ella—, pero la luz es lo que más fácil me resulta dibujar.

Estaban en una sala de espera, amueblada con sillas y con una mesa baja donde descansaban un montón de revistas.

Cuando se encontró en el pasillo, Camille reconoció el lugar. Era su recuerdo más antiguo y estaba presente en su mente hasta en sus más mínimos detalles. Seguida por Salim, fue hasta la escalera y subió al segundo piso. Allí, se dirigió sin vacilar a una puerta imponente forrada de cuero. No estaba cerrada con llave y penetraron en una estancia espaciosa, con las paredes cubiertas de libros y un escritorio oscuro que la dominaba desde el centro.

Camille se acordaba perfectamente del hombre sentado en su sillón, pero no tenía ni idea de en qué lugar guardaba sus documentos. Un enorme armario metálico, de dos metros de altura y otros tantos de ancho, le llamó la atención. Estaba dividido en cajones corredizos, marcado cada uno de ellos con una serie de letras.

Camille abrió el cajón en el que figuraban las letras DI/EN, y descubrió un montón de carpetas bien clasificadas.

—Menos mal que este juez es más ordenado que yo —le susurró a Salim.

Encontró la carpeta Duciel sin gran dificultad. La puso encima del escritorio y la ojeó. La hubiera gustado consultarla tranquilamente, pero no se atrevía a tomarse el tiempo suficiente para ello, ni tampoco quería arriesgarse a llevársela.

La información que estaba buscando se encontraba en la tercera página, en un párrafo titulado «Parientes». En efecto, tenía un hermano.

Se llamaba Mathieu y había sido adoptado dos días antes que ella por una familia que llevaba el apellido de Boulanger. Memorizó la dirección, y de paso leyó una anotación según la cual se prohibía expresamente toda comunicación entre el hermano y la hermana. El juez había subrayado esta información en rojo, añadiendo una serie de puntos de interrogación que hacían presumir el carácter insólito de tal procedimiento. Enseguida devolvió la carpeta a su sitio.

Volvieron a salir por la ventana de la sala de espera. Antes de reunirse con Camille, Salim dejó los postigos lo mejor posible para disimular su intrusión. La operación había durado menos de media hora.

Regresaron a la casa de Camille. Una vez allí, Salim la ayudó a alzarse por encima del muro de protección.

Una vez encaramada en lo alto, divisó a *Gengis* y a *Sultán*, pero no vio ni rastro de la rottweiler que había dibujado. Aunque no se sorprendió: el maestro Duom le había explicado que los dibujos sólo tenían una existencia limitada. Así que se adentró en la Imaginación.

Un instante después, los dos molosos se alejaron persiguiendo a la belleza que acababa de reaparecer ante sus ojos.

Camille se dirigió a su amigo:

—¡Has estado genial!

Salim sintió que su corazón estaba a punto de estallar, como cada vez que Camille le echaba un piropo. No halló ninguna respuesta, señal de que estaba realmente emocionado, y se encogió de hombros para parecer sereno.

Con una última sonrisa, Camille se dejó caer al jardín y volvió a su dormitorio sin encontrar obstáculos.

Le costó mucho conciliar el sueño. El nombre y la dirección de su hermano no dejaba de dar vueltas en su cabeza.

«Mathieu Boulanger, calle de la Llanura, 26».

Calculó que debía de ser algo más joven de lo que era ella ahora cuando los condujeron a este mundo. Actualmente, tendría entre dieciocho y diecinueve años.

¿Era posible que se hubieran cruzado alguna vez sin sentir nada? La calle de la Llanura estaba en el centro de la ciudad, Camille debía de haber pasado por allí más de cien veces en siete años. Trató de imaginárselo, pero su retrato no dejaba de cambiar. Cuando adoptó los rasgos de Salim, se rindió y cerró los ojos.



A la mañana siguiente, Salim la esperaba delante del colegio andando de un lado otro.

—Me he pasado por la calle de la Llanura —le anunció—; en efecto, hay una familia Boulanger en el 26.

A Camille se le escapó un grito de alegría.

—¡Genial! ¿Vamos esta tarde después de clase?

—De acuerdo. Ya ves, no ha sido nada complicado encontrarle.

—Es verdad. Pero eso no quita que esté nerviosa; a lo mejor ignora que los Boulanger no son sus verdaderos padres. Igual le da un ataque si le digo que soy su hermana.

—Sólo hay un modo de averiguar eso, colega.

Su jornada de clase fue interminable. Camille sólo tenía una cosa en la cabeza: que sonara el timbre y les dejase libres; a las cinco de la tarde se encontraban entre los primeros en abandonar el colegio.

Para su gran sorpresa, el inspector Franchina les estaba esperando a la salida.

—Buenas tardes, chicos. Pasaba por aquí y he decidido acercarme a saber qué tal os iba. ¿Cómo estáis?

—Bien —respondió Camille.

El policía dibujó una sonrisa un tanto incómoda.

—Tu padre no parecía muy contento de volver a verte. Debió de sentarte mal.

—Bah, ya estoy acostumbrada, ¿sabe? No es de los que muestran sus sentimientos.

—Aun así... Cabía esperar un poco más de amabilidad. Confieso que su actitud me sorprendió mucho.

Camille le miró fijamente.

—¿Sospecha que mi padre puede tener alguna relación con nuestro secuestro?

El policía se ruborizó ligeramente y tomó la palabra demasiado deprisa, con un

tono poco confiado.

—¡Para nada! ¿Por qué iba a sospechar tal cosa?

—No tengo ni idea, pero si no quiere que adivine sus pensamientos, será mejor que los disimule.

El inspector se encogió de hombros y, tras un breve saludo, se dirigió hacia su coche.

—¡Vaya! —exclamó Salim—. ¡Debiste de perder un tornillo durante nuestras aventuras! ¿Cómo te atreves a hablarle de este modo? ¡Ni siquiera has estado un poco educada!

Camille suspiró.

—No exageres. Su investigación chirría, necesita sospechosos y es evidente que el comportamiento de mi padre le parece turbio. Pero como somos unos colegas, no se ha tomado la molestia de disimular sus sospechas y eso me fastidia. Si le he hablado en ese tono, es porque tenemos otras cosas que hacer además de charlar sobre los motivos de un secuestro que no ha tenido lugar. ¿Vienes?

Los dos amigos partieron hacia el centro de la ciudad y se presentaron en la calle de la Llanura.

El número 26 era una antigua casa unifamiliar, bien restaurada, con barrotes de hierro forjado en las ventanas de la planta baja. La puerta de entrada, de madera oscura, se alzaba varios peldaños por encima de la acera.

Salim se quedó rezagado mientras Camille, tras una leve vacilación, pulsaba el botón del timbre.

Enseguida se oyeron unos pasos y la puerta se abrió para mostrar a una mujer de unos cincuenta años de edad. Ésta, al descubrir a Camille, retrocedió por un momento de forma claramente perceptible, pero pronto cambió de parecer y le ofreció una afable sonrisa.

—¿Sí? —dijo.

—Buenas tardes, señora —comenzó Camille—, ¿podría hablar con Mathieu?

La mujer adoptó una expresión de sorpresa.

—¿Mathieu? Pero si no está aquí.

—Ah...

—¿Por qué quieres hablar él?

Camille se lanzó de cabeza.

—He oído hablar de él en el colegio y...

La señora Boulanger la detuvo con un gesto amable.

—Otra vez esas historias de los dibujos, supongo. Es cierto que tiene mucho talento, pero tendrás que encontrar a otro profesor, si es eso lo que buscas. Mathieu lleva dos años viviendo en París. Se matriculó en Bellas Artes y sólo le vemos en vacaciones.

Camille sintió deseos de gritar, aunque logro contenerse. Le dio las gracias a la señora Boulanger, que le dirigió una seña con la mano antes de cerrar la puerta.

Mientras intentaba calmar los latidos de su corazón, Camille avanzó hacia Salim, que había retrocedido discretamente unos pasos al ver aparecer a la señora Boilanger. Escuchó toda la historia.

—¡Cálmate, por favor! —exclamó al ver el aturdido rostro de su amiga—. París no es el culo del mundo. Ahora vuelves tranquilamente a tu casa y mañana buscaremos una solución al problema. Habría sido demasiado raro que triunfáramos en sólo dos días; incluso frustrante, diría yo. ¿No te parece?

—Supongo que tienes razón —admitió ella—, pero no puedo evitar sentirme decepcionada.

Salim levantó la mirada al cielo.

—Ay, estos genios... ¡Lo quieren todo y ahora mismo! ¿Ya has reflexionado en lo que haremos una vez hayamos encontrado a tu hermano?

—No.

—¿Lo ves? ¡Ya te digo yo que nos aburriremos! Así que no tengas tanta prisa para terminar el trabajo, ¿de acuerdo?

Salim tenía cierto don para desdramatizar las situaciones. Cuando le dejó, Camille ya volvía a estar sosegada.

En casa, con mucho gusto se habría acurrucado en un sillón para ver una buena película, pero la señora Duciel le recordó que estaba castigada y que, por lo que ella recordaba, no había levantado la sanción. Camille renunció a explicarse y se retiró a la biblioteca hasta la hora de la cena.

Ésta fue tan agradable como de costumbre y, cuando tocó a su fin en un pesado silencio, se preguntó si aún sería capaz de soportar aquel ambiente durante todos los años que le quedaban por vivir con los Duciel.

Se metió en su habitación alegando que debía estudiar y se tumbó encima de la cama. La urgencia de la situación en Gwendalavir excluía la posibilidad de quedarse esperando el hipotético regreso de su hermano por vacaciones, pero ella no conocía París y la inquietaba la idea de tener que ir allí.

El sonido de unas uñas rascando en el parqué la arrancaron de sus reflexiones. Asomó la cabeza y dio un salto de la sorpresa.

Un curioso animal, apenas más grande que un ratón, estaba sentado en mitad de su dormitorio y se frotaba el hocico con las patas delanteras. Tenía un pelaje gris pálido que parecía muy suave, una cola en penacho y orejas puntiagudas.

Ante el ruido que hizo Camille al asomarse, el bicho inclinó la cabeza a un lado y clavó en ella unos inmensos ojos negros, casi desmesurados en relación a su tamaño. Correteó hacia la cama y escaló la colcha, que colgaba hasta el suelo. Camille extendió la mano con mucha delicadeza y, con la yema de los dedos, acarició su pelaje gris. El animalito emitió un curioso ronquido. ¡El ratón, salvo que no fuese un ratón, ronroneaba como un gato!

—¿De dónde sales tú? —murmuró la muchacha mientras lo acariciaba.

El bichejo se inmovilizó, la miró fijamente a los ojos una vez más y luego se zafó

de la mano que lo mimaba.

Camille, hechizada, le vio trepar por su brazo, recorrer su hombro e ir a acurrucarse contra su cuello, muy cerca de su oreja. Se sintió muy feliz, como si aquel animal desprendiera unas frecuencias familiares.

No fue el nacimiento del dibujo lo que la sorprendió, sino el hecho de que no fuese el bicho quien lo estaba creando. Éste lo había «transportado» y ahora lo hacía penetrar en la realidad. Primero fue una creación informe, casi una sensación, que le recordó su contacto mental con Elea Ril' Morienva. Luego, como para darle la razón, el dibujo se convirtió en una miríada de palabras que se organizaron directamente en su mente. Camille no pudo reprimir un leve grito. Entonces, se elevó la voz del maestro Duom y ella permaneció atenta a sus palabras.

—Buenos días, Ewilan, o buenas noches, pues ignoro qué hora puede ser en tu mundo. Espero que el susurrador no te haya encontrado en un momento demasiado embarazoso. Su misión era acercarse a ti solamente cuando estuvieras sola, pero a veces estos animales son distraídos.

»Como puedes comprobar, los andadores no son los únicos capaces de dar el Gran Paso. He pensado que preferirías que te mandase a un susurrador en lugar de una de esas arañas repugnantes.

»Pero ya basta de bromas: tengo varias noticias que darte; dos, de hecho.

»La primera es buena. Ellana está sana y salva. Los soñadores de Ondiana han obrado milagros. Conjugan a la perfección un excelente conocimiento del cuerpo humano y la práctica misteriosa de un arte derivado del Dibujo. Creo que nadie más que ellos la habría podido salvar. Esta mañana ha recobrado el conocimiento y salta a la vista que está mejorando. Ha reconocido que pertenece al gremio de los marchombres y se ha sentido muy aliviada al ver que su revelación no nos sorprendía. Ha prestado juramento de servir a Edwin. No sé si sabes que los marchombres tienen un sentido del honor muy desarrollado; Ellana no se considerará libre hasta que le haya salvado la vida tres veces. Conoces a Edwin tan bien como yo; es muy probable que quede ligada a él una buena temporada...

»La segunda noticia es más lúgubre. Con ayuda de los soñadores, he sondeado un poco la Imaginación. Los de Ondiana utilizan sus propias Espiras, que los ts'liches no conocen. Acabamos de asistir a la partida de un mercenario del Caos. Yo ignoraba que sus dibujantes pudieran dar el Gran Paso, pero uno de ellos acaba de dejar nuestro mundo. Y me temo que conozco su destino...

»Si mis sospechas se confirman, corres un grave peligro. Los ts'liches han calibrado en su justa medida el peligro que representas para ellos y harán todo cuanto esté en su mano para hacer que desaparezcas. ¡Te has convertido en el objetivo de esa raza maléfica!

»Un mercenario, sobre todo del nivel del que se dirige hacia ti, no tendrá ninguna dificultad para fundirse en tu mundo. Lo peor sería que hubieran enviado a un Mentai, una especie de maestro asesino. Sus poderes son enormes, mucho más temibles que los de un andador y, si se confirma que realmente domina el Gran Paso, la situación será dramática.

»Debes estar constantemente alerta. El peligro puede proceder de cualquier parte. Si tienes la posibilidad y la misión te lo permite, desplázate sin parar. Él sabe dónde apareciste, pero si no dibujas y si mantienes tu mente apartada de la Imaginación, le costará localizarte con precisión.

»Quédate con el susurrador si él está de acuerdo. Aunque no podrás utilizarlo para responderme, pues hacerle transportar mensajes exige mucha práctica.

»Todos contamos contigo, Ewilan.

»Nunca te olvides de la sangre que corre por tus venas.

Las palabras se difuminaron lentamente en la mente de Camille y el susurrador continuó con su ronroneo. Ella lo acarició distraídamente con la yema de los dedos.

La situación tomaba un giro desagradable. El maestro Duom había procurado avisarla sin preocuparla demasiado, pero ella no era fácil de engañar. Un mercenario del Caos ya había atentado contra su vida y tan sólo el sacrificio de Ellana la había salvado. Si un Mentai era un supermercenario, no tendría ninguna oportunidad en un enfrentamiento directo, y nadie de aquí podría acudir en su ayuda... De repente se sintió frágil y vulnerable. Ya tenía ganas de que llegara el día siguiente para ver a Salim.

En el jardín, *Sultán* y *Gengis* empezaron a ladrar salvajemente.



Camille se levantó y aguzó el oído. A veces ocurría que los molosos se ponían a ladrar sin ningún motivo, pero normalmente no duraba mucho y retomaban rápidamente su guardia callada y vigilante.

Ahora, sin embargo, parecían sobreexcitados y sus ladridos sonaban como los que había provocado la llegada del andador, hacía varios días. Camille sintió que la sangre se le helaba en las venas.

El susurrador se puso a dar vueltas sobre sí mismo mientras lloriqueaba débilmente y, cuando ella lo cogió, se hizo una pelota entre sus manos.

Luego, Camille se aproximó a la ventana y un silencio brutal cayó sobre el jardín. Ya no percibía nada, ni siquiera el sonido de las pisadas de los perros sobre la gravilla del camino. Y esto, en lugar de serenarla, acentuó su histeria.

Percibía el peligro como un gas mortal que se hubiera infiltrado en la habitación a través de todos sus intersticios. Recordó la advertencia del maestro Duom: «Eres eminentemente reconocible en cuanto te pones a dibujar», y la frase de Edwin cuando les habían atacado los ts'liches: «¡Habrás dejado vagar una parte de tu mente por la Imaginación y eso los ha atraído!».

Demasiado tarde para preocuparse por eso. Si lo que temía era cierto, la habían localizado. ¡Estaba en peligro!

El susurrador se agitó en su mano.

Cuando, por miedo a aplastarlo, aflojó los dedos, el animal le recorrió el brazo y se coló en el bolsillo de la camisa ancha que llevaba por encima de la camiseta.

En ese instante fue cuando vio nacer el dibujo. No lo comprendió inmediatamente y eso fue lo que estuvo a punto de perderla: el dibujante se encontraba en alguna parte, detrás de uno de los macizos de boj, lo sentía; pero su creación estaba cobrando vida en el dormitorio.

Camille levantó la mirada.

Una verja de acero brillante, erizada con unos picos afilados de veinte

centímetros, se alzó, terrorífica, ante ella.

El dibujo era perfecto.

La verja era real.

Camille actuó cuando le estaba cayendo directamente encima. Gruesas cadenas de hierro, imaginadas en un abrir y cerrar de ojos, se desplegaron con un ruido infernal, sujetando el enrejado al techo, a mitad de su camino.

Oyó que su padre la llamaba con voz amenazadora y, por una vez, eso le alegró. Estuvo a punto de no percibir la entrada en la realidad de unas enormes tijeras, que arremetieron contra las cadenas que ella acababa de dibujar.

El susurrador, en su bolsillo, lanzó un grito estridente.

Camille se abalanzó sobre la puerta en el instante en que la abría su padre. Topó con él y ambos rodaron por el pasillo, evitando la verja por los pelos. Las púas de acero se hundieron profundamente en el suelo.

El señor Duciel soltó un gruñido sordo, pero Camille ya se estaba levantando. Dio un brinco hacia la escalera, saltando directamente de aquel piso a la planta baja. Sólo pensaba en una cosa: huir lo más lejos posible del mercenario.

Su madre, en el vestíbulo, se precipitó hacia el teléfono. Camille la esquivó, derrapó sobre el mármol de la entrada, recuperó el equilibrio a duras penas y se metió en la cocina. Detrás de ella oyó que la señora Duciel hablaba con la policía y, arriba, su padre pedía auxilio.

Trató de calmar los latidos de su corazón, pero antes de que pudiera lograrlo, nació un nuevo dibujo. Maldiciéndose a sí misma, se obligó a quedarse inmóvil. Cuando la verja mortal entró en la realidad por encima de su cabeza, estaba preparada.

Desplegó su voluntad y, cuando la verja la golpeó, ella no pestañeó siquiera.

El acero se había convertido en caucho. Había conseguido apropiarse del dibujo de su enemigo.

La verja rebotó y quedó encajada entre la mesa y los fogones.

Camille sabía que sólo había conseguido una breve tregua. Su mente iba a cien por hora. En el momento en que se le impuso la solución, se oyó un ruido en la bodega.

La puerta de servicio de la cocina reventó y apareció el mercenario.

Iba vestido con un traje oscuro y una máscara de tela negra le cubría el rostro. En la mano sostenía una compleja ballesta metálica. Levantó el brazo y una descarga de dados portadores de la muerte partió en dirección a ella.

Se clavaron en la pared con una serie de chasquidos secos.

Camille había desaparecido.

El mercenario se paralizó.

Aquella chica era rápida y fuerte, pero no sabía disimular su don. Encontrarla sería un juego de niños. Debía de hallarse muy cerca.

Se concentró, recorriendo la Imaginación en busca de aquel rastro tan particular

que dejan los principiantes. Atraídos por el poder como un insecto por una llama, una parte de su mente permanece atrapada en las Espiras sin que sean conscientes de ello y se hacen visibles para quien sabe buscar. Su presa no tardaría en aparecersele.

Para su gran sorpresa, no halló más que un estremecimiento, que desechó con desdén. El don de Ewilan era mucho más fuerte que el suyo. Tan fuerte que él, un Mentai, casi sentía celos.

La puerta que daba al vestíbulo se abrió y apareció un hombre. Sin duda era el padre adoptivo de la chica, pensó el mercenario.

Alzó su brazo armado con la ballesta. El tiro salió disparado y el señor Duciel fue proyectado hacia atrás mientras lanzaba un grito.

El Mentai pasó, sin mirarle, junto al hombre que gemía en el suelo.

Tampoco dirigió la menor mirada a la mujer que estaba postrada contra el mueble donde descansaba el teléfono. Atravesó el vestíbulo y abrió la puerta de entrada.

Por última vez, se sumergió en la Imaginación sin encontrar nada.

Hizo una mueca. La caza prometía ser excepcional.

Suavemente, se adentró en la noche.



Camille se estaba asfixiando.

Había tenido una buena idea, pues el mercenario no había vuelto a aparecer, pero el oxígeno se enrarecía y cada vez le resultaba más difícil respirar.

Había dado el paso al otro lado hacia un lugar en el que no imaginaba que se volvería a encontrar. El agua del río estaba gélida.

En la oscuridad, había estado a punto de no encontrar el coche clavado en vertical en el lodo, aunque al fin se materializó a menos de un metro de distancia. Economizando los movimientos para no malgastar oxígeno inútilmente, se había colado dentro del vehículo por una ventana abierta de la parte de atrás, que enseguida se había esforzado por cerrar.

El mecanismo, oxidado, al principio se había negado a funcionar.

Camille había sentido que el corazón se le disparaba y sus pulmones imploraban aire. Había ahuyentado la ola de pánico y se había peleado con la manivela. El vidrio había subido, centímetro a centímetro, hasta cerrarse por completo.

Próxima al desmayo, había utilizado sus últimas fuerzas para dibujar. Una gran bolsa de aire apareció echando el agua por el parabrisas de delante, que estaba roto. Camille se había aferrado al respaldo del asiento trasero y sus pulmones funcionaron a toda velocidad, recuperando el tiempo perdido.

Calculó que, si no hacía movimientos superfluos, disponía de un cuarto de hora. Luego se le acabaría el oxígeno y de nada serviría dibujarlo otra vez, pues no podría expulsar del coche el dióxido de carbono, más ligero, que se había ido acumulando.

«Tengo que disimular mi don —se dijo—. Mi plan de escape de urgencia ha funcionado y esta especie de psicópata no podrá encontrarme con la pantalla que forma el agua del río. Pero en cuanto salga, pues sin duda tendré que salir, se me echará encima para cortarme en pedazos».

Pasó revista a todo lo que el maestro Duom y Edwin le habían enseñado. Los

ts'liches la habían encontrado sin dificultad en el bosque de Barail, guiados por la resonancia de su paso al otro lado. Pero tenía que haber algo más. La advertencia de Edwin le vino otra vez a la cabeza: «Habrás dejado vagar una parte de tu mente por la Imaginación y eso los ha atraído». ¿Era posible que el rastro de Camille hubiera permanecido porque no había salido completamente de las Espiras? Y en ese caso, ¿cómo dejar la Imaginación después de haber dibujado?

Se perdió en profundas reflexiones. Dibujar venía a ser como penetrar en otra dimensión. ¿Acaso se había dejado la puerta abierta al salir? La idea, a pesar de la gravedad de la situación, le hizo sonreír. Sin embargo, se concentró en este pensamiento y enseguida percibió un cambio. Un lazo cuya existencia ella ignoraba se rompió en el momento en que había cerrado «la puerta». Había salido de la Imaginación. Y esta vez, por completo.

Empezaba a notar la falta de oxígeno y el agua del río iba recuperando poco a poco el terreno perdido. Tenía que decidirse.

Tomó una gran bocanada de aire antes de meterse por el parabrisas. Rozó el fondo cenagoso y agitó los pies. La ascensión fue muy rápida. Cuando emergió, se recuperó al instante. Nadó hasta la orilla oeste, sin tratar de luchar contra la corriente que la desviaba, y tocó pie en el muelle. Estaba temblando, pero se sintió aliviada al no ver a ninguna silueta amenazadora. Sólo se volvería detectable si dibujaba.

Ya sólo le quedaba ir a ver a Salim. Atravesó la ribera para llegar al bulevar que la conduciría a Los Pintores. De pronto, se detuvo.

Se palpó los bolsillos febrilmente antes de bajar los brazos, con evidentes signos de derrota.

¡El susurrador! ¡Había desaparecido! Hizo una mueca al imaginarse al pobre animalito ahogado en el fondo del río. Este pensamiento le dolió. Sintió un amago de esperanza al decirse que quizás hubiera efectuado un paso al otro lado antes de hundirse.

Al cabo de unos minutos, llegó al barrio de Salim. Había muchas personas delante de los edificios, que, sin hacer ningún comentario, observaron con sorpresa sus ropas empapadas y su rostro de abatimiento. Sólo había ido una vez a casa de su amigo, y sin embargo no le resultó difícil encontrar la torre Picasso. Evidentemente, el ascensor no funcionaba; subir once pisos a pie fue suficiente para que se le pasara el frío. Llamó a la puerta.

Para su inmenso alivio, fue Salim quien abrió.

La contempló con espanto largo rato y luego le preguntó:

—No me vas a decir que te has vuelto a bañar en el río, ¿verdad?

—Salim...

—¿Qué ocurre?

—Un mercenario del Caos nos ha seguido. Me ha atacado en mi casa. He escapado por los pelos.

Un niño pequeño asomó la cabeza por la puerta. Salim le empujó y el pequeño se

alejó por el pasillo.

—Ven, vayamos abajo —le propuso—, tenemos que diseñar un plan. Espera, te traeré ropa seca.

Regresó dos minutos más tarde con unos vaqueros y una camiseta, y apartó la mirada mientras Camille se cambiaba rápidamente en el rellano de la escalera. Bajaron y se instalaron en un banco destartado, a unos veinte metros de la entrada de la torre.

—¡Estamos apañados! —soltó Salim—. ¿Qué vamos a hacer?

—Yo sólo veo dos soluciones —afirmó Camille.

El muchacho pareció sorprendido.

—¿Dos? Y yo que estaba convencido de que no había ninguna... Dispara.

—Es muy fácil; al menos, de decir. O volvemos a Gwendalavir, o nos largamos a París para encontrar a mi hermano.

—Ya decía yo que lo de las dos soluciones era demasiado bonito. ¡Sólo propones cosas imposibles!

—Casi imposibles —rectificó Camille—. En cualquier caso, no podemos quedarnos aquí. Esta ciudad se ha convertido en un auténtico peligro.

—Podríamos refugiarnos en mi casa, sólo el tiempo necesario para reflexionar —propuso Salim.

En aquel instante, un coche de policía se detuvo delante de la torre. Dos hombres uniformados se bajaron del vehículo; el tercero era el inspector Franchina. Entraron en el edificio.

—Por muy poco —resopló Camille, aunque con la oscuridad y la distancia no había ninguna posibilidad de que la reconocieran—. Mis padres han avisado a la policía, habrán denunciado mi desaparición.

—Les podríamos pedir ayuda...

—Puede que la verja que ha estado a punto de hacerme trizas haya desaparecido, de acuerdo; pero el suelo de mi dormitorio está destrozado. Las paredes de la cocina deben de tener más agujeros que un colador, y mis padres habrán visto al mercenario. ¿Cómo explicar todo eso a los agentes de la policía? ¿Haciéndoles un dibujo para que lo entiendan mejor, tal vez?

Camille había alzado el tono de voz y Salim notó que estaba tensa como un resorte.

—De acuerdo, jefa —dijo, conciliador—, no insistiré. Es posible que, si se lo contamos a la policía, acabemos con nuestros huesos en un manicomio. Y el mercenario sólo tendría que pasar a recogerlos. Tal vez sea mejor ir a buscar a Edwin y a los demás.

—¡No! ¡Iremos a París!

—Pero si has dicho que...

—Ya lo he pensado; ellos cuentan con nosotros, y no pretenderás que renunciemos ante la primera dificultad.

—Un mercenario del Caos —objetó Salim— es una dificultad considerable.

—Tienes razón —asintió Camille—, pero no estás obligado a acompañarme. Es a mí a quien quieren; tú puedes dejarlo correr, si lo prefieres.

Había hablado en un tono tranquilo y seco. Salim levantó los brazos al cielo.

—¡Ya está! —exclamó—. ¡Ya empezamos! ¿Quieres que te lo escriba en alejandrinos en papel de notario? Si tú te vas, yo me voy. A donde vayas, iré yo, aunque sea al fondo de un río. Así que deja de decir chorradas y contesta a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La que te voy a hacer.

—¡Muy bien, pues hazla!

—¿Cómo iremos a París? ¿En tren o en avión?



Era casi medianoche cuando llegaron a la estación.

—Bien —dijo Salim—, recapitulemos. Tenemos que coger el tren a París. De momento todo va bien, estamos en una estación y hay uno que sale a las cinco. Aquí la cosa se complica, ya que en total, entre tú y yo, tenemos veinte euros a nuestra disposición. Me temo que será insuficiente, hasta para dos billetes sólo de ida en segunda clase.

—Te he visto más combativo, Salim —ironizó Camille, dejándose caer sobre un banco.

—Quizá podrías dibujar un fajo de billetes de cincuenta euros —le sugirió él.

—¡Ningún problema! Mientras tanto, tú le harás compañía a nuestro amigo el mercenario, que seguro que aparece. Cada uno a lo suyo, ¿no? Por cierto, ¿te he comentado que es un Mentai, una especie de asesino con superpoderes?

—Envejeces muy mal —se burló Salim—. Estás perdiendo el sentido del humor, tienes que calmarte.

Camille ya no le estaba escuchando. Se le cerraban los ojos a pesar de sus esfuerzos por mantenerlos abiertos y sintió que se adentraba suavemente en el sueño. La voz de Salim ya no era más que un murmullo inaudible.

La bolita de pelo que acababa de subirse a sus rodillas empezó a ronronear tranquilamente.

Camille volvió a abrir los ojos de golpe.

Contra la palma de su mano, el susurrador estiró las orejas antes de ronronear aún más fuerte.

—Mira, Salim —murmuró—, ha vuelto.

El muchacho se sobresaltó e, inquieto, lanzó una mirada a su alrededor.

—¿Quién? ¿El mercenario?

—¡No, el susurrador! ¡Aquí, en mis rodillas!

Salim se agachó para examinarlo.

—¡Parece una rata enana con ojos de búho!

—Es un susurrador, especie de molusco —replicó Camille con aspereza—. Temía que se hubiera ahogado. Me pregunto cómo se las habrá arreglado para volver a encontrarme. Tiene una habilidad impresionante.

Salim dibujó una sonrisa burlona.

—Si es tan hábil, a lo mejor podría conseguirnos unos billetes para París. Te recuerdo que tenemos que coger un tren. Admite que, si yo he dejado de ser un crustáceo para ser un molusco, tu rata es tan incapaz como yo de ayudarnos.

El susurrador le lanzó una mirada reprobatoria y soltó un grito.

—Dice que eres injusto y grosero —tradujo Camille.

—¿Ahora resulta que hablas el idioma de las ratas? —se sorprendió Salim.

Camille suspiró ruidosamente.

—Viajaremos sin billetes —decidió.

—¿Y si pasa un revisor?

—Nos bajamos del tren y cogemos el siguiente. Como nadie nos expulsará en marcha, de estación en estación acabaremos llegando a París.

Salim consideró preferible no insistir. Se apretujaron mal que bien contra el respaldo del banco y dormitaron, sin que nadie les preguntara nada.

Estaba a punto de amanecer cuando se subieron al tren. Una vez instalados en el vagón, Camille se durmió de inmediato.

Salim, por su parte, se resistía al sueño. Quería reflexionar un poco en lo que le estaba pasando, aunque ya tenía las facultades intelectuales adormecidas. Se conformó con contemplar a su amiga con la mirada que le reservaba cuando ella no sabía que la estaba observando.

El susurrador sacó la cabeza de su escondite y le miró antes de meterse otra vez en el bolsillo. Salim sonrió. Semejante criatura habría bastado para dejar pasmada a cualquier persona durante la mitad de su vida, pero Camille y él habían experimentado tantas cosas en tan poco tiempo, que tan sólo le parecía pintoresca.

Todo estaba en calma dentro del vagón. Había muchas plazas vacías y la mayoría de los viajeros dormían. Solamente se oía el silbido regular del tren puntuado por los *staccatos* de los empalmes entre los rieles. De vez en cuando, la puerta de comunicación entre los vagones chirriaba y un pasajero pasaba titubeando. Salim se arrellanó contra el respaldo de su asiento y cerró los ojos.

Nunca supieron si había pasado algún revisor mientras estaban durmiendo pero, cuando se despertaron, el tren se aproximaba al final de trayecto y el vagón era un hervidero de vida. Los pasajeros se levantaban, cogían sus bolsas y se alisaban la ropa.

Camille le sonrió a Salim.

—Me siento sucia y estoy tan descansada como si hubiera dormido en un escurridor de ensaladas.

—Más o menos es así, sólo que no te pareces a una lechuga. En cambio, en lo

otro sí que estoy de acuerdo: estás realmente sucia. Y para ser completamente sincero, debo admitir que tampoco hueles muy bien.

—Eres ideal, Salim. Había olvidado que además de tus innumerables cualidades sabes hablarle a una chica con la mayor delicadeza.

Salim carraspeó, con un aire repentinamente turbado.

—Mira —dijo—, ya llegamos.

El tren avanzaba a poca velocidad. Por la ventana, vieron incontables rieles que se entrecruzaban para formar una madeja inextricable. Edificios anónimos y grises flanqueaban la vía férrea. El aire de la mañana que apenas despuntaba parecía ya viciado por los vapores de la contaminación.

—París es bastante feúcho, ¿no te parece? —preguntó Salim.

—París no es solamente la estación de Lyon —le corrigió Camille—; pero por ahora estoy de acuerdo contigo.

A pesar de la hora temprana, había mucha gente en los andenes. La estación estaba en obras, y las numerosas barreras que protegían las zonas sensibles provocaban atascos en los que los viajeros se daban de empujones.

Les llevó un buen rato llegar hasta la calle.

—¿Y ahora? —inquirió Salim.

—Encontraremos un sitio donde tomar el desayuno. Luego compraremos un plano de París, iremos a la Escuela de Bellas Artes y preguntaremos por mi hermano. ¿Te parece bien el programa?

—¡De perlas, jefa! —afirmó Salim—, sobre todo en lo que concierne al desayuno.

Se encontraban en una larga acera que había delante de la estación. Gente con prisa se cruzaba en todos los sentidos. París se estaba despertando y el tráfico se volvía más denso a cada minuto.

Camille arrastró a su amigo. Atravesaron una primera avenida y luego una segunda.

Los dos estaban cansados y aún tenían la cabeza aturdida por las pocas horas de sueño que les había ofrecido el tren.

Salim echó a andar por la calzada sin darse cuenta de que el semáforo de peatones estaba en rojo y un gran Mercedes negro venía hacia él.

En una fracción de segundo, Camille comprendió que el conductor no podría esquivarlo. Se tiró de cabeza a la Imaginación.

El maestro Duom habría estado orgulloso de ella. El efecto de su dibujo fue radical. Hubo una explosión y el coche se paró de golpe, con un ruido estridente de chatarra, a un metro de Salim.

Camille lo agarró por el brazo.

—¡Ven —le ordenó—, ahora hay que correr!

—Pero...

—¡Estamos en peligro, Salim! —le espetó—. El mercenario volverá a aparecer.

¿Qué prefieres, esperar o correr?

La advertencia actuó sobre él como una patada en el culo. Salió volando, seguido por Camille. Giraron en la esquina de la primera calle y continuaron recto.

El conductor del Mercedes salió de su vehículo y, consternado, contempló su motor ennegrecido a través del capó destrozado. Todo había pasado muy deprisa y de Salim sólo había tenido una visión fugaz. Incluso se preguntaba si no se habría imaginado al chico. Los daños en la parte delantera de su coche eran, por el contrario, muy reales. Cogió su teléfono móvil y se disponía a hacer una llamada cuando se oyó una voz a su espalda:

—¿Puedo ayudarle en algo?

Se dio la vuelta.

El hombre que se dirigía a él con amabilidad iba vestido con un traje gris de buen corte y, al contrario de los transeúntes indiferentes, parecía dar muestras de compasión.

—No sé lo que ha pasado —comenzó el conductor del Mercedes—, he creído ver a un chico que aparecía delante de mi coche y, de repente, ha habido esa explosión... Habría que...

—¿Adónde ha ido? —le interrumpió el desconocido.

—Pero... yo...

—¿Adónde? —repitió el hombre de gris, ahora en tono amenazador.

—¿Y a mí qué más me da el chico? —se enfureció el conductor—. Mi coche... pero... ¿qué está haciendo?

El desconocido acababa de cogerlo por el cuello y lo inmovilizó contra la portezuela. Él intentó zafarse, pero el brazo que lo agarraba parecía de acero. Sintió que lo alzaba poco a poco, hasta que sus pies se despegaron del suelo.

—No eres muy educado —resopló el desconocido con voz grave—. Pero no tengo tiempo para enseñarte modales. Estoy buscando a dos jóvenes de trece o catorce años. Una chica rubia de pelo largo y ojos de un violeta asombroso, bastante guapa, y un chico negro con trenzas. ¿Les has visto?

Camille y Salim ya estaban lejos.

Habían corrido un buen rato y habían entrado en un café.

Sentados delante de sus tazas de chocolate caliente y de un cesto con cruasanes, intentaban recuperarse de tantas emociones.

—¿Crees que basta con eso para que te encuentre? —preguntó Salim.

—Estoy segura.

—¿Y qué hacemos?

—Seguiremos con el plan previsto. No tenemos elección.

Salim suspiró y mojó su cruasán en el chocolate.

Habían elegido un establecimiento discreto. Los clientes habituales entraban y pedían un café, que se bebían mientras ojeaban el periódico de la mañana que había encima de la barra, sin dirigir una sola mirada a los dos adolescentes sentados en

silencio cerca del *jukebox*.

—Se nos echará encima, es inevitable —gruñó Salim.

—Estamos en París —objetó Camille.

—¿Y qué?

—Pues que en esta ciudad hay más de dos millones de habitantes y casi diez millones si tenemos en cuenta el área metropolitana. Es como buscar una aguja en un pajar. ¡Sabe que estamos aquí, pero todavía no nos ha atrapado!

Un poco más tarde, compraron un plano de París en un quiosco y se sentaron en un banco para examinarlo. La Escuela de Bellas Artes se encontraba en el corazón de Saint Germain des Prés, casi delante del Louvre. Se miraron, más calmados. Podían ir hasta allí andando.

Se pusieron en marcha tranquilamente. A medida que se acercaba a aquel hermano desconocido, los sentimientos de Camille fluctuaban entre las ganas por conocerle y el temor de llevarse una decepción. Se lo imaginaba como una mezcla de personas importantes a las que conocía, pero al mismo tiempo dudaba de que fuese tal y como ella se lo representaba. De hecho, la apariencia física era irrelevante; sólo había una cuestión que la tenía preocupada: ¿aceptaría ir a Gwendalavir?

Llegaron a orillas del Sena y siguieron su curso para llegar ante la escuela. Se trataba de un edificio imponente y majestuoso en forma de U. Se quedaron un momento detrás de la verja, que daba a un inmenso patio adoquinado. Camille miró a Salim, que comprendió el mensaje.

—Ánimo, jefa —le soltó en voz alta—. Después de lo que hemos vivido, no vamos a tener miedo de un portal de hierro forjado. ¡Al ataque!

La cogió de la mano y entraron en el patio. Estaban intentando abrir la puerta del edificio principal cuando una voz sonó a sus espaldas:

—¡No hay nadie, chicos, está cerrado!

Dieron un respingo antes de darse la vuelta, confundidos.

Un hombre con mono de trabajo y una caja de herramientas en la mano los miraba afablemente.

—Hoy no hay clases —precisó—. Por los exámenes, creo. Si buscáis la secretaría, es la otra puerta.

—Cerrado —repitió Camille—. Oh, no...

El obrero pareció sorprendido.

—¿Qué queráis? —les preguntó.

—Estamos buscando a un estudiante —explicó Salim—. Es importante.

—Volved mañana. Estarán todos aquí.

Camille dominó su decepción y le dio las gracias al hombre. Se llevó a Salim a los muelles del Sena y se sentaron sobre una barandilla.

—La suerte no nos acompaña —suspiró la chica—. Justo cuando estábamos tan cerca del final... Tendremos que esperar hasta mañana.

Salim le dio una palmada en el hombro.

—¿Y lo de dormir, cómo vamos a hacerlo?



—¿Y un hotel? —propuso Salim.

Habían estado deambulando por las calles sin prestar realmente atención a lo que veían. El día había transcurrido al ralentí y, ahora que había anochecido, el cansancio les pesaba como una roca.

—¡Ya lo has propuesto mil veces! ¡Te recuerdo que nuestro dinero ha servido para comprar los dos sándwiches que nos acabamos de zampar!

—¿Y si le pidiéramos a alguien que nos acogiera?

—Buena idea —señaló entonces Camille—. Así nos aseguramos de acabar la noche en una comisaría de policía y de que nos metan en el tren de regreso mañana por la mañana.

—Pero...

—Somos menores, Salim, y esto es la vida real, no una película ni una novela.

—De acuerdo, tú eres la jefa. ¿Qué propones?

—Nada. Sólo sé que me duelen los pies y tengo un sueño espantoso.

Salim arrastró a su amiga a una plaza y se dejó caer en un banco junto a ella. Camille estiró las piernas con un suspiro de alivio.

—¡Oh, qué bien! Tengo la sensación de llevar todo el día caminando.

—¡Pero si llevas todo el día caminando! ¿O ya lo has olvidado? Estás empezando a preocuparme...

—Salim, estoy reventada. Ni siquiera con toda la buena voluntad del mundo consigo encontrarte gracioso. ¿Y si dormimos aquí?

—¿En este banco?

—¿Por qué no? Hemos dormido en posadas, al raso y en la parte de atrás de un carromato. ¿Qué tiene un banco que sea más sorprendente?

—Es que... —comenzó Salim.

—¡... sería una idea rematadamente mala! —concluyó una voz a sus espaldas. Se dieron la vuelta a un tiempo.

Había un hombre tumbado cerca de un arbusto, justo detrás de ellos, envuelto, a pesar del calor, en un largo abrigo gris.

—¿Y eso por qué? —replicó Camille—. Bien que se ha instalado usted para pasar la noche, ¿no?

—¡Falso, señorita! —repuso el hombre, levantándose trabajosamente—. Estaba disfrutando del anochecer en uno de los pocos rincones de esta maldita ciudad donde todavía puede oírse el canto de un ruiseñor. Ahora me largo. No quiero que esos malditos maderos se me lleven.

Camille sonrió a su pesar.

—¿Qué quiere decir?

El vagabundo se acercó rascándose el vientre debajo de su jersey de punto. Era un hombre mayor y mal afeitado, con el rostro marcado por una vida de excesos y la experiencia. Arrugaba los ojos como si su vista fuese deficiente y sus iris tenían un aspecto lechoso.

—Quiero decir que, dentro de unos malditos minutos, la policía desembarcará en este maldito parque y facturará a bordo a todos los que se arrastren por aquí.

Salim se volvió hacia su amiga.

—¡Bravo por tu idea de la noche a la intemperie!

Camille no le prestó intención, sino que se dirigió de nuevo al vagabundo:

—Discúlpeme si le parezco indiscreta, pero ¿dónde va a dormir usted?

—Tengo un escondrijo. ¿Os habéis fugado?

La pregunta fue directa, y la respuesta de Camille no se quedó corta.

—Sí. Y no sabemos dónde dormir.

El hombre reflexionó un instante antes de decir:

—Si quieres —le propuso a Camille—, hacemos un trato. Yo os llevo a mi escondrijo y, a cambio, tú me haces la lectura.

—¿La lectura?

—¿Por qué te extraña? —se enfureció—. ¿Te crees que hay que llevar un traje de tres piezas y conducir un Rolls para que te gusten los libros?

—No, en absoluto —afirmó Camille—. Accedo a leerle lo que usted quiera.

El vagabundo mostró tres dientes amarillentos a modo de sonrisa.

—Vámonos, esto se va a poner feo.

—¿Vamos a su maldito escondrijo? —preguntó Salim.

—Eso es, chico, eso es. Y si supones que sólo porque la vida me hizo añicos mucho antes de que nacieras tienes derecho a mofarte de mí, es posible que te dé lecciones de respeto y generosidad a base de patadas en el culo. ¿Entendido?

—Entendido, señor —dijo Salim, de repente avergonzado.

El vagabundo les guió fuera de la plaza. Caminaron por varias calles estrechas y desembocaron en un callejón sin salida, al fondo del cual se erigían grandes contenedores de basuras.

—Espero que no sea éste su escondrijo —murmuró Salim.

El anciano pasó detrás de los contenedores. Palpó un instante y luego levantó una placa de metal.

—¿Las alcantarillas? —se asombró Camille.

—No, muchachita —respondió el hombre, empujando la placa—: las catacumbas. Sólo hay que descender tres metros. Pasad delante; yo cerraré.

Una escalera metálica oxidada se adentraba en la oscuridad. Al ver que Camille no se movía, Salim suspiró.

—Debería habérmelo figurado —refunfuñó—. El molusco parte como explorador hacia las alcantarillas... Camille, ¿las tienes todas contigo?

Ella se contentó con encogerse de hombros.

—Muy bien, comprendido —continuó él—. Allá voy.

Se agarró a los primeros peldaños y desapareció en aquel pozo oscuro.

Su voz volvió a sonar casi de inmediato.

—Esto marcha, jefa, estoy abajo y he liquidado a las ratas, las serpientes, los escorpiones y hasta a un cocodrilo de los pantanos. Ya puedes bajar, aquí se está genial, salvo que no se ve nada.

Camille se reunió con él. Apenas vislumbraba su silueta a la débil luz que les llegaba desde la superficie. El vagabundo echó la placa detrás de sí y todo se volvió negro.

—No tengáis miedo, chavales —soltó—. Aquí hay todas las comodidades que queráis. Mirad.

Se oyó un raspado y se encendió una cerilla. La acercó a una lámpara de aceite y el escenario se iluminó.

Se encontraban en una sala de unos cinco metros de longitud, enteramente tallada en una roca sembrada de numerosos nichos. Una puerta metálica, oxidada e impresionante se alzaba sobre la pared que tenían enfrente. Había un colchón de paja tirado en un rincón, al lado de un baúl de madera. El suelo estaba cubierto de latas de conserva vacías y botellas. En contra de lo esperado, aquel lugar desprendía auténtico calor humano.

—Éste es mi escondrijo —anunció el hombre, no sin cierta orgullo.

—¿Realmente estamos en las catacumbas? —preguntó Salim.

—Claro, chico, claro. Las de verdad de verdad se encuentran más bien debajo del departamento XIV, pero estos subterráneos se les parecen enormemente. Hay kilómetros de ellos en el subsuelo de París. En general son galerías, pero a veces uno encuentra salas como ésta.

—¿Y la entrada de ahí arriba?

—Vete a saber, chico, vete a saber. A menudo, las cumbas se corresponden con la red de alcantarillado. Tal vez en otros tiempos fue una placa para las visitas.

—¿Y la puerta de hierro?

—Debe de dar a un laberinto de galerías, pero no tengo la llave. Tanto mejor. Así estoy tranquilo en mi escondrijo. Dime, chico, ¿siempre haces tantas preguntas o es

que está enfermo?

Camille se había acercado al colchón de paja, que contemplaba con avidez a pesar de su rancio estado. Echó un vistazo al baúl de madera, que estaba abierto. Estaba lleno de libros.

El vagabundo se volvió hacia ella.

—Ése es mi tesoro. Los libros más bellos del mundo.

Se encogió de hombros antes de añadir:

—Pero no puedo disfrutarlos.

—¿No sabe leer? —aventuró Salim.

El hombre le lanzó una mirada irritada.

—He leído más libros de los que tú verás en toda tu vida mocoso. Me hubiera gustado continuar hasta mi muerte, sólo que mis ojos no han estado de acuerdo. Todavía puedo ver de lejos, pero cuando se trata de leer...

Se le quebró la voz y, para darle tiempo a que se recobrarse Camille sacó un libro del baúl y leyó el título: *La condición humana*.

—Éste me gustó mucho —dijo la muchacha—, aunque quizá no llegué a comprenderlo todo.

Él la contempló, maravillado.

—¿Has leído a Malraux, a tu edad?

—Esta chica es un fenómeno —le explicó Salim, pavoneándose—. Si fuese una gallina, su primer huevo sería la *Encyclopedia Universalis*.

Camille alzó los ojos al cielo.

—Cada vez te superas más, Salim. Difícilmente podías ser más delicado que comparando a una chica con una gallina.

El vagabundo se había aproximado al baúl.

—Mira un poco, hija, a ver si puedes encontrarme *El arte de ser abuelo*, de Victor Hugo. Léeme algunas páginas y me consideraré el hombre más feliz de la tierra.

Camille rebuscó un momento y acabó por descubrir la obra. Se sentó encima del colchón de paja y el anciano ocupó un lugar a su lado.

Ella abrió el libro con una extraña sensación. Un recuerdo olvidado afloraba lentamente a la superficie de su mente. Se veía a sí misma muy pequeña, cómodamente instalada bajo un edredón de plumas. A su lado, una mujer joven le leía una maravillosa historia con una voz suave, mientras la miraba con tanto cariño que...

En su bolsillo, el susurrador soltó un pequeño grito y le saltó sobre las rodillas. Estaba temblando.

—¿Qué es este bicho? —preguntó el vagabundo—. ¿Una rata?

—No, señor, más bien una especie de ardilla enana.

—Ah, bien. ¿Estás lista?

El susurrador se había calmado con las caricias de Camille, y ella comenzó su lectura. En realidad nunca le había encantado Victor Hugo, pero le gustaba leer y, por

agradecimiento a su anfitrión, puso todo su corazón en ello.

Cuando hubo terminado, gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas arrugadas del vagabundo. Éste se las enjugó con el dorso de la mano y se volvió hacia ella.

—No tienes ni idea del regalo que acabas de hacerme.

—Yo...

—No, no digas nada, no preguntes nada. Nuestras vidas se han cruzado esta noche y, gracias a ti, he podido retroceder muy lejos, a tiempos mejores. Decir más sería un error. No sé quién eres y tú no sabes quién era yo, y está bien así. Ahora, acostaros; mañana se separarán nuestros caminos.

Se levantó bruscamente y cogió una vieja colcha que extendió en el suelo.

—Os dejo el colchón de paja. No es nada del otro mundo, pero estaréis mejor que en el banco del parque. En principio, no debería tener pulgas. Esta noche no apagaré la lámpara. Dormir en una oscuridad absoluta puede ser horripilante si uno no está acostumbrado.

Se aproximó a la lámpara de aceite, redujo la llama hasta que sólo difundió un leve resplandor y luego se tumbó encima de la colcha.

—Buenas noches, chicos. Si ronco, no dudéis en sacudirme, eso debería bastar.

—Buenas noches —respondió Camille, tumbándose a su vez y siendo imitada por Salim.



Camille se despertó con un sobresalto. Durante un breve instante no supo dónde se encontraba; luego lo recordó y los latidos de su corazón se apaciguaron. Consultó su reloj. Eran las siete de la mañana. Salim y el vagabundo dormían profundamente. El susurrador se agitó contra su cuello. Ella lo acarició con suavidad, hasta que se puso a ronronear.

Estaba pensando en lo que acababa de vivir, en todas aquellas personas de destinos complejos que se cruzaban sin conocerse jamás, en la injusticia y en la fuerza para combatirla. La vida y la suerte del viejo que los acogía la entristecían especialmente. Habría deseado tanto continuar leyendo...

El ronroneo del susurrador cambió de tono y nació un pequeño dibujo, parecido al que había creado el mensaje del maestro Duom. Las palabras surgieron en su mente.

—Creo que puedes lograrlo. Habrá que darse prisa, pues el otro no tardará, pero es posible. Yo me ocuparé de la puerta. Tu anfitrión (se llama Paul Verran) permanecerá en la seguridad de las catacumbas y tú huirás a través de la trampilla junto con Salim.

Camille se estremeció antes de esbozar una amplia sonrisa.

La voz pertenecía a la mujer joven que, en sus recuerdos, le leía una historia maravillosa.

Era la voz de su madre.

Se sentó en el colchón y sacudió a Salim.

—Despiértate, nos vamos.

—¿Qué?

—Que nos vamos.

—Pero si acabamos de cerrar los ojos —protestó Salim.

—No, ya ha amanecido.

—Pero...

—Voy a dibujar, Salim, y el Mentai aparecerá al cabo de unos segundos. ¡Será

mejor que estemos preparados!

El vagabundo se sentó a su vez. Extendió el brazo y subió la llama de la lámpara.

—¿Qué está pasando, chicos? ¿La oscuridad no os deja dormir?

Camille lo miró gravemente.

—No, señor Verran.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sería demasiado largo de contar y tenemos poco tiempo.

—Madre mía, pequeña, ¿qué quieres decir?

—Nada importante. Ahora, escúcheme bien. Nosotros nos marcharemos y nunca volverá a vernos. Pero antes ocurrirá algo extraño que no debe intentar comprender. La puerta metálica se abrirá y usted huirá sin darse la vuelta, sin esperar, pase lo que pase. Deberá esperar tres días antes de regresar; su vida depende de ello.

—Pero...

—Por favor, señor Verran, no haga preguntas. Haga lo que le he dicho.

El anciano la miró un buen rato, entornando los párpados. Finalmente, se encogió de hombros.

—Como quieras, muchacha. Si esa puerta se abre, te prometo que huiré sin darme la vuelta, pase lo que pase. ¿Te parece bien así?

Camille asintió con la cabeza y se volvió hacia su amigo.

—Salim, tú subes por la escalerilla, abres la placa y me esperas arriba. ¿De acuerdo?

—Ah, no, nada de eso —se sublevó el muchacho—. No creas que puedes obligarme a hacer todo lo que te dé la gana.

—Salim...

—De acuerdo —capituló—. Yo sólo soy un molusco, no veo por qué intento reflexionar a toda costa. Si tú ya no quieres dormir, perfecto, yo ya no tengo sueño. Si quieres salir, a mí también me apetece. Te espero ahí arriba, pero te interesa darte prisa.

Se agarró a la escalera y subió hasta la placa, sin ver la mirada afectuosa que Camille posaba sobre él y que sin duda le habría permitido volar directamente hasta la salida.

Camille agarró al susurrador, que se había quedado en el colchón de paja, y le acarició las orejas antes de colocarlo cerca de la puerta metálica.

—Supongo que no será tu animalito quien derribe este bloque de acero —se sorprendió el vagabundo.

A modo de respuesta, Camille se concentró.

Sabía que era necesario actuar sin pérdida de tiempo, pero eso no la asustaba. Su madre estaba viva y la ayudaba. Se sentía invulnerable.

El dibujo surgió con sus colores trémulos y sus formas redondeadas. Antes de que se concretara alguna realidad, Camille modeló su creación, forzándola a integrarse en un cuerpo real en lugar de convertirse en uno nuevo. Los colores rodearon a Paul

Verran sin que éste se diera cuenta, y las formas surgidas de la mente de Salim penetraron en él, enlazándose con sus nervios ópticos, sus pupilas y sus iris antes de caer en la realidad.

El anciano abrió de par en par unos ojos maravillados.

—¡Veo! —gritó—. ¡Veo!

El cerrojo de la puerta metálica castañeteó y el batiente se abrió a una galería lúgubre.

—Ahora tiene que mantener su promesa —le recordó suavemente Camille—, márchese sin demora.

Él la contempló un segundo, como para grabar su imagen en su mente, luego cogió la lámpara de aceite y se adentró en la oscuridad. Camille cogió al susurrador, se lo metió en el bolsillo y se agarró a la escalera.

Cuando el mercenario del Caos llegó a la sala, estaba vacía. No se le ofrecía ninguna pista. Rabioso, dio una violenta patada a un baúl de madera del que cayó un libro, cuyo título leyó maquinalmente: *El arte de ser abuelo*.

No lo entendió.



Eran las diez cuando Camille y Salim penetraron en el patio de honor de la Escuela de Bellas Artes. Su precaria situación económica no les había permitido desayunar y sus barrigas protestaban por ello, sin que ellos prestaran mucha atención. Creían que en cualquier momento los interpelaría un vigilante o un profesor, pero llegaron sin dificultad a la sala Stratis Andreadis.

Una docena de estudiantes se encontraban sumergidos en la lectura de volúmenes de arte y catálogos ilustrados, o utilizaban unos ordenadores de última generación. Impresionados por la magnificencia de la estancia, permanecieron un instante en el umbral, sin atreverse a avanzar.

Una estudiante rubia que venía detrás de ellos les preguntó:

—¿Puedo ayudaros?

—Me parece que sí —admitió Camille—. Estamos buscando a alguien, un estudiante, supongo que de segundo curso. Se llama Mathieu Boulanger.

—¿Mathieu? Le conozco, solemos trabajar juntos. Está inscrito en el taller multimedia. Tenía que revisar sus exámenes en una de las salas de informática.

—El problema —explicó Camille— es que no le hemos visto nunca y me da miedo pasar a su lado sin reconocerle.

La joven pareció sorprendida, aunque se abstuvo de cualquier comentario.

—No puedes equivocarte —la tranquilizó ella—. Sin duda es el chico más guapo de toda la escuela. Alto, con un físico que quita el sueño, cabellos castaño claro y ojos de un color increíble.

Miró a Camille con atención y añadió:

—Del mismo violeta que los tuyos, de hecho. ¿Sois parientes?

—Es un primo lejano —mintió Camille—, y he querido aprovechar este viaje a París para conocerle.

—En ese caso, buena suerte. Las salas de informática están en el piso de arriba. Mathieu debe de encontrarse en la primera a la izquierda.

Camille le dio las gracias a la estudiante y, saltando de impaciencia, se metió por las escaleras.

—Cálmate —le aconsejó Salim—. Me sorprendería que ese tal Mathieu tuviera ganas de ser el hermano de un resorte.

—No se llama Mathieu, sino Akiro.

—¡Vaya! —comentó el muchacho—. Y la última vez que te llamé Ewilan por poco me estrangulas.

—No es lo mismo.

Salim no respondió, pero su mueca fue muy elocuente respecto a su más hondo pensamiento.

La sala de informática era una inmensa habitación blanca en la que reinaban los numerosos ordenadores. Varios aparatos de aire acondicionado refrescaban el ambiente y los estudiantes que se encontraban allí trabajando iban más abrigados que los otros. Camille se detuvo en la entrada de la sala y los observó uno por uno. Ninguno se correspondía con la descripción que les había dado la estudiante.

Avanzó unos pasos y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Su hermano estaba ahí, inclinado sobre el teclado de un ordenador, levantando de vez en cuando la mirada a la pantalla, intensamente concentrado. En efecto, era un muchacho seductor.

Como en un sueño, Camille se dirigió hacia él.

Se detuvo a su lado sin que él pareciera reparar en su presencia. Toda su atención iba dirigida a las curvas de colores que estaba generando en su pantalla.

—Mathieu —susurró.

Él no se movió.

—¡Mathieu! —insistió ella.

Él volvió la cabeza, visiblemente contrariado por la interrupción.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Su voz era seca y desagradable, y Camille sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Pero se obligó a permanecer impasible.

—Es absolutamente necesario que hablemos.

—Pues para mí, es absolutamente necesario que termine este trabajo. Nunca podré completarlo si me molestan cada cinco minutos.

Apenas hubo escupido estas palabras volvió a sumergirse en su tarea.

La frase había actuado como una bofetada. Camille retrocedió, pálida. Lanzó una mirada catastrófica a Salim, que se mantenía apartado simulando interesarse por una gran impresora láser, y luego se volvió hacia su hermano.

—Mathieu, es importante; muy importante.

Mathieu soltó un suspiro exagerado y levantó la mirada hacia ella.

—¿Quién eres tú, para empezar, y qué quieres de mí?

—Me llamo Camille Duciel. He venido para hablarte de tus padres; tus verdaderos padres.

Él se la quedó mirando unos instantes sin decir nada.

—¿Qué cuentos son éstos? —soltó, finalmente.

—No son cuentos, es la verdad —insistió Camille—. ¿Me concedes diez minutos para que podamos hablar de ello?

Había pronunciado estas palabras en un tono calmado, y sin embargo el corazón le iba a mil por hora.

—Está bien —asintió Mathieu—, pero no ahora. He de sacar unas fotos de un viejo edificio que están restaurando justo detrás del muelle de Malaquais y tengo autorización para entrar durante la pausa de los obreros. Reúnete ahí conmigo hacia las doce y media. No puedes equivocarte: la fachada está cubierta de andamios. Yo estaré en el interior.

—De acuerdo —murmuró Camille; pero Mathieu ya no la estaba mirando.

Se dio la vuelta y fue al encuentro de Salim.

—¿Y bien? —quiso saber el chico.

Ella hizo una mueca y luego respondió:

—Me temo que nos ha tocado en suerte el pedazo de imbécil más pretencioso de toda la Escuela de Bellas Artes. ¡Nos vamos!

Al pasar por delante de la sala Andreadis, se toparon de narices con la joven estudiante que les había dado la información.

—¿Habéis encontrado a Mathieu? —les preguntó.

—Sí —contestó Camille, sin procurar disimular su decepción—, y me temo que hemos perdido el tiempo.

—¿Te ha mandado a paseo? —interpretó la chica—. No me sorprende. Los exámenes empiezan la próxima semana y todos estamos de los nervios. Además, Mathieu y yo tenemos que entregar un trabajo sobre un tema bárbaro que trata del impacto de la modificación de la materia sobre la percepción que tiene el hombre de su entorno. Mathieu está tan metido, que a veces dudo de que consigamos acabarlo a tiempo. No era el mejor momento para venir a conocerle.

Camille esbozó una amarga sonrisa.

—Eso no lo disculpa todo... —refunfuñó.

—No todo, pero sí muchas cosas. No se lo tengas demasiado en cuenta.

Un poco más tarde, Camille y Salim se fueron de exploración a la zona del muelle de Malaquais.

No les fue difícil encontrar el edificio del que había hablado Mathieu. Era un bonito inmueble, que incluía un patio interior y tenía cuatro pisos de altura. Unos obreros protegidos por redes estaban trabajando en la fachada, mientras que otros se afanaban en el interior.

Caminaron un poco para olvidar que se estaban muriendo de hambre. Se quedaron un momento mirando los libros antiguos que ofrecían las librerías, pero Camille no podía relajarse. El encuentro con su hermano la había perturbado y se lo contó a Salim por décima vez.

—A lo mejor está realmente estresado por los exámenes —sugirió su amigo.

Camille se conformó con sonreír tristemente.

—Y de hecho —continuó Salim—, ¿qué más da? Dentro de un momento lo facturarás a Gwendalavir. Una vez allí, sólo tendrá que hacerles su numerito a Edwin y a Bjorn. Estoy seguro de que ellos sabrán explicarle cuatro cosas.

—Salim, estás diciendo tonterías.

—¿Otra vez? Pues ya ves que ahora tenía la impresión de estar siendo más bien astuto.

—No irás a creer que enviaré a Mathieu a Gwendalavir sin su consentimiento.

—¿Por qué no?

—Porque queda fuera de toda cuestión que haga algo semejante. Debo convencerle de que vaya allí por propia voluntad.

—¿Podrás hacerlo?

—Sí.

—Pues no dudes de que él...

—¡Que no, Salim! ¡No lo haré, es inútil, no insistas!

El muchacho levantó los brazos al cielo con un suspiro.

—Ningún problema. Haz lo que quieras, como de costumbre desde hace años y seguro que por los siglos de los siglos.

—Salim —lo amenazó Camille—, si pones tu mala cara... ¡Vaya, mira eso!

Estaba señalando los diarios expuestos en un quiosco. En la primera página de un periódico aparecían sus nombres en grandes caracteres, seguidos de un titular evocador: «¡Segundo secuestro!».

De común acuerdo, se dirigieron al quiosco y Salim cogió un periódico, a pesar de las miradas irritadas del vendedor.

El periodista relataba el misterio que envolvía a su desaparición y mencionaba la herida, que afortunadamente no era de gravedad, del señor Duciel. Explicaba que se había puesto en marcha un importante despliegue policial y que los responsables de aquel rapto, si bien todavía sin identificar, no tardarían en ser capturados.

Salim soltó una maldición.

—El regreso promete ser de locos —comentó.

Camille se limitó a suspirar. La vida junto a sus padres adoptivos iba a volverse insoportable.

Miró su reloj.

—En marcha. Es mediodía, y no quería hacer esperar al señor Buenas Maneras.



La verja del inmueble estaba entreabierta y se colaron en el patio.

—Podría habernos esperado aquí —masculló Camille.

Al igual que las que daban a la calle, las fachadas interiores estaban ocultas debajo de los andamios, que se erigían hasta el tejado, y de redes de protección de color verde. Camille divisó una puerta grande que estaba abierta, en la planta baja del edificio principal. Daba a un vestíbulo, con el suelo cubierto de grabados y las paredes desconchadas. Les pareció oír un ruido en el primer piso y Camille llamó:

—¡Mathieu! ¡Mathieu!

Como nadie respondía, se volvió hacia Salim, que se encogió de hombros.

—Supongo que habrá que explorar todo el edificio si queremos encontrarle —dijo.

—Este sitio me produce escalofríos —afirmó Camille—. Parece el decorado de una mala película de terror.

—Ya imagino de qué tipo —completó Salim—. Algo así como *La terrible noche del crustáceo sanguinario*.

—No tiene gracia.

—Bien, jefa, ¿vamos allá?

Subieron por una colosal escalera de piedra hasta el primer piso. El rellano se abría a una estancia con las dimensiones de una sala de baile. El suelo estaba cubierto por un parqué en mal estado; el techo, apuntalado con gruesos tablones, parecía a punto de derrumbarse y los frescos pintados en las paredes se estaban desconchando. El conjunto proporcionaba, sin embargo, una incuestionable sensación de magnificencia.

Al fondo de la sala, Mathieu estaba fotografiando una sección de la pared.

—¿No crees que podría habernos contestado? —señaló Salim.

Camille, sin pronunciar palabra, atravesó la estancia en dirección a su hermano. Cuando llegó hasta él, éste se volvió hacia ella con aspecto contrariado.

—Ah, es verdad —dijo—, me había olvidado de ti.

—Y supongo que no me has oído llamarte.

—Mis exámenes se acercan —contestó él—. Tengo una cantidad enorme de trabajo, así que, por favor, di lo que tengas que decirme y no me sueltes un sermón.

Salim, que se había acercado, notó que Camille se ponía tensa. Sabía que estaba a punto de explotar, así que se quedó muy sorprendido cuando ella declaró, con voz calmada:

—Bien. Había tenido en cuenta varias formas de abordar este tema contigo, pero visto tu comportamiento, voy a ser directa y concisa. ¿Te parece?

Mathieu suspiró mirando su reloj mientras Camille continuaba sin desmoronarse:

—Como ya debes de saber, eres adoptado. Tengo motivos para creer que yo soy tu hermana, a pesar de que la idea no me vuelve loca de contento. Sé quiénes son nuestros verdaderos padres y he venido a hablarte de ello.

Mathieu, que, desde su llegada, no había ocultado su irritación, de pronto quedó paralizado y la miró despavorido. Las palabras de Camille habían penetrado el muro de arrogancia tras el cual se protegía. Quiso hablar, pero ella se le adelantó.

—Si eres quien creo que eres, debes de tener una laguna en tus recuerdos. Te es imposible acordarte de lo que viviste antes de los once años. ¿Me equivoco?

Mathieu asintió con la cabeza.

—Ahora escúchame con atención. Somos originarios de un mundo paralelo. Nuestros padres nos trajeron a este mundo por nuestra seguridad, aunque por desgracia no pudieron volver a buscarnos. Yo pasé al otro lado de un modo fortuito, y así es como me enteré de la verdad.

Mathieu se giró. Sin prisas, guardó la cámara fotográfica en la bolsa que tenía a los pies antes de perderse en la contemplación del fresco de la pared. Con unas pocas frases, aquella chica que pretendía ser su hermana había hecho pedazo todas sus certezas. Recoger los añicos de su seguridad resquebrajada era esencial para su equilibrio. Permaneció inmóvil durante un rato, que Camille aprovechó para calmar los latidos de su corazón. Cuando al fin él le dio la cara, ella se había apaciguado, pero su hermano apenas podía dominar su nerviosismo.

—No sé cómo has averiguado todas esas cosas sobre mí —soltó con voz vacilante—, e ignoro cuál es tu objetivo, pero no puedo creer tu historia. Yo no soy tu hermano y tu universo de ciencia ficción no existe.

Hizo ademán de recoger su bolsa. Salim se preparó para intervenir. Habían superado demasiados obstáculos para que todo terminara de ese modo. Camille se le adelantó.

De tan firme, su voz se había vuelto dura y cortante.

—¡No te marcharás así! Lo quieras o no, lo que te he dicho es cierto y hay gente que te necesita. ¡Hay verdades de las que es imposible huir!

Mathieu se volvió hacia ella; sentimientos contradictorios se disputaban la expresión de su rostro.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? —articuló—. Soy adoptado, es verdad, y durante mucho tiempo he soñado con encontrar a mi familia, pero ¿cómo quieres que crea lo que me estás contando? ¡Es totalmente inimaginable!

Camille cerró los ojos. No podía reprocharle a su hermano la incredulidad que demostraba; no obstante, había que convencerle.

—¿Qué es eso? —continuó Mathieu con voz de sorpresa—. ¿Una rata?

Estaba señalando con el dedo el bolsillo de Camille y al susurrador, que lo miraba atentamente.

—No es ningún... —comenzó Camille.

Luego se calló.

El dibujo provocado por el pequeño animal estaba naciendo. La muchacha se preparó para recibir el mensaje y no percibió nada.

Mathieu, por el contrario, se sobresaltó. Volvió la cabeza para descubrir el origen de las palabras que oía de repente, y abrió los ojos de par en par al adquirir conciencia de que se estaban vertiendo directamente en su cabeza. Camille sabía lo que él sentía. Para Mathieu, reacio a admitir la realidad de Gwendalavir, debía de ser realmente increíble. Cuando el dibujo desapareció, se quedó boquiabierto un buen rato antes de balbucir:

—¿Qué es lo que...?

—Me parece que es nuestra madre —indicó Camille—. ¿Estás preparado para escucharme ahora?

Él asintió con la cabeza y se sentó en el suelo. La experiencia lo había trastornado.

Una hora más tarde, Camille finalizó su historia sin que Mathieu la hubiera interrumpido ni una sola vez. Se lo había explicado todo, omitiendo tan sólo los pasajes que no consideraba esenciales. Cuando hubo terminado, el rostro de su hermano estaba pálido, casi lívido.

—Soy incapaz de hacer lo que esperas de mí —dijo finalmente—. Yo no puedo liberar a esos prisioneros...

Su voz había cambiado. La suficiencia que la caracterizaba poco antes había cedido su sitio a vacilaciones que delataban su incertidumbre. Camille le sonrió.

—Me temo que no tienes elección.

Mathieu se pasó la mano por el pelo.

—Siempre he sabido que tenía este don —admitió—. Lo he utilizado en muchas ocasiones y es cierto que ahora lo domino por completo. Pero no veo de qué podría servir en el universo del que me hablas. Modificar los colores sólo tiene un interés limitado en una guerra, ¿no?

Camille le miró extrañada.

—¿Modificar los colores? ¿Qué quieres decir?

—Creía que lo sabías... Cambio los colores de las pinturas.

—¿Eso es todo? Escucha, es realmente importante: cuando te hablo del don, me

refiero a la posibilidad de hacer realidad cualquier cosa que imagines. ¿Es eso?

Mathieu se levantó de un salto. Parecía excitado y aliviado al mismo tiempo; contento de hablar de aquello sobre lo que siempre había callado, y tranquilizado por la idea de que tal vez no se vería obligado a partir.

—Pero yo no hago pasar nada de nada —dijo, casi gritando—. Simplemente transformo los colores. Mira.

—¡No! —chilló Camille.

Demasiado tarde.

El dibujo ya estaba naciendo. Sobre el fresco de la pared, los colores envejecidos recobraron su brillo de antaño; los degradados se afinaron y nacieron nuevos tonos. El efecto era asombroso, pero mostraba un poder reducido, limitado a una ínfima parte de la Imaginación. ¡Mathieu no era un verdadero dibujante!

Sin embargo, se volvió triunfante hacia ella.

—¿Lo ves? Es genial, ¿no?

Camille no le escuchaba. Con todos los sentidos alerta, observaba la irrupción de un dibujo mucho más temible. Cuando el Mentai apareció al otro extremo de la sala, ya estaba preparada y entró de inmediato en acción.

Una jaula brillante apareció encima del hombre con el traje gris. Éste sonrió con sorna y, antes de que los barrotes le encerraran, sujetó la jaula al techo con un centenar de alambres de acero.

A continuación hizo un gesto y una bola de fuego brotó de la punta de sus dedos antes de salir disparada como una flecha, directa hacia Camille.

La defensa se impuso al instante. Una ola, nacida de la imaginación de Camille, salió del techo y se tragó la bola de fuego antes de desaparecer. Estalló una nueva esfera ardiente, seguida de una docena de otras más. En cada ocasión, un muro de agua apareció para apagarlas.

Mathieu, petrificado por el estupor, contemplaba la escena sin moverse, mientras que Salim buscaba desesperadamente alguna solución con la mirada. Camille, por su parte, estaba tranquila, casi relajada. Oleadas de confianza emanaban del susurrador acurrucado en su bolsillo y reforzaban su serenidad.

De pronto, el mercenario dejó de disparar. Acababa de adquirir conciencia de la presencia de los chicos. Ellos eran el punto débil de su presa, pues ésta no les abandonaría jamás. Había ganado.

Dibujó su arma favorita y, cuando la larga cuchilla serpentina apareció en su mano, un escalofrío de placer lo recorrió. La ejecución siempre constituía el momento más intenso de la caza.

Se lanzó hacia sus víctimas.

En una fracción de segundo, una docena de estratagemas desfilaron por la mente de Camille, pero fueron las palabras pronunciadas por la joven estudiante, aquella misma mañana, las que se impusieron: «... un tema bárbaro que trata del impacto de la modificación de la materia sobre la percepción que el hombre tiene de su entorno».

Camille sonrió.

Un velo de seda se materializó delante del mercenario.

Sin aminorar, éste lo rasgó con su espada.

Se encontró frente a una cortina de satén, a la que hizo correr la misma suerte.

Terciopelo.

Algodón.

Lana.

Encaje.

Terciopelo.

A cada paso, el mercenario golpeaba como un condenado, exasperado al verse ralentizado por aquellos trucos de niña pequeña.

Seda.

Algodón.

Acero.

El sable rechinó antes de partirse en tres pedazos, uno de los cuales le penetró profundamente en el muslo.

El mercenario quedó paralizado. El impacto había sido atroz y su brazo, roto por varios sitios, ya no le servía para nada.

La cortina de acero que había actuado como trampa desapareció. Su presa estaba a unos metros de él, erguida y sonriente.

Hizo una mueca.

Era un Mentai, podía matar a cualquier persona sin armas y en una décima de segundo, y sin embargo se iba a tomar su tiempo para ella. La muchacha se puso a dibujar, pero él estaba en guardia y creó una ráfaga de viento que hizo volar a lo lejos las balas que ella lanzaba hacia él, y evitó sin dificultad las tres bolas de hierro fundido disimuladas entre las balas de caucho.

—No me la jugarás por segunda vez —se burló el mercenario, dando un paso adelante.

Le pareció que la chica murmuraba algo. Aguzó el oído.

—Impacto, materia.

Un gran cubo de cartón apareció delante de él. Lo apartó con el pie, sorprendido de que no ocultara ninguna trampa. Otro bloque, esta vez de espuma, surgió justo encima de su cabeza. Levantó el brazo bueno para empujarlo y divisó el siguiente dibujo demasiado tarde.

¡Ya no era espuma lo que tenía encima, sino un bloque de hormigón de varias toneladas!

El mercenario atravesó el suelo, que se desintegró como si fuese de paja, y, con un estrépito enorme, la masa de hormigón se aplastó contra la piedra de abajo, reduciéndole a la nada.

Camille se sentó pesadamente y se sostuvo la cabeza entre las manos.

—¡Camille! —gritó Salim, precipitándose hacia ella.

Ésta le miró con una mueca.

—¿Has oído hablar del impacto de la modificación de la materia sobre los mercenarios del Caos?

Salim la cogió entre sus brazos y la estrechó con todas sus fuerzas.

—Eres maravillosa, yo...

—¿Yo?

—Yo... yo... yo lo creo así realmente.

Se irguió y, para ocultar su embarazo, se volvió hacia Mathieu, que se había acercado. A consecuencia del combate que acababa de presenciar, el joven temblaba como una hoja.

—¿Estás herida? —se preocupó.

—No, estoy bien —lo tranquilizó ella, poniéndose en pie.

Mathieu echó un vistazo a su alrededor.

—¿Todavía hay peligro? ¿Quiero decir... de que aparezca otro?

—No creo —afirmó ella—, pero haríamos bien en no entretenernos aquí. Tal vez el alboroto haya llamado la atención de la gente y no tengo ganas de explicar qué está haciendo ese bloque de hormigón en la planta baja.

Mathieu respiró hondo. La imagen del Mentai le perseguía, el agujero abierto en el suelo atraía irresistiblemente su mirada, sus pensamientos se perdían... Tenía que espabilarse.

—Seguidme —propuso—. Necesitamos beber algo después de esto, y tenemos que hablar.



Pronto se encontraron sentados a una mesa de la terraza de un café. Mathieu había pedido unas bebidas y unos sándwiches que atacaron con furor. Lo que acababan de vivir había transformado su relación. Ahora estaban unidos por el intenso momento que habían compartido, aunque, todavía horrorizados, les costaba hablar de ello.

—No me iré con vosotros —anunció finalmente Mathieu.

—Te han dicho que no tienes elección —intervino Salim de modo cortante.

Camille le hizo callar posando una mano sobre su brazo.

—¿Por qué? —preguntó ella, sin más.

—Porque no soy aquel a quien tú esperabas encontrar —explicó Mathieu—. El don que poseo, y que ayer me parecía tan formidable, no es nada al lado de tu poder. Yo soy incapaz de salvar a nadie.

Dejó pasar unos segundos antes de continuar.

—Y también tengo miedo. No me atrae lo desconocido, al contrario. Estoy bien aquí, hago cosas formidables. No quiero exiliarme.

—¿Y nuestros padres? —insistió Camille, fijando la mirada en la de él—. ¿No deseas encontrarles?

El chico vaciló e inspiró largamente antes de responder.

—Yo ya tengo unos padres. Un padre y una madre que me acogieron y me cuidaron como a su propio hijo, mientras que aquellos de los que tú hablas son unos desconocidos que hasta tal vez hayan muerto hace años. Lo que me propones, y lo siento si esto te hace daño, parece la persecución de una quimera.

—¡Sin embargo, has recibido el mensaje del susurrador! —le presionó Camille.

El rostro de Mathieu se tiñó de compasión.

—Sólo es un animal —objetó con voz suave—. Dotado de poderes psíquicos, sin duda, pero por lo demás no muy diferente de un ratón. De todas formas, ¿no te puedes fiar de lo que diga un roedor!

Camille acusó el golpe. Estaba convencida en lo más íntimo de que sus padres seguían vivos. Su madre le había hablado y, a través de cada una de sus palabras, había sentido la presencia de su padre. Estaba convencida de ello, aunque no lograra persuadir a Mathieu. Era un muchacho feliz, y eso marcaba la gran diferencia entre ellos dos. Cerró su espíritu al dolor que le afloraba al rostro. Ya lloraría más tarde a aquel hermano apenas vislumbrado; por ahora, tenía unos amigos a los que socorrer. Se puso en pie.

—¿Qué haces? —se sorprendió Mathieu.

—Me marchó. Ya nada me retiene aquí, y hablar más tiempo contigo haría demasiado dolorosa nuestra separación. Prefiero no conocerte, pues seguro que ya no nos volveremos a ver nunca. Te deseo mucha felicidad..., hermano.

Mathieu se asustó. Todo se estaba desarrollando demasiado deprisa. Abrió la boca para llamarla, para justificarse, pero ella ya le había dado la espalda y se estaba alejando. Salim se levantó a toda prisa. Contempló a Mathieu, hundido en su asiento.

—¡No estoy seguro de que hayas hecho una buena elección, colega! —soltó—. Ese sitio es realmente increíble...

Le dio una amable palmadita en el brazo y se marchó corriendo detrás de Camille.

La alcanzó cuando estaba penetrando en un callejón. Al oír sus pasos, dio la vuelta y le esperó. Cuando el chico llegó a su altura, quiso hablarle, pero Camille le hizo callar con un gesto.

—Escúchame, Salim: voy a reunirme con Edwin, Bjorn y los demás. Vamos a luchar para reunimos con los Sujetos y cuando les hayamos encontrado, les despertaré. Sé que tengo el poder para hacerlo. Será difícil, Gwendalavir es un mundo que apenas conocemos, un mundo que está en guerra. Dentro de una semana tal vez esté muerta, y si sobrevivo hay muy pocas posibilidades de que regrese algún día.

—Lo sé.

—¿Y quieres acompañarme de todas formas?

—Sí.

—¿Por qué?

—...

—¿No quieres explicármelo?

Pasó un ángel y Salim logró romper el silencio.

—Eh, ¿de verdad crees que tu madre está viva y que utiliza un susurrador para hablar contigo?

Camille sonrió mientras acariciaba al bicho a través de su bolsillo.

—No es que lo crea; estoy segura.

—¡Genial! —exclamó Salim con convicción—. ¿Y si nos fuéramos de una vez? Ya nada nos retiene aquí.

—Sí, tengo una última cosa que decir.

—Adelante.

—¿Salim?

—¿Sí?

—¡Yo también!

Una gran sonrisa incrédula se dibujó en el rostro del muchacho, pero Camille ya le había cogido de la mano.

No hubo ningún ruido.

Ninguna luz.

Ya no había nadie en el callejón.

Glosario

Akiro Gil' Sayan: Nombre alaviriense de Mathieu Boulanger. Akiro salió de Gwendalavir cuando tenía once años y no conserva ningún recuerdo de sus orígenes. Hijo adoptivo de la familia Boulanger, ahora tiene dieciocho años de edad, es un apasionado de la pintura y cursa estudios en la Escuela de Bellas Artes de París.

Alavirienses: Habitantes de Gwendalavir.

Aliños: Piratas humanos que viven en el archipiélago de las Alinas, en el Gran Océano del Sur. Los aliños llevan siglos saqueando Gwendalavir e impidiendo que el Imperio se aventure mar adentro.

Altan Gil' Sayan: Uno de los Centinelas más poderosos de Gwendalavir. Es el padre de Ewilan y de Akiro. Desapareció mientras intentaba desmantelar un complot contra el Imperio.

Andadores: Criaturas aracniformes de más de un metro de altura, venenosas y agresivas, capaces de dar el paso al otro lado. Viven en la cordillera del Poli, aunque a veces son utilizadas por los ts'liches para llevar a cabo misiones.

Bjorn Wil' Wayard: Bjorn, que tiene treinta y dos años cuando se encuentra con Ewilan por primera vez, ha pasado la mayor parte de su vida en busca de misiones épicas y evitando las preguntas embarazosas. Sin embargo, esto no le impide ser un caballero; fanfarrón, sin duda, aunque noble y generoso de todas formas. Bjorn es un experto con el hacha de combate y con los banquetes bien regados.

Camille Duciel: Véase Ewilan Gil' Sayan.

Corredores: Pájaros incapaces de volar que miden unos cincuenta centímetros de altura. Viven en las llanuras alavirienses, donde cavan madrigueras profundas. Su carne es un manjar de primera en Gwendalavir.

Duom Nil' Erg: Analista célebre por su talento y su carácter difícil, Duom Nil'Erg ha puesto a prueba a varias generaciones de dibujantes, determinando el poder de su don y permitiéndoles utilizarlo de la mejor manera. Su capacidad para la reflexión y la agudeza de su mente han influido a menudo en la política del Imperio.

Edwin Til' Illan: Uno de los pocos alavirienses que ha entrado en vida en los grandes anales de la leyenda, Edwin Til'Illan está considerado como el guerrero completo. Maestro de armas del emperador, general de los ejércitos alavirienses,

comandante de la Legión Negra, acumula títulos y proezas al tiempo que mantiene un halo de secretismo sobre su vida.

Elea Ril' Morienva: Esta Centinela, tan poderosa como Elicia y Altan Gil'Sayan, es una figura tenebrosa. Su ambición y su sed de poder son desmesurados, y su falta de moral la convierte en una adversaria temible.

Elicia Gil' Sayan: Madre de Ewilan. Su belleza y su inteligencia estuvieron a punto de convertirla en emperatriz de Gwendalavir, pero eligió desposar a Altan. Elicia y Altan desaparecieron mientras intentaban dismantelar un complot contra el Imperio.

Ellana Caldin: Joven marchombre rebelde e independiente. Dentro de su gremio, a Ellana se la considera un prodigio que va tras los pasos de Ejundril Chariakin, la mítica marchombre. Aun así, su alma conserva una frescura que la distingue de los de su especie.

Ewilan Gil' Sayan: Nombre alaviriense de Camille Duciel. Joven superdotada que tiene unos grandes ojos violeta y una marcada personalidad. Adoptada, para su desgracia, por los Duciel, en realidad es hija de Altan y Elicia y posee el don del Dibujo en su máxima expresión y eficacia. Cuando entra en contacto con el Imperio de Gwendalavir, le corresponde la misión de salvarlo de la amenaza de los temibles ts'liches.

Faéls: Los faéls, aliados del Imperio, viven al oeste del bosque de Barail. Constituyen una raza apasionada por la libertad y el individualismo. De pequeño tamaño, célebres por su rapidez y su agilidad, son unos guerreros feroces, enemigos natos de los raïs.

Francoise Duciel: Madre adoptiva de Camille. Francoise Duciel es una mujer egocéntrica, afectada y petulante.

Gwendalavir: Principal territorio de los humanos en el segundo mundo. Su capital es Al-Jeit.

Hans: Soldado del Imperio bajo las órdenes de Saï Hil' Muran, señor de la ciudad de Al-Vor.

Inspector Franchina: Inspector de policía encargado de investigar la desaparición de Camille y Salim.

Ivan Wouhom Comerciante de cereales alaviriense que vive en la región de Al-Vor.

Legión Negra: Fuerzas de élite del Imperio.

Maniel: Soldado del Imperio bajo las órdenes de Saï Hil' Muran, señor de la ciudad de Al-Vor. Maniel es un coloso de carácter dulce y sociable.

Marchombres: Los marchombres han desarrollado sorprendentes capacidades físicas basadas sobre todo en la rapidez y la flexibilidad. Todos ellos comparten la misma pasión por la libertad y rechazan cualquier forma de autoridad, aunque su código de conducta es muy riguroso.

Mathieu Boulanger: Véase Akiro Gil' Sayan.

Máxime Duciel: Padre adoptivo de Camille. Máxime Duciel es un hombre de negocios egoísta y engreído.

Mentai: Guerrero de elevado estatus en la jerarquía de los mercenarios del Caos y poseedor del don del Dibujo.

Mercenarios del Caos: Guerreros que viven en la clandestinidad y que detestan cualquier forma de ley que no sea la suya. Su objetivo final es el aniquilamiento del Orden y de la Vida. Representan uno de los grandes peligros que amenazan el Imperio.

Merwyn Ril' Avalon: El más célebre de los dibujantes. Merwyn puso fin a la Edad de la Muerte destruyendo el primer cerrojo ts'lich de la Imaginación y contribuyó al nacimiento del Imperio. Personaje principal de numerosas leyendas alavirienses.

Navegadores: Utilizan su arte para hacer avanzar sus embarcaciones a remos, esos grandes navíos que recorren los ríos alavirienses, principalmente el Pollimag.

Paul Verran: Vagabundo parisino apasionado por la lectura que entabla amistad con Camille.

Raïs: También llamados los guerreros puercos por los alavirienses. Raza no humana, manipulada por los ts'liches y enemiga jurada del Imperio, los raïs son los pobladores de un reino inmenso al norte de Gwendalavir. Son bien conocidos por su estupidez, su maldad y su salvajismo.

Saï Hil' Muran: Señor de la ciudad de Al-Vor. Saï Hil' Muran dirige los ejércitos imperiales en las llanuras del norte para hacer frente a los raïs.

Salim Condo: Amigo inseparable de Camille. Salim, de origen camerunés, es un muchacho alegre, dotado de una vitalidad exuberante, además de ser un gimnasta consumado. Está dispuesto a seguir a Camille hasta el fin del mundo, de éste o de otro...

Señora Boulanger: Madre adoptiva de Mathieu.

Señorita Nicolás: Profesora de lengua de Camille y Salim.

Sil' Afian: Emperador de Gwendalavir. Sil' Afian es amigo de Edwin Gil' Sayan y de los padres de Ewilan. Su palacio se encuentra en Al-Jeit, la capital del Imperio.

Silbadores: Ungulados del tamaño de un gamo que viven en estado salvaje, aunque los alavirienses también los crían en granjas, por su carne y su piel.

Soñadores: Viven en cofradías masculinas. Depositarios del arte de la Curación, derivado del Dibujo, que obra milagros.

Sorbedores de Umbrosa: Lagartos insectívoros de lengua prensil.

Susurradores: Apenas más grandes que un ratón, los susurradores son pequeños roedores que poseen la capacidad de dar el paso al otro lado. Son utilizados por los dibujantes consumados para transmitir mensajes.

Tigres de las praderas: Felinos temibles cuyo peso puede superar los doscientos kilos.

Ts'liches: «¡El enemigo!». Raza no humana de la que tan sólo quedan unos pocos

miembros. Son unas criaturas terriblemente maléficas.



PIERRE BOTTERO (Barcelonnette, Francia, 13 de febrero de 1964 - 8 de noviembre de 2009) fue un escritor francés, conocido sobre todo por sus trilogías de literatura fantástica. Antes de dedicarse a la escritura fue maestro en el sur de Francia.

Sus obras más conocidas son cuatro trilogías; los seis primeros libros tratan sobre las aventuras de una joven francesa, Ewilan, que se desarrollan en el mundo imaginario de «*Gwendalavir*». Este mundo imaginario también aparece en otra trilogía, titulada en francés como *Le Pacte des Marchombres*, que cuenta la vida de Ellana Caldin. La última de las cuatro trilogías, *L'Autre*, se desarrolla en un mundo diferente, pero se pueden establecer muchos vínculos entre *l'Ailleurs*, el mundo de *L'Autre*, y *Gwendalavir*.

Pierre Bottero, murió a la edad de cuarenta y cinco años de un accidente de moto, el domingo 8 de noviembre de 2009, en torno a las 19:00. Perdió el control de su vehículo en una curva entre Lambesc y Rognes.